

EL CASTILLO DE ASÉLZION

SECCIÓN CULMINANTE
DE LA EXTENSA Y MAGISTRAL NOVELA

THE LIFE EVERLASTING (LA VIDA ETERNA)

VERDADERA JOYA DE LA LITERATURA INGLESA
ESCRITA POR

MISS MARIE CORELLI,

Y TRADUCIDA POR

RAMON BARAHONA MERINO

ABOGADO, PROFESOR DE ESTADOS,
EX-PROFESOR DE CASTELLANO EN
EL LICEO DE RANGAGUA, Y DE
CASTELLANO E HISTORIA EN EL
INSTITUTO INGLÉS.

INDICE

	<u>Pág.</u>
EL CASTILLO DE ASELZION	5
CRUZ Y ESTRELLA.....	37
LA PRIMERA LECCION.....	67
SOMBRA Y SONIDO.....	87
EL LIBRO MAGICO.....	107
SUEÑOS DENTRO DE OTRO SUEÑO.....	139
EL ABISMO DESCONOCIDO.....	144
DENTRO DE LA CRUZ.....	174



EL CASTILLO DE ASELZION

Es innecesario entrar en detalles acerca del viaje realizado por mí hacia un remoto y montañoso rincón de la costa de Vizcaya, situado a poco más de tres jornadas de París.

Me dirigí allá sola, pues sabía que esto era una condición indispensable; llegué sin ninguna desagradable aventura, y escasamente fatigada, aunque había marchado día y noche. Únicamente al fin de mi viaje encontré algunas dificultades, porque tuve que darme cuenta de que aún cuando el «Castillo de Asélzion», como se le llamaba, era perfectamente conocido por los habitantes de aquellos alrededores, nadie parecía inclinado a mostrarme el camino más corto, ni a facilitarme algún vehículo que me guiase por la encumbrada senda que a él conducía. El Castillo mismo podía ser

visto desde cualquiera parte de la aldea, especialmente desde la playa, en la que se alzaba como una elegante corona en la roca en que aparecía erigido a modo de fortaleza.

«Es un monasterio», dijo un hombre a quien pregunté el camino, y que hablaba en un curioso acento, medio francés y medio español. «Ninguna mujer llega hasta allá».

Le expliqué ser portadora de un importante mensaje.

El individuo movió negativamente la cabeza.

«Por ningún dinero os conduciría», dijo. «Temería por mí mismo».

Nada pudo hacerlo cambiar de resolución, de manera que resolví dejar mi pequeño equipaje en la posada, y marchar a pie por el escarpado camino que alcanzaba a divisar y que, como ondulante cinta blanquiza, conducía a la meta de mis deseos.

Un grupo de labriegos desocupados mirábame con curiosidad mientras yo hablaba a la dueña de la posada, y le pedía cuidase de mi pequeño bagaje hasta que mandase por él o volviese en su busca, a lo que ella accedió de buen grado. Era una agradable francesita, muy inclinada a ser amistosa.

«Os aseguro, señorita, que volveréis inmediatamente!», exclamó con una brillante sonrisa. «El Castillo de Assillon es un lu-

gar donde jamás se ve una mujer...! y una señorita sola!... ah, Dios mío... imposible! Dicen que allí suceden cosas terribles. Es una casa de misterio. Durante el día, se divisa como ahora... triste como si fuera una prisión!... pero por la noche aparece algunas veces iluminado como si estuviera incendiándose... cada ventana llena de algo que alumbra como el Sol! Es una Hermandad la que vive allí... no de la Iglesia... ah, no!... no lo permita el Cielo! sino de hombres ricos y poderosos que, según se dice, estudian una ciencia extraña. Nuestros comerciantes llegan únicamente hasta la puertas exteriores y nunca van más allá. A media noche se oye el órgano de su capilla y voces que cantan en las mismas olas del mar! Os suplico, señorita, que penséis bien en lo que vais a hacer antes de ir a semejante lugar!... porque os despedirán de allí... estoy segura de que os despedirán de allí!»

Me sonreí, y díle las gracias por su sincera prevención.

«Soy portadora de un mensaje para el Superior de la Hermandad», exclamé, «y si no se me permite entregarlo por no abrirseme la puerta, no me quedará otro recurso que volverme; pero debo hacer todo lo posible por entrar».

Y dichas estas palabras, comencé mi solitaria marcha.

Eran las primeras horas de la tarde, y

el sol se encontraba aún elevado en los cielos; el calor era intenso, y el aire permanecía en el más absoluto reposo. Mientras yo ascendía más y más hacia la cumbre, iba desapareciendo gradualmente el rumor de la vida humana en la pequeña aldea hasta extinguirse del todo, y luego me dí cuenta de la solemne y tranquila soledad que me rodeaba por todas partes. Ni siquiera un extraviado cordero pacía sobre el amarillo y bruno pasto seco de la rocosa altura; ni un pájaro surcaba el denso azul del vacío cielo. El único sonido que podía percibir era el rítmico y suave rumor de las pequeñas olas que acariciaban los pies del promontorio, y un rumor más profundo e indefinido, que una rompiente producía a la distancia a través de una caverna. Había algo de grandioso en el silencio y en la soledad del escenario, y algo digno de compasión también, así pensaba yo en cuanto a mí misma, al subir por el pétreo sendero, con un doble sentimiento de esperanza y de temor, hacia el triste conjunto de obscuras torres y elevados muros, donde era posible encontrar una desalentadora recepción. Sin embargo, como llevaba guardada cerca de mi corazón la carta de quien la había firmado «YOUR LOVER», me sentía en posesión de un talismán capaz de abrir puertas aún más estrechamente cerradas.

Pero mi valor cedió un poco cuando

estuve por fin delante de las pesadas puertas de hierro colocadas en un elevado arco de piedra, a través del cual nada podía ver sino una cavernosa obscuridad. El camino que yo había seguido terminaba en una amplia plazoleta circular, situada al lado opuesto de dicho arco; y unos cuantos pinos elevados, retorcidos y con evidentes muestras de haber resistido toda la violencia de muchos vientos tempestuosos, constituían la única nota alegre en la desnudez de aquella terraza. Una cadena de hierro que terminaba en un pesado anillo, sugería el posible medio de tocar alguna campana para llamar la atención; pero durante varios minutos no me atreví a hacerlo.

Miraba la amenazante obscuridad con un sentimiento de absoluta desolación, y aprestábame a volver sobre mis pasos, cuando un repentino rayo de luz, no de sol, hirió mis ojos con brillo enceguedor.

En mi espíritu vacilante, produjo el efecto de un latigazo de fuego que me indujo inmediatamente a la acción. Sin pensar más, me dirigí derechamente a la entrada del Castillo y tiré la cadena de hierro. Las grandes y pesadas puertas se abrieron inmediatamente, con suavidad y sin producir ruido; yo me encaminé por el oscuro corredor, y ellas volvieron a cerrarse otra vez silenciosamente detrás de mí.

Ya no había medio de regresar, y, con gran resolución, marché con rapidez a lo largo de un pasaje de elevado techo en forma de arco y de maciza piedra. El ambiente era allí agradable comparado con el gran calor externo, y luego divisé una débil luz al término de aquella galería. A medida que avanzaba, la luz se hacía más y más amplia, y no pude contener una exclamación de alivio y de contento al encontrarme repentinamente en un cuadrángulo dividido en verdes prados y parcelas de flores. En el lado opuesto al de mi llegada, una doble puerta de encina ricamente tallada permanecía ampliamente abierta, y me permitía mirar hacia el interior de un vasto hall circular en cuyo centro una fuente lanzaba elevadas columnas plateadas que caían con ruido musical en un pozo bordeado con mármol blanco, y en el que delicadas lilas de color azul pálido flotaban en la superficie del agua.

Encantada ante aquel cuadro, me dirigí hacia él; entré sin solicitar el debido permiso, y permanecí allí mirando a mi alrededor, sobrecogida por un sentimiento de maravillada admiración.

Si éste era el Castillo de Asézion, donde tan difíciles lecciones debía aprender y hacer frente a tan duras pruebas, no semejaba, en realidad, una casa de penitencia y mortificación sino más bien de lujo.

Magníficas estatuas de blanco mármol rodeaban el hall en sus correspondientes nichos cubiertos de rosas y otras flores. Algunas de ellas eran copias perfectas de los clásicos modelos, y todas expresaban la fuerza, la resolución y la belleza. Y más maravilloso que todo era la luz que alumbraba desde la alta cúpula. No era la luz del sol, sino algo más suave y más intenso, y absolutamente indescriptible.

Fascinada por el tranquilo encanto que me rodeaba, sentéme en un banco de mármol cerca de la fuente para contemplar el salto de agua, que tan luego se levantaba para formar un brillante arco iris, como caía a las oscuras sombras del pozo; y por un momento me sobrevino una especie de ensueño, de manera que experimenté algo parecido al terror al percibir una figura que se me aproximaba. Era un hombre vestido de blanco, algo semejante al tipo monástico; sin embargo, difícilmente podía considerársele como un monje, aunque llevaba algo así como una capucha que le ocultaba parcialmente el rostro. Mi corazón casi cesó de latir, y apenas pude respirar de miedo mientras el desconocido se me acercaba con paso absolutamente silencioso. Parecía ser joven y sus ojos, oscuros y luminosos, mirábanme con benevolencia y, al menos así me imaginé, con cierto aire de compasión.

«¿Buscáis al Superior?», preguntó con

voz suave. «Me ha dado instrucciones de que os reciba, y cuando hayáis descansado una hora, os lleve a su presencia».

Habíame puesto de pie mientras él hablaba, y sus modales tranquilos me ayudaron en parte à recobrar mi serenidad.

«No estoy cansada», contesté. «Puedo comparecer a su presencia inmediatamente».

El se sonrió.

«¡Elo no es posible!», dijo. «El Superior no está listo para recibirlos. Si queréis venir al departamento que se os está destinado, estoy seguro de que os agradaará tomar algún reposo. ¿Puedo pedirlos que me sigáis?»

Aunque perfectamente cortés en sus ademanes, había sin embargo en él cierta impresionante autoridad que silenciosamente impelía a la obediencia.

Nada más tenía que preguntar o sugerir, y me limité a seguir sus pasos.

Salimos del gran hall, y en seguida me condujo por una larga galería de piedra donde cada signo de lujo, belleza o confort desaparecía en absoluto. En las frías y desnudas murallas veíase la palabra «Silencio» escrita en diversas tablas de color blanco, y a pocos pasos unas de otras.

La galería me pareció muy larga y triste; pero luego nos volvimos hacia una salida lateral en que el sol brillaba, y mi guía ascendió una escalera de peldaños que

terminaba en una puerta de encina guarnecida con piezas de fierro. Tomando una llave de su cinturón abríola y me hizo señas para que entrase. Así lo hice, y me encontré en un sencillo cuarto también de piedra con techo abovedado, y provisto de una grande y elevada ventana sin cortinas que daba vista al mar y alegraba en parte el lado vertical de la roca en que estaba construido el Castillo de Asézion. El mobiliario se componía de un pequeño catre de campaña, una mesa, dos sillones, un pedazo de ruda alfombra en el suelo cerca del lecho y una percha para colgar vestidos. Un cuarto de baño bien provisto comunicaba con aquel dormitorio; pero más allá de esto nada había de moderno confort y, por cierto, ni el más ligero rasgo de lujo.

Me dirigí instintivamente a la ventana para ver el mar, y en seguida me volví a fin de agradecer a mi guía por su escolta, pero había desaparecido.

Muy alarmada, corrí hacia la puerta. ¡ Estaba con llave! . . Prisionera! . . Sobrecogíme de espanto, y me asaltó un doble sentimiento de indignación y de terror. ¿Cómo se atrevía aquella gente a restringir mi libertad? Miré por todas partes alrededor del cuarto en busca de alguna campanilla o algún medio de comunicación para darles a conocer mi estado de ánimo. El resultado fué infructuoso. Dirigíme a la ventana nuevamente, y la abrí sin perder

tiempo. La esencia del mar invadió mi rostro con deliciosa frescura, y me incliné hacia afuera para mirar la amplia extensión de agua en continuo movimiento, justamente quebrada en ese instante por pequeñas crestas de espuma levantadas por la creciente brisa.

Luego vi que mi cuarto era una especie de cámara de torre que se proyectaba sobre un gran muro de roca, el cual tenía su base en el fondo del océano. No había medio de escapar por allí, aunque lo hubiera intentado. Me retiré entonces de la ventana, y comencé a pasearme por el cuarto, como animal cogido en una trampa, irritada contra mí misma por haberme aventurado en semejante lugar, y olvidando enteramente mi determinación previa de soportar con paciencia todo lo que pudiese ocurrirme.

Luego me senté en mi estrecha cama de campaña, y procuré tranquilizarme. Después de todo, ¿de qué servía mi excitación y mi cólera? Yo había venido al Castillo de Asélzion por mi propio deseo y voluntad, y hasta ese instante no había sufrido dificultad alguna. Según todas las apariencias, deseaba Asélzion recibirme a su debido tiempo, y yo tenía solamente que esperar el curso de los acontecimientos.

Poco a poco se refrescó mi sangre, y en algunos minutos llegué a sonreírme de mi indignación absolutamente inútil. Es

verdad que me encontraba encerrada con llave en aquel cuarto como un niño perverso, pero ¿tenía esto grande importancia? Me aseguré a mí misma de que no la tenía absolutamente, y, mientras se acostumbraba mi espíritu a esta convicción, fui consiguiendo por grados recuperar la tranquilidad y la quietud, como si estuviese en mi propio hogar. Puse a un lado mi sombrero y mi capa de viaje. En seguida me dirigí al cuarto de baño, y refresqué mi rostro con manotadas de deliciosa agua fría. Había allí un largo espejo adherido a la pared, lo que me divirtió un poco al considerar que siempre debió permanecer en ese sitio y que no podía haber sido colocado especialmente para mí, de manera que este detalle hacía creer que aquellos místicos «Hermanos» no carecían de cierta vanidad personal. Miréme en él con sorpresa mientras aseguraba con más firmeza mis cabellos, pues mi rostro divulgaba una inesperada y fresca sonrisa que llegó a asombrarme. Mi sencillo vestido negro se encontraba cubierto de polvo, y lo sacudí cuanto pude para quitarle el carboncillo del tren a fin de presentarme con decencia ante Asélzion.

«Si él ha ordenado que me encierren en este sitio», me decía yo, «sin darme oportunidad de enviar por mi equipaje a la posada, debo someterme a las circunstancias y proceder como éstas lo permitan».

Y volviendo a mi cuarto, miré nuevamente hacia el mar. Mientras esto hacía, inclinada un poco sobre el marco inferior de la gran ventana, tocó mi mano un objeto de aterciopelada suavidad: era una rosa lacre que colgaba de la torre y justamente a mi alcance. Sus pétalos, que comenzaban a abrirse, levantábanse hacia mí como dulces labios en busca de besos, y por un momento me sentí asombrada, porque habría podido jurar que ninguna clase de rosa había cuando desde allí miré al mar la primera vez. «¡Una rosa de entre todas las rosas del cielo!» ¿Dónde había yo escuchado estas palabras? ¿y qué significaban ellas?

Con todo cuidado y con extrema ternura, me incliné sobre aquella hermosa y suplicante flor.

«¡No te tomaré!», díjele con suavidad, siguiendo los impulsos de mi soñadora fantasía. «Si eres un mensaje, como lo creo, permanece ahí todo el tiempo que puedas, y háblame! yo entenderé tu mundo lenguaje!»

Y así, durante algunos minutos, nos hicimos silenciosas amigas, hasta que pudo haber dicho con el poeta: «The soul of the rose went into my blood» (El alma de la rosa invadió mi sangre). De todas maneras, algo agudo, fino y sutil conmovió mis sentidos produciéndose en mí una intensa alegría por el solo hecho de vivir.

Olvidé encontrarme en un lugar extraño; olvidé para todo intento y propósito mi carácter de prisionera; olvidé todo, excepto que yo vivía, y que la vida era un éxtasis.

No tenía una idea exacta de la hora. Mi reloj no andaba; pero la luz iba tomando el matiz anaranjado de aquella hora de la tarde que precede a la puesta del sol.

Mientras aún permanecía en la ventana, oí repentinamente la profunda, solemne y sonora música del órgano; fué algo así como si todas las olas del océano se hubieran puesto a cantar. En ese instante, me pareció, por instinto, que alguien había en el cuarto. Volvíme con prontitud, y mis ojos encontraron a mi primer guía vestido de blanco, quien, de pie y en absoluto silencio, esperaba detrás de mí. Tuve intención de quejarme acerca de cómo había sido aprisionada a modo de los criminales; pero ante su grave y tranquila figura, perdí mi acritud y nada pude decir. Únicamente permanecí inmóvil y atenta a sus órdenes. Sus ojos oscuros, que brillaban bajo su capucha blanca, dirigíanse hacia mí con inquisitiva y escrutadora mirada, como si esperase que yo hablara; pero, como yo continuaba en silencio, se sonrió de un modo casi imperceptible.

«¡Sois muy paciente!», dijo con gravedad, y eso está bien! ¡El Superior os espera!».

Un temblor nervioso invadió todo mi

sér, y mi corazón principió a palpar con violencia. Iba, pues, a conseguir la realización de mi más vivo deseo: ver y hablar con el hombre a quien Rafael Santóris debía su prolongada juventud y su poder, y bajo cuyo entrenamiento había pasado por pruebas que le habían enseñado algunos de los más profundos misterios de la vida!

El objetivo de mis propios deseos parecíame ahora tan terrorífico que, aún cuando hubiera procurado decir una sola palabra, no habría podido hacerlo. Seguí a mi escolta en absoluto silencio. De pronto, en medio de mi nerviosa agitación, resbalé en la escalera de piedra y estuve próxima a caer; él me sostuvo, tomándome súbitamente de la mano con tal bondad y suave fuerza que renovó mi valentía. Sus ojos maravillosos miraron fijamente los míos.

«No temáis!», dijo en voz baja. «Realmente, nada hay que temer!»

Pasamos el elevado y amplio hall circular y su luminosa fuente, y en dos o tres minutos llegamos a un arco cóncavo oculto tras un cortinaje de rico paño tejido en colores bruno y dorado, el que mi guía corrió silenciosamente, dejando en descubierto una puerta cerrada. Detúvose en el descanso y esperó. Yo esperé con él, y procuré tranquilizarme, aunque mi espíritu soportaba un verdadero tumulto

de expectación, duda y temor. Aquella puerta cerrada parecíame ocultar algún secreto maravilloso con que probablemente estarían ligados todo mi destino y mi vida futura. Abrióse súbitamente. Entonces apareció ante mi vista una hermosa sala octogonal, ricamente amoblada, con las paredes cubiertas de libros, de piso a cielo. Algunos grandes vasos de flores formaban verdaderas llamas de color entre las sombras, y una rápida mirada hacia arriba me permitió ver el cielo pintado con primorosos frescos.

Mi guía me hizo señas para que entrase.

«El Superior estará con vos en un momento más», dijo. «Tened la bondad de tomar asiento». Dichas estas palabras, me dirigió una envalentonadora mirada. En seguida agregó: «Estáis un poco nerviosa; procurad tranquilizaros! No tenéis absolutamente por qué experimentar ansiedad o concebir temores!».

En respuesta, procuré sonreír; pero me sentí más bien con deseos de llorar. Sobrevinome un repentino sentimiento de desolada depresión que fuí incapáz de vencer. Mi guía desapareció, y la puerta se cerró detrás de él del mismo misterioso y silencioso modo en que había sido abierta. Encontréme sola; tomé asiento en uno de los numerosos y mullidos sillones distribuidos en la sala, y me esforcé por tomar al menos un semblante de aparente tran-

quilidad. Pero, después de todo, ¿qué objeto tenía el asumir un aire tranquilo si el hombre a quien venía a ver estaba probablemente capacitado para posesionarse en un momento de las emociones de cualquier sér humano? Instintivamente, oprimí el corazón con la mano derecha y sentí la carta que mi amante me había dado. ¿No sería aquello un fantástico sueño?

Lancé un prolongado suspiro, y volví mis ojos hacia la ventana. Encontrábase ésta colocada en un doble arco de piedra, y se abría hacia un jardín que se extendía hasta lejos, desde los prados de fragantes y deliciosas flores hasta una pintoresca perspectiva de cerros, y bosques. Un suave calor de luz rosada iluminaba el alegre escenario, indicando la gloriosa despedida del sol poniente. Me levanté impulsivamente para encaminarme a mirar hacia afuera; pero me detuve, impedida y obligada a no avanzar por un rápido e imperativo temor. Ya no estaba sola. Tenía a mi frente la elevada y majestuosa figura de un hombre vestido también de blanco, como mi guía; un hombre cuya singular belleza y digno aspecto habrían causado la admiración aún de los espíritus más rudos e inobservantes.

¡Por fin me encontraba realmente en presencia de Asélzion!

Agobiada por esta certidumbre, no po-

día hablar; sólo pude mirarlo maravillada a medida que se acercaba hacia mí. Su capucha, echada atrás, dejaba ver totalmente su hermosa cabeza intelectual; sus ojos, de color azul oscuro y llenos de luz, escrutaban mi rostro acuciosamente. La sangre enrojeció mis mejillas en una onda de calor. Reuniendo todas mis fuerzas, comencé a devolverle mirada por mirada, uniéndonos así más y más en nuestras propias líneas de atracción espiritual. Luego una ligera sonrisa iluminó la gravedad de sus hermosas facciones, y me tendió ambas manos.

«¡Bienvenida seas!», dijo con una voz que expresaba la más perfecta música del lenguaje humano. «¡Turbulenta e indisciplinada como eres, bienvenida seas!»

Tímidamente puse en sus manos las mías que apretó con cierta fuerza y calor. En seguida, con prontitud y casi sin darme cuenta, caí de rodillas como delante de un santo, pidiendo en silencio su bendición.

Hubo un momento de profunda quietud, y Asélzion colocó sus manos sobre mi cabeza inclinada.

«¡Pobre niña!», exclamó suavemente. «Te has aventurado lejos en busca del amor y de la vida! Duro sería para ti si fallaras en tu intento! Que todas las potencias de Dios y de la Naturaleza vengan en tu ayuda!»

Dicho esto, me levantó con una bene-

volencia infinitamente cortés, y acercó para mí una silla al lado de una mesa escritorio en que había algunos papeles, nítidamente amarrados unos, otros dispersos en aparente confusión. Cuando ambos estuvimos sentados Asélzion inició la conversación del modo más fácil y más sencillo.

«Sabrás, sin duda, que tu visita me ha sido anunciada por uno de mis discípulos, Rafael Santóris», dijo. «El te ha estado buscando por largo tiempo; pero, ahora que te ha encontrado, ha sufrido en cierto modo una decepción, porque eres rebelde y no inclinada a reconocerlo. ¿No es así?».

En ese instante, me sentía ya un poco más valiente, y respondíle con prontitud:

«Yo no soy desinclinada a reconocer alguna cosa verdadera. Pero no deseo ser engañada ni engañarme a mí misma».

Asélzion se sonrió.

«¿No?» preguntó. «¿Cómo sabes que no has estado siempre engañándote a ti misma desde la gradual evolución de tu vida subconsciente a tu vida consciente?»

La Naturaleza no te ha engañado. La Naturaleza actúa siempre con sinceridad; pero tú ¿no has procurado en varias faces de tu existencia hacer algo más sabio que la Naturaleza? Vamos, vamos; no te emociones tanto. Tú has hecho únicamente lo que los llamados seres razonables hacen y creen estar justificados en hacer. Pero

ahora, en tu estado presente, que es de avance y no de retroceso, has principiado a adquirir un conocimiento un poco más amplio, con un poco de más profunda humildad, de manera que me siento inclinado a tener gran paciencia contigo!»

Levanté mis ojos, y sentíme reconfortada ante su mirar bondadoso.

«Ahora, para principiar», continuó, «debes saber que aquí no recibimos mujeres, de acuerdo con las reglas de nuestra Orden. No estamos preparados para recibir las, porque no las necesitamos. Ellas son nada más que mitades de almas».

Mi corazón dió un salto de indignación; sin embargo, mantuve mi tranquilidad. El mirábame fijamente, mientras con una mano reunía algunos papeles dispersos sobre su escritorio.

«Bien, ¿por qué no me das la obvia respuesta? ¿Por qué no dices que si las mujeres son mitades de almas lo son también los hombres, y que las dos mitades deben unirse para formar una existencia completa? ¡Pobre niña! No te ofendas al oír la descripción de tu sexo. ¿No es verdad que sois mitades de almas? Lo sois, en realidad; y nuestro principal defecto consiste en que pocas veces os dais cuenta de ello, ni procuráis formar la perfecta e indivisible unión, tarea sagrada que está en vuestras manos realizar. La Naturaleza trabaja sin descanso por unir las correspondientes mi-

tades. El sér humano procura también sin descanso separarlas; y aun cuando al fin se verifica la inevitable unión, como tiene que suceder, no hay para qué postergarla por meses o siglos. Vosotras las mujeres fuisteis destinadas a ser los ángeles de salvación; pero, en lugar de esto, sois la ruina de vuestros propios ideales».

No pude contradecir su aserto porque lo consideraré verdadero.

—Como acabo de decir, continuó, este no es un lugar para mujeres. La sola idea de que pudieras imaginarte capaz de someterte a las duras pruebas de los discípulos, es algo en realidad increíble. Únicamente por Rafael he consentido recibirte a fin de explicarte cuán imposible es que puedas permanecer...

—Yo *debo* permanecer, interrumpí con firmeza. Haced conmigo lo que quieráis; ponedme en una celda en calidad de prisionera; hacedme sufrir privaciones, y yo las sufriré; pero no me despedáis sin haberme enseñado siquiera en parte a qué debéis vuestra paz y vuestro poder, paz y poder que Rafael posee, y que yo también debo poseer, si quiero ayudarlo y ser suya en todo y para todo.

Aquí me detuve, agobiada por mi propia emoción. Asézion mirábame fijamente.

—¿Es ese tu deseo?: ayudarlo y ser suya en todo y para todo?, preguntó. ¿Por qué no lo realizaste siglos atrás? Y aun ahora has

vacilado en la unión que le debes; has dudado de él, aunque tu propio instinto te dice que él es el verdadero compañero de tu alma, y aunque tu propio corazón palpita por él, como un pajarillo lucha contra las varillas de la jaula en busca de la libertad!

Guardé silencio. Mi destino parecía estar en la balanza; pero lo dejé en manos de Asélzion, a quien, si algo significaba su poder, le era más fácil leer mis pensamientos que a mí expresarlos. Levantóse de su silla y comenzó a pasearse lentamente, absorbido en meditación. Luego se detuvo repentinamente delante de mí.

—Si quieres permanecer aquí, dijo, debes saber lo que ello significa. Significa que debes habitar en tu cuarto, enteramente sola, excepto cuando se te llame para recibir instrucciones. Allí se te servirán tus comidas; te sentirás como una criminal que recibe más bien castigo que instrucción, y no podrás hablar con persona alguna si no se te dirige antes la palabra.

Luego me hizo señas para que lo siguiese a otra sala contigua a la en que nos encontrábamos. Allí, conduciéndome a una ventana, mostróme un escenario muy diferente del paisaje de luz solar y de jardín que acababa de ver: un triste cuadrado de césped sembrado de cruces negras.

—Estos no son signos de muerte, dijo, sino de fracasos. Fracasos, no en el sentido

mundano de la palabra sino de no haber hecho de la vida la fuerza eterna y creadora como es en realidad.

¿Quieres ser uno de ellos?

—Nó, contesté inmediatamente. Yo no fracasaré.

Asélzion dió un ligero suspiro de impaciencia.

—Así han dicho todos cuyos recuerdos están aquí, dijo, mientras indicaba las cruces con ademán impresionante. Algunos de los hombres que nos han dejado esas muestras son en este momento las más brillantes y prósperas personalidades del mundo, ricas, y gozan de gran consideración social; pero sólo ellos saben donde está la llaga cancerosa, sólo ellos son conocedores de su propia futilidad, y viven a sabiendas de que sus vidas deben conducirlos a otras vidas, temiendo el inevitable cambio que ha de sobrevenirles por ley eterna, cualquiera que sea la situación que hayan conseguido alcanzar en su existencia presente!

Su voz era grave y compasiva, y sentí que me invadía un débil temblor de miedo.

—¡Estos eran y son hombres!, continuó Y tú, una mujer, ¿querrías tentar valientemente las aventuras en que ellos fallaron? ¡Piensa por un momento cuán débil e ignorante eres, y en qué absoluta falta de preparación te encuentras! Cuando principiaste por vez primera tus estudios psíqui-

cos con un profesor a quien ambos amábamos y honrábamos, y a quien conociste con el nombre de Hellobás, tú habías principiado apenas a vivir en el mundo; desde entonces has trabajado con empeño y conseguido mucho en tu perfeccionamiento espiritual; pero en tu constante aplicación para vencer las dificultades has echado de menos varias cosas en tu camino. Doy crédito a tu paciencia y a tu fé; ellas han realizado mucho en tu favor, y ahora te encuentras en el punto crucial de tu carrera, cuando tu Voluntad, como el timón de un barco, tiembla en tu mano al surcar profundidades desconocidas en que pueden sobrevenir obscuras y pavorosas tempestades. Hay peligro a proa para cualquiera alma vacilante, orgullosa o rebelde. ¡Es conveniente que te lo prevenga!

—No estoy temerosa, dije en voz baja. Cuando más, puedo morir.

—Niña, eso es justamente lo que *no puedes* hacer. Guarda este concepto firmemente, de una vez y para siempre: *tú no puedes* morir; la muerte no existe! Si pudieses morir y haber concluído enteramente con todos tus deberes, cuidados, trabajos y perplejidades, el eterno problema resultaría por demás simplificado. Pero la idea de muerte es una de las tantas ilusiones humanas. La muerte es una imposibilidad en la estructura de la Vida; lo que se designa con ese nombre es únicamente un

cambio y una reinvestidura de átomos que no perecen. Las variadas formas sin fin de este cambio y de esta reinvestidura de átomos es el secreto que nosotros y nuestros discípulos nos hemos propuesto descubrir, y algunos de nosotros lo hemos dominado suficientemente para controlar la materia y el espíritu que forman nuestra estructura. Pero el modo de realizar este aprendizaje no es fácil. Rafael Santóris puede haberte dicho que casi fué vencido en las pruebas, pues yo no omito ninguna; y si tú persistes en tu loco intento, no podré tampoco omitirlas, ni aun en consideración a tu sexo.

—No pido que omitáis las pruebas conmigo, exclamé suavemente. Ya os he dicho que todo lo soportaré.

Una ligera sonrisa cruzó el rostro de Asélzion.

—Así lo deseas, lo creo, respondió. ¡Yo ahora me doy cuenta perfectamente del martirio que sufriste en los antiguos días. Te puedo ver desafiando a los leones en la arena romana antes que ceder a tu fija resolución, aún cuando esta resolución fuese correcta o errada!

Mientras hablaba de esta manera, sentí un estremecimiento convulsivo, y la ardiente sangre enrojeció mis mejillas.

—Te puedo ver, continuó, preparándote para arrojarte a las aguas del Nilo antes que ceder a la estúpida superstición y convencionalismo de los hombres. ¿Por qué

pareces tan confundida? ¿Te traigo acaso algún antiguo recuerdo? Vamos, dejemos por ahora esta materia, y volvamos a la biblioteca.

Volvimos allí juntos, y Asézlion tomó asiento nuevamente junto al escritorio, volviéndose hacia mí con un aire de tranquilidad e impresionante autoridad.

—Lo que deseas aprender, y lo que cada principiante en el estudio de las leyes psíquicas desea generalmente aprender antes de todo, es cómo adquirir satisfacción y ventaja meramente personal. Tú deseas aprender tres cosas: el secreto de la vida, el secreto de la juventud y el secreto del amor. Miles de filósofos y estudiantes han iniciado algunas investigaciones en este sentido, y tal vez el uno por mil ha tenido éxito, mientras todos los demás han fracasado.

La historia de Fausto tiene perpetuo interés porque trata de estos secretos que, de acuerdo con la leyenda, sólo pueden ser descubiertos con la ayuda del demonio. Nosotros sabemos que el demonio no existe, y que todas las cosas están sabiamente ordenadas por una Inteligencia Divina, de manera que en las más profundas investigaciones que nos permitimos hacer no tenemos que temer sino a nosotros mismos! El fracaso es siempre obra exclusiva de los estudiantes, no del estudio en que se encuentran empeñados, y la razón de esto

consiste en que cuando saben ya un poco creen saberlo todo, de donde resulta que llegan a convertirse en intelectualmente arrogantes, actitud que anula inmediatamente el progreso adquirido. El secreto de la vida es una materia comparativamente fácil de entender; el secreto de la juventud, un poco más difícil; el secreto del amor, el más difícil de todos, porque el amor genera la perpetuidad de la vida y de la juventud.

Ahora, el objeto de tu venida, si bien se considera, es absolutamente personal, no digo *egoísta* porque este vocablo suena con repulsión; y he de dar crédito a tu sincero sentimiento femenino de que, reconociendo en tu propia alma a Rafael Santóris como tu superior y tu maestro y también como tu amante, deseas ser digna de él demostrando la rectitud y heroísmo de tu carácter. Te garantizo que es así. Te garantizo también que es perfectamente natural, y por supuesto correcto, el que desees mantener la juventud, la belleza y la salud por su amor, y aún podría asegurar que este deseo es *solamente* por su amor. Pero justamente ahora no estás del todo segura de que así sea. Tú desees conocer, para *tí misma* el secreto de la vida y el poder de continuación de la vida; el secreto de la juventud y el poder de continuación de la juventud; y con toda seguridad desees conocer para ti, como también

para Rafael, el secreto del amor y el poder de continuación del amor. Ninguno de estos secretos puede enseñarse a los mundanos, vocablo que aplico a quienes desisten en sus determinaciones y se extravían por mil asuntos efímeros. No quiero decir que tú seas una de esas personas; pero tú, como todos los que viven en el mundo, tienes tus amigos y conocidos, quienes están prontos a reírse de ti y a burlarse de tus más nobles y elevados anhelos; gente cuya delicia sería impedir tu camino hacia tu progreso espiritual. Y yo me pregunto, ¿eres bastante fuerte para sufrir la positiva burla y la vulgar oposición de la ignorancia? Ello puede ser, porque tienes bastante voluntad propia, si bien no usas de ella rectamente en algunas ocasiones. Por ejemplo, deseas adquirir en estas materias un conocimiento aparte e independiente de Rafael Santóris; no obstante, sin él, eres una entidad incompleta. Las mujeres actuales siguen esta viciosa política: el anhelo de ser independientes de los hombres, lo que importa el suicidio de la más noble mitad de su existencia. Ninguna de ellas es criatura completa sin su más fuerte mitad. Las mujeres actuales son como aves deformes con una sola ala, y un vuelo derecho es imposible para ellas.

Cuando Asélzion hubo terminado de hablar, lo miré con fijeza.

—Si estoy o no de acuerdo con vos poco

importa, dije. Reconozco todas mis faltas, y estoy dispuesta a remediarlas; pero necesito aprender de vos todo cuanto me sea posible, todo lo que estiméis que yo pueda aprender, y os prometo absoluta obediencia.

Una ligera sonrisa iluminó sus ojos.

—¿Y humildad?

Incliné mi cabeza.

—¿Y humildad!

—¿Entonces estás resuelta?

—¡Estoy resuelta!

Asélzion meditó un momento; en seguida pareció tomar una resolución.

—Así sea, dijo; pero tú experimentarás las consecuencias de tu propio infortunio, si algún infortunio sobreviene. Yo no tengo responsabilidad. Por tu propia voluntad has venido aquí; por tu propia voluntad eliges permanecer aquí, donde no hay otra persona de tu propio sexo con quien puedas comunicarte, y por tu propia voluntad debes aceptar todas las consecuencias. ¿Convienes en ello?

La mirada de acero de sus ojos azules relampagueó con un brillo casi superno al hacerme esta pregunta, por lo que experimenté un sentimiento de temor de que luego me repuse, y contesté simplemente:

—¡Convengo en ello!

Dirigióme una aguda mirada que me conmovió de pies a cabeza. En seguida,

volviéndose repentinamente, tocó un timbre que produjo un sonoro y armonioso sonido de campanilla en uno de los corredores exteriores. Mi primer guía entró casi inmediatamente.

—Honorio, dijo Asélzion. Conduce a esta señorita a su cuarto. Ella seguirá el curso de los novicios y estudiantes. (Mientras así hablaba, Honorio me dirigió una mirada de no disimulado asombro y compasión). Al momento en que desee irse, se le concederá para ello toda facilidad. Mientras permanezca en instrucción, la regla para ella es, como tú sabes, soledad y silencio.

Miré a Asélzion y noté cuán rápidamente había cambiado la expresión de su rostro. Ya no tenía la suave y gentil benevolencia que había mantenido mi coraje; una adusta sombra lo obscurecía, y sus ojos estaban extraviados. Vi que esperaba que yo abandonase la sala, pero vacilé un momento.

—Me permitiréis daros las gracias, murmuré, levantando mis manos tímidamente, de un modo casi suplicante.

Volvióse hacia mí con lentitud, y tomó mis manos entre las suyas.

—¡Pobre niña, nada tienes que agradecerme!, exclamó. Conserva en tu espíritu como una de tus primeras lecciones en el difícil camino que principias a recorrer la idea de que a nadie tienes que dar las gracias ni a nadie culpar en la confección de tu propio destino, excepto a ti misma!

¡Vete, y que puedas conquistar a tu enemigo!

—¿Mi enemigo?, pregunté asombrada.

—Sí, tu enemigo, tú misma, la propia personalidad! ¡La única potencia contra la que todo hombre o mujer ha tenido siempre y tendrá siempre que luchar!

Dejé caer mis manos, y supongo que debo haber expresado alguna súplica muda al mirar a Asélzion, porque una débil sombra de sonrisa vino a sus labios.

«¡Dios sea contigo!» exclamó con suavidad; y luego, con gentil ademán, me significó que lo dejase solo. Obedecí inmediatamente, y seguí a mi guía Honorio quien me condujo a mi cuarto, donde, sin hablar una palabra, cerró y echó llave a la puerta, como lo hizo a mi llegada.

Con gran sorpresa, encontré listo para mí el equipaje que había dejado en la posada, y en una pequeña consola colocada en un nicho de la muralla, que yo no había notado anteriormente, había una bandeja con frutas, pan añejo y un vaso de agua fría. Al mirar esta pequeña colación que era sencilla aunque delicadamente presentada, vi que la consola era en realidad un pequeño ascensor conectado evidentemente con los servicios domésticos del Castillo, y llegué a la conclusión de que éste sería el medio por el cual se me servirían todas mis comidas. No ocupé, sin embargo, mucho tiempo en pensar sobre este asunto.

Me sentía feliz de que se me hubiese permitido permanecer en el Castillo de Asélzion, y no me molestaba el hecho de encontrarme aprisionada bajo llave. Desempaqueté mis pequeñas cosas, entre las que había tres o cuatro de mis libros favoritos, y en seguida tomé asiento para servirme con agudo apetito mi frugal comida. Cuando hube concluído, acerqué una silla a la amplia ventana y allí me senté para mirar hacia el mar. Vi a la pequeña rosa que, amistosamente y con aire confidencial, inclinaba su corola contra el muro justamente debajo de mí, lo que me produjo un sentimiento de compañerismo. Por lo demás, la soledad era profunda. La cercanía de la noche iba poco a poco obscureciendo el cielo; una o dos franjas luminosas de color carmesí brillaban todavía como recuerdos del sol poniente, y un resplandor color perla en el oriente sugería la próxima salida de la luna. Experimenté una sensación de conmovedor silencio, y al mirar desde la ventana hacia el interior de mi cuarto, parecía éste lleno de sombras movibles, oscuras e impalpables. Recordé que no tenía vela ni otro medio de alumbrarme, lo que me causó una inquietud pasajera, pero sólo por un momento. Podría acostarme, así pensaba yo, tan luego como me hubiese cansado de mirar el mar. De todas maneras, esperarí la salida de la luna, y me sentía contenta ante aquel

divino, apacible y hermoso escenario en que un pintor o un poeta habrían podido inspirarse. No sentía temor alguno; pero comencé a impresionarme y a sobrecogerme gradualmente ante la quietud más y más profunda, y la majestuosa soledad que me rodeaba. «La regla para ella es soledad y silencio», así había dicho Asélzion. Evidentemente, la regla comenzaba a entrar en vigor.

CRUZ Y ESTRELLA

La luna levantóse con majestuosa lentitud entre dos franjas de oscuras nubes que gradualmente adquirirían un color plateado ante su luminosa presencia, y un brillante sector de reflexiones diamantinas principió a invadir en parte el dilatado mar. Yo permanecí en la ventana, pues no sentía inclinación alguna para volver el rostro hacia la oscuridad de mi cuarto. Luego comencé a pensar que implicaba cierta rudeza el haberme dejado sola y encerrada con llave. ¡Al menos, debieron haberme provisto de una luz! Pero en seguida me reproché a mí misma por haber permitido entrar a mi espíritu la más leve sugestión de una queja, porque, después de todo, no se me había invitado en calidad de huésped al Castillo de Asélzion, y además, recordé la orden dada con relación a mi persona: «Al momento en

que desee irse, se le concederá para ello toda facilidad». Me sentía mucho más temerosa de esta concesión para marcharme que de mi actual soledad, y resolví considerar toda mi aventura con corazón ligero, y aun con cierto estoicismo. Si era mejor que yo estuviese sola, es indudable que la soledad resultaría buena para mí; si era necesario que permaneciera en la obscuridad, sin duda que la obscuridad me sería conveniente.

Apenas había resuelto aceptar estas condiciones cuando mi cuarto fué iluminado repentinamente por una suave y refulgente luz, y me sobrecogí de espanto al no descubrir su origen. No había allí lámparas ni ampolletas eléctricas; era algo así como si las paredes brillaran con alguna luminaria superficial. Pasada mi primera sorpresa, me sentí encantada y feliz ante la comfortable brillantez que me rodeaba, lo que me hizo recordar el brillo eléctrico de las velas del yat «Dream».

Me aparté de la ventana, dejéla abierta, pues la noche era muy calurosa, y me senté a la mesa para leer un poco; pero después de algunos minutos suspendí la lectura a fin de escuchar los murmullos de una música extraña que llegaba a mis oídos, aparentemente desde el mar, y que me conmovió hasta el alma. Ninguná descripción podría ser bastante elocuente para dar una idea de la dulzura de aquellas

armonías, y me sentí maravillada y absorta mientras seguía el ritmo de las deliciosas y ondulantes cadencias.

Gradualmente, mis pensamientos volaron lejos, hacia Rafael Santóris. ¿Dónde se encontraría? ¿En qué pacífica extensión de aguas brillantes estaría anclado su fantástico buque? Lo reproduce en mi cerebro hasta que casi pude ver su rostro, su ancha frente, la tierna sonrisa de sus valientes ojos, y pude imaginarme que oía los suaves acentos de su voz, ¡siempre tan gentil cuando me hablaba, a mí, que había rechazado la mitad de su influencia! Una rápida ola de ternura invadió mi corazón; toda mi alma volvió a saludarlo con los brazos abiertos, por decirlo así; sentí en mi propia conciencia que él era más que todo para mí en el mundo, y exclamé en voz alta: «¡Mi amado, te amo, te amo!»

Luego medité cuán insano y fútil era hablarle al aire cuando había podido hacer esa confesión al verdadero amante de mi vida cara a cara, si yo hubiera sido menos escéptica, menos orgullosa. ¿No era mi viaje al Castillo de Asézion un testimonio de mi vacilante y dudosa actitud? Porque yo había venido, como bien ahora lo reconocía, en primer lugar, para estar segura de que Asézion existía en realidad, y, en segundo término, para convencerme por mí misma y para mi propia satisfacción de que era verdaderamente capaz de co-

municar los secretos místicos de que Rafael parecía estar en posesión.

Cansada al fin de tanto infructuoso pensar, cerré la ventana y me desvestí para ganarme al lecho. Cuando estuve acostada la luz de mi cuarto se extinguió repentinamente, y todo quedó en la obscuridad, excepto la blanquecina y clara luz de la luna que penetraba por el postigo el cual permanecía abierto por carecer de cortina para cerrarlo. Por algún tiempo, permanecí despierta en mi dura y estrecha cama, mirando aquella luz, y rechazando con firmeza el permitir que me dominara sentimiento alguno de miedo o de abandono.

Cesó la música que tanto me había extasiado, y todo quedó en perfecta quietud y tranquilidad. Poco a poco cerráronse mis ojos; mis fatigados miembros se desparezaron, y caí en un sueño absolutamente profundo.

Cuando desperté a la mañana siguiente, la luz solar invadía mi cuarto como una lluvia de oro.

Levantéme llena de alegría por haber pasado la noche tan apaciblemente, y por no haberme ocurrido algo extraño o aterrador, aun cuando no sé por qué hubiese podido temer que esto sucediera. Todas las cosas parecían maravillosamente frescas y hermosas ante la deliciosa claridad del nuevo día, y la sencillez misma de mi cuarto era más fascinadora que el lujo más suntuoso.

Sólo noté algo extraordinario: el agua fría de que estaba provisto mi baño chisporroteaba, por decirlo así, como si hubiera sido efervescente; una o dos veces pareció rizarse como una espuma diamantina, y nunca permanecía en reposo. Antes de bañarme, observé su brillante movimiento durante algunos minutos; en seguida, sintiéndome segura de que se encontraba cargada con cierta clase de electricidad, me sumergí en ella sin vacilar, y gocé en el más alto grado de su deliciosa y vigorizante influencia.

Concluída mi toilette, y habiéndome vestido con una sencilla bata de mañana de paño blanco, por estimarla más adaptable al calor que la negra vestimenta usada durante mi viaje, me dirigí a abrir la ventana para dar entrada al aire fresco del mar, y al mismo tiempo experimenté cierta sorpresa al ver una pequeña puerta, abierta en el lado de la torre, a través de la cual descubrí una escalera de caracol que conducía hacia abajo. Cediendo al impulso del momento, descendí por ella hasta su término donde me encontré ante un hermoso pequeño jardín incrustado en la playa. Podía ahora abrir una puerta y pasearme en la ribera misma del mar. ¡Ya no era más prisionera! ¡Podía correr, si lo deseaba!

Miré a mi alrededor, y no pude menos de sonreírme al ver la imposibilidad de

escapar. El pequeño jardín pertenecía exclusivamente a la torre, y rodeábanlo por todos lados rocas inaccesibles que se elevaban casi hasta la altura del propio Castillo de Asélzion, mientras el pedazo de playa en que me encontraba aparecía igualmente cercado por enormes peñascos contra los cuales las olas del océano habían azotado durante siglos sin dejar huellas muy visibles. Sin embargo, me sentía feliz al pensar que se me hubiera permitido cierta libertad al aire libre, y por algunos minutos permanecí mirando el océano y gozando con el calor del sol meridional. En seguida volví sobre mis pasos lentamente, mirando en todas direcciones para ver si divisaba alguna persona. No se divisaba un alma.

Volví a mi cuarto donde encontré mi cama tan primorosamente hecha como si nunca hubiera dormido en ella persona alguna, y allí sobre la mesa, encontré también mi almuerzo el que se componía de una taza de leche y algunos bizcochos de harina de trigo que el apetito me indujo a devorar regocijadamente. Cuando hube concluido, tomé la taza vacía y la bandeja y las puse en la consola dispuesta en el nicho, la que fué bajada instantáneamente y desapareció muy pronto.

Comencé luego a meditar cómo emplear mi tiempo. No sería en escribir cartas, porque aun cuando tenía mi escritorio de

viaje listo para este propósito, no deseaba que mis relaciones de amistad supieran donde yo estaba, y, aun cuando hubiera escrito a algunas de ellas, habría sido poco probable que hubieran recibido mi correspondencia, pues tenía la convicción de que la mística Hermandad de Asélzion no permitiría que me comunicase con el mundo exterior mientras yo permaneciera allí.

No tenía idea exacta de la hora, pues mi reloj se había detenido. La quietud que me rodeaba habría llegado a ser opresiva si no hubiera sido por el ruido de las pequeñas olas que rompían en el promontorio bajo mi ventana.

De repente con grande alegría de mi parte, se abrió la puerta de mi cuarto y entró Honorio. Inclino ligeramente la cabeza, a manera de saludo, y en seguida dijo en tono breve:

«Os ordenan seguirme».

Me levanté con toda obediencia, y estuve lista. Honorio me miraba intensamente y con curiosidad, como deseando leer mi pensamiento. Recordé que Asélzion me había prohibido hablar, a menos de que me hablasen antes, y me limité a devolver la mirada de Honorio firmemente y con una sonrisa.

«No os sentís ni desdichada, ni temerosa, ni inquieta», dijo con lentitud. «Ello marcha bien. Os iniciáis de un modo feliz. Y ahora, cualquiera cosa que veáis u oigáis,

guardad silencio! Si deseáis hablar, hablad luego; pero, cuando dejemos este cuarto, que ni una sola palabra se escape de vuestros labios, ni una sola exclamación. Vuestra misión es oír, aprender y obedecer!»

Esperó a fin de darme oportunidad de decirle algo en respuesta; pero preferí mantenerme muda. En seguida me pasó un velo doblado de material suave, blanco, fino y sedoso.

«Cubriós con esto», dijo, «y no os descubráis hasta que hayáis vuelto aquí».

Desdoblélo y me lo coloqué rápidamente. Era tan delicado como una nube, y me cubría de pies a cabeza, ocultándome ante los ojos extraños, aun cuando podía yo mirar perfectamente a través de él. Honorio me hizo señas para que lo siguiera, y así lo hice.

Mi corazón latía rápidamente a impulso de un doble sentimiento de excitación y expectación.

Recorrimos varios pasajes con intrincadas vueltas que parecían no tener salida, como un laberinto, hasta que al fin me encontré encerrada en algo semejante a una pequeña celda con una abertura al frente de mí y por la que podía contemplar una extraña y pintoresca escena. Vi el interior de una pequeña y hermosa capilla gótica, exquisitamente delineada y alumbrada por numerosas ventanas de vidrio empañado, a través de las cuales la

luz solar filtraba en arroyos de color radiante que proyectaban matices de oro, carmesí y azul sobre el blanco mármol del pavimento. Entre cada columna que sostenía el techo, primorosamente tallado, había dos filas de bancos, dispuestas en anfiteatro, en que estaban sentadas inmóviles figuras blancas, hombres vestidos con el hábito de la misteriosa Orden, y con sus rostros ocultos bajo sus capuchas.

La capilla no tenía altar; pero en su extremo oriente, donde el altar pudo haber sido erigido, se ostentaba una oscura cortina de púrpura alumbrada con brillantes resplandores por una cruz y una estrella de siete puntas. Los rayos luminosos emanados de aquel elevado Símbolo de un credo no escrito eran tan vivos que casi enceguecían, y poco les faltaba para eclipsar el brillo del mismo sol.

Sobrecogida por la extraña y tranquila solemnidad que me rodeaba, me sentía feliz de estar oculta bajo los pliegues de mi blanco velo, aunque luego me di cuenta de que me encontraba en una especie de cámara secreta, construída evidentemente para el uso de los que eran llamados a presenciar todo lo que ocurría en la capilla, sin ser vistos.

Yo esperaba con viva expectación. Luego tembló en el aire el profundo y vibrante sonido del órgano, aumentando gradualmente en poder e intensidad hasta que

un magnífico torbellino musical salió de él, algo así como cuando una repentina tempestad estalla entre las nubes.

Lancé un prolongado suspiro de puro éxtasis. Sentía deseos de arrodillarme y de derramar lágrimas de gratitud por el mero hecho de oír.

¡Era una música divina que destruía toda idea de mortalidad; y el alma aprisionada volaba con regocijo hacia arriba, hacia una vida más elevada, en alas de la luz!

Cuando el órgano volvió a enmudecer, lo que ocurrió muy luego, sobrevino un profundo silencio, tan profundo que podía oír los rápidos latidos de mi propio corazón, como si yo hubiera sido el único ser viviente en aquel lugar. Volví mis ojos hacia la deslumbrante Cruz y Estrella que con sus rayos de fiero brillo en continuo movimiento producía el efecto de algo así como si una corriente eléctrica estuviera dirigiendo mensajes que ningún mortal, por hábil que fuese, pudiera ser capaz de descifrar o de traducir en palabras, pero en todo caso, mensajes que podían abrirse camino hasta lo más profundo de nuestras conciencias.

De pronto se produjo un ligero movimiento en las filas de aquellos hombres vestidos de blanco que, cubiertos sus rostros con capuchas del mismo color, habían permanecido hasta ese instante sentados y en absoluta quietud, y, como movidos

por un resorte, pusiéronse de pie, mientras otra figura, elevada, imponente y majestuosa, apareció con paso lento, recorrió la capilla y se detuvo al frente del glorioso Símbolo, con ambas manos levantadas y extendidas, como para invocar una bendición. Era el Superior, era Asélzion, Asélzion investido con tal dignidad y esplendor que parecía un héroe o un dios. Su aspecto era de absoluto poder y tranquila compostura, y expresaba al mismo tiempo seguridad, fuerza y autoridad. Llevaba su capucha echada atrás, y desde el secreto rincón en que me encontraba sentada podía mirar sus facciones distintamente, y el brillo de sus penetrantes y hermosos ojos mientras los volvía hacia sus discípulos.

Manteniendo sus manos extendidas, dijo con voz firme y clara:

«¡Al Creador de todas las cosas visibles e invisibles ofrezcamos nuestra gratitud y nuestra alabanza, y así principiemos este día!»

A lo que un murmullo de voces repondió:

«¡Te alabamos, oh Divino Poder de Amor y Vida eterna!

¡Te alabamos por todo lo que somos!

¡Te alabamos por todo lo que hemos sido!

¡Te alabamos por todo lo que esperamos ser!»

Siguió un momento de impresionante

silencio. En seguida, los miembros de la Hermandad tomaron asiento en sus sitios respectivos, y Asélzion habló en mesurado y distinto acento, con el modo fácil y seguro de un práctico orador:

«¡Amigos y Hermanos!

«Nos hemos reunido aquí para considerar en este instante de tiempo las cosas que hemos hecho en el pasado, y las cosas que estamos preparándonos para realizar en el futuro.

«Nosotros sabemos que desde el pasado, que se extiende hacia atrás por toda la eternidad, hemos hecho el presente; y, de acuerdo con la Ley Divina, sabemos también que desde este presente, extendiéndonos hacia adelante por toda la eternidad, evolucionaremos para formar nuestro futuro.

«Estáis aquí para aprender no sólo el secreto de la vida, sino algo acerca de cómo vivir la vida; y yo, en mi limitada capacidad, estoy únicamente procurando enseñaros lo que la Naturaleza os ha estado mostrando por miles de siglos, aun cuando no os habéis tomado la molestia de aprender sus lecciones.

«Profesores sagaces, que a pesar de todo no son más que niños en su incipiente sabiduría, os han enseñado que la vida humana ha nacido del protoplasma—como ellos creen—pero carecen de la habilidad necesaria para deciros *cómo* evolucionó

el protoplasma y *por qué*, ni de donde vino el material para la formación de millones de sistemas solares y trillones de organismos vivos respecto de cuya existencia no tenemos ni conocimiento ni percepción. Algunos de ellos niegan a Dios; pero la mayor parte de ellos se sienten obligados a confesar que debe haber una Inteligencia suprema y omnipotente que regula el Universo. El Orden no puede nacer del Caos sin una Inteligencia directiva; y el Orden degeneraría otra vez rápidamente en Caos si no existiera esa misma Inteligencia directiva capaz de sostener su método y su condición.

«Partimos, por lo tanto, de la base de que existe esta Inteligencia reguladora o directiva que, como el cerebro humano, debe ser dual, combinando los atributos masculino y femenino, pues vemos que en esa misma forma dual se manifiesta también en toda la Creación.

«La Inteligencia o el Espíritu, si así queréis llamarlo, es inherentemente activo y debe encontrar una salida o manifestación de su poder, y el mero hecho de esta necesidad produce el deseo de perpetuarse en varias formas: de ahí nace el primer atributo del Amor. Por consiguiente, el Amor es el fundamento de los mundos, y la fuente de todos los organismos vivos, de los átomos duales de espíritu y materia que ceden a la Atracción, Unión y Repro-

ducción. Si nosotros llegamos a darnos cuenta exacta de este hecho, habremos dado un gran paso hacia la comprensión de la vida».

Asélzion guardó silencio por un momento; luego avanzó uno o dos pasos; el deslumbrante Símbolo a sus espaldas parecía rodearlo literalmente con sus rayos. En seguida continuó:

«Lo que debemos aprender antes de todo es cómo estas leyes nos afectan como seres humanos y como personalidades aisladas.

«Para exponer los sencillos principios que deben guiar y preservar la existencia humana es necesario evitar toda oscuridad de lenguaje, y mi explicación será tan breve y sencilla como me sea posible.

«Aceptada la idea de que existe un Divino Espíritu o Inteligencia Omnipotente que rige la infinidad de átomos vitales que en su unión y reproducción construyen las maravillas del Universo, nosotros vemos y admitimos que uno de los principales resultados de la obra divina es el hombre. El es—así nos han enseñado—«la imagen de Dios.» Esta expresión puede ser considerada como un verso poético de las Sagradas Escrituras, sin más significado que el de una poética imaginación; pero, sin embargo, es una verdad. El Hombre es en sí mismo una especie de Universo; él es también una conglomeración de átomos, átomos que son activos, reproductivos y deseo-

sos de perpetua creación. Tras ellos, como en la naturaleza divina, hay también un espíritu o inteligencia reguladora, dual en su esencia y de doble sexo en la acción. Sin el espíritu que la guíe, la constitución del hombre es un caos justamente como lo sería el Universo sin la dirección de su creador.

«Debemos principalmente recordar que así como el Espíritu de la Naturaleza visible es Divino y eterno, así también el espíritu de cada individuo es divino y es eterno, ha existido siempre y existirá siempre, y nosotros marchamos como distintas personalidades, cada uno o cada una bajo la controladora influencia de su propia alma, hacia una más y más elevada percepción y progreso espiritual. La gran mayoría de los habitantes del mundo viven con menos conciencia sobre este punto que las moscas o los gusanos; forman religiones en que ellos hablan de Dios y de la inmortalidad como los niños, sin hacer el menor esfuerzo por comprender las manifestaciones de la Esencia Divina ni la eternidad de la existencia; y, en cuanto al cambio que llaman muerte abandonan esta vida sin haberse tomado la molestia de descubrir, conocer o utilizar los más grandes dones que Dios les ha concedido. Pero nosotros, nosotros que estamos aquí para estudiar la existencia de la Fuerza Omnipotente que nos da completo dominio sobre las cosas del espacio, del

tiempo y de la materia; nosotros que sabemos que el hombre puede mantener absoluto control sobre los átomos movibles de su propio universo individual, podemos dar testimonio por nosotros mismos de que toda la tierra está sujeta al dominio del alma inmortal, sí, como también lo están los propios elementos del aire, del fuego y del agua, porque estos elementos son únicamente ministros y servidores de su autoridad soberana!»

Asélzion detúvose nuevamente, y, después de uno o dos minutos de silencio, continuó:

«Esta hermosa tierra; este esplendoroso cielo que la rodea; las exquisitas cosas ofrecidas por la amante Naturaleza, son elementos dados al hombre, no sólo para satisfacer sus necesidades materiales sino para la evolución de su progreso espiritual. De la luz del sol puede sacar nuevo ardor y color para su sangre; del aire, nuevos suplementos de vida; de los mismos árboles, yerbas y flores, medios para renovar su fuerza; y nada ha sido creado sino con la intención de contribuir a su propio placer y bienestar. Porque si la base o fundamento del Universo es el Amor, como lo es en realidad, es natural que el Amor desee ver a sus criaturas felices. La miseria no tiene lugar en el plan divino de la creación. La miseria es únicamente el resultado de la propia oposición del hom-

bre a las leyes naturales. En la Naturaleza, todas las cosas trabajan con calma y constancia, y resuelta y directamente hacia el bien. La Naturaleza obedece en silencio las órdenes de Dios. El hombre, por el contrario, interroga, argumenta, niega, se revela, de donde resulta que derrocha sus fuerzas, y falla en sus más elevados anhelos. Está en su propio poder el renovar su propia juventud, su propia vitalidad; sin embargo, lo vemos descender por su propia culpa hacia la debilidad y la decrepitud, entregándose, por decirlo así, para ser devorado por las influencias desintegrantes que pudo fácilmente repeler. Porque así como el directivo Espíritu de Dios gobierna la infinidad de átomos que forman los mundos siderales, así también el espíritu del hombre puede gobernar los átomos de que él se compone, guiando su acción y renovándolos a voluntad, formando con ellos verdaderos soles y sistemas de pensamiento y poder creador, sin desperdiciar una partícula de sus eternas fuerzas vitales. El hombre puede llegar a ser lo que quiera ser: un dios o meramente una masa de unidades embrionarias que vuela de una a otra faz de la vida eterna en estúpida indiferencia, compeliéndose a sí mismo a que transcurran siglos antes de seguir por algún decisivo sendero de separada acción individual. La mayor parte de los seres humanos prefiere ser nada en este sentido; sin

embargo, todos estamos sometidos a las consecuencias de nuestra eterna responsabilidad.

«Si alguno de los presentes desea hablar, hacer alguna pregunta o negar alguno de mis asertos, que venga aquí a manifestar valientemente lo que tenga que decir».

Cuando hubo hablado así, prodújose cierto movimiento entre los hasta entonces inmóviles miembros de la Hermandad. Levantóse uno de ellos, y, descendiendo desde su sitio, marchó con lentitud hasta llegar a pocos pasos de Asélzion; luego se detuvo, y echó hacia atrás su capucha, mostrando un fatigado y hermoso rostro en que una gran pena parecía impresa en forma demasiado fuerte para que alguna vez pudiera ser borrada.

—¡Yo no deseo vivir!, exclamó. He venido aquí a estudiar la vida; pero no a aprender como prolongarla. La perdería yo gustoso por la más insignificante bagatela. Porque la vida es para mí una cosa amarga, un terrible e inexplicable tormento! ¿Por qué os empeñáis, oh Asélzion, en enseñarnos cómo vivir largo tiempo? ¿Por qué no nos enseñáis mejor cómo morir luego?

Los ojos de Asélzion se fijaron en él con grave y tierna compasión.

—¿Qué acusación traéis contra la vida? preguntóle. ¿Cómo la vida os ha dañado?

—¿Cómo la vida me ha dañado?, y el infeliz levantó sus manos con un gesto de

desesperación. ¿Podéis preguntarlo vos, que profesáis leer nuestros pensamientos? ¿Cómo la vida me ha dañado? Siendo ¡injusta para conmigo! ¡Desde mi primer aliento, porque jamás pedí venir al mundo; desde mis años juveniles cuando todos mis sueños y aspiraciones fueron destruídos por amantes padres, sí, por amantes padres cuya idea del amor era el dinero! ¡Toda noble ambición frustrada! ¡Toda elevada esperanza muerta! Y en mi propio amor, ese amor de mujer que es la principal ambición del hombre, aún ella fué falsaria e indigna como una moneda falsificada, y no se preocupó jamás de salvar mi vida, que se arruinó, por supuesto! Pero, ¿qué importa? ¡Ahora siento cansancio de todo! ¡Día tras día, el peso del tiempo!; el vivo deseo de tenderme y ocultarme en paz y para siempre bajo el comfortable césped, donde ni amigo desleal, ni amor traidor ni bondadosos parientes, alegres todos ellos de verme sufrir, nunca más puedan señalarme con burla ni desprecio o volver hacia mí otra vez sus crueles ojos! ¡Asézion, si el Dios a quien servís es la mitad tan malvado como los hombres que El creó, quiere decir entonces que el cielo mismo es un infierno!

El Hermano hablaba deliberadamente y con ardor. Asézion lo miraba en actitud silenciosa. El deslumbrante Símbolo de Cruz y Estrella brillaba con extraños matices co-

mo un conjunto de millones de joyas, y durante algunos minutos no se interrumpió el profundo silencio en la capilla. De súbito, como impelido por una fuerza irresistible, el Hermano cayó de rodillas.

—¡Asélzion!, exclamó. ¡Como sois fuerte, tened paciencia con el débil! ¡Como sois divino, tened piedad con los ciegos! ¡Como os sentís firme en vuestros conocimientos espirituales, tended una mano a aquellos que pisan en incierta y movediza tembladera; y si la muerte y el olvido figuran entre los dones de vuestra gracia, no me los rehuséis, porque yo desearía más bien morir que vivir!

Siguió una pausa. En seguida, la voz de Asélzion, tranquila, clara y muy suave, vibró en medio del silencio:

—¡No hay muerte!, dijo. ¡No podéis morir! ¡No hay olvido! No podéis olvidar! ¡No hay sino un camino para la vida: vivirla!

Otro momento de silencio. En seguida continuó Asélzion con voz firme y resuelta:

—¡Acusáis a la vida de injusticia! ¡Vos sois el injusto con la vida! La vida os hizo concebir esos sueños y aspiraciones de que habláis. ¡En vuestro poder estaba el realizarlos! Ni padres, ni esposa, ni amigos pueden impedirlos hacer lo que deseáis hacer. ¿Quién frustró la realización de vuestras nobles ambiciones e ideales sino vos mismo? ¿Quién puede matar una esperanza

sino aquel en cuya alma fué concebida? Y en cuanto al amor de aquella mujer, ¿fué ella en realidad vuestra compañera, o simplemente una cosa de vanidad y belleza externa? ¿Focó vuestra pasión su cuerpo únicamente, o alcanzó hasta su alma? ¿Os preocupasteis de investigar si esa alma había despertado alguna vez en ella, u os sentíais bastante satisfecho con poseer nada más que su hermosura superficial? ¡En todas estas cosas, culpaos a vos mismo; no culpéis a la vida! ¡Porque la vida os da la tierra y el espacio, el tiempo y lo inconmensurable, para alcanzar la felicidad, felicidad en que, salvo por vuestra propia culpa, jamás debiera existir un solo rasgo de pena!

El arrodillado penitente, pues tal parecía serlo, cubrióse el rostro con ambas manos.

—Yo no puedo daros muerte, continuó Asélzion. Podéis daros vos mismo lo que conocéis con ese nombre, si así lo deseáis. Podéis, por vuestra propia iniciativa, repentina o premeditada, destruir vuestra presente envoltura material; pero ello sería por un brevísimo espacio de tiempo, el estrictamente necesario para que las fuerzas de la Naturaleza os construyeran nuevamente. En todo caso, nada conseguiréis, ya que con un acto semejante no perderíais ni vuestra conciencia ni vuestra memoria. Pensadlo bien antes de destruir vuestra

presente casa-habitación, porque la ingratitude alimenta la estrechez, y la nueva habitación puede ser más pequeña y menos apropiada para vuestra ansiada paz y tranquilidad!».

Con estas palabras, suavemente pronunciadas, levantó al arrodillado penitente, y le hizo señas de que volviera a su lugar. El penitente así lo hizo con absoluta obediencia, y sin proferir una sola palabra, cubriéndose otra vez el rostro con la capucha a fin de que ninguno de los presentes pudiera ver sus facciones.

En seguida, otro Hermano avanzó hacia adelante, y se dirigió a Asézlion.

—Maestro, dijo, ¿no sería mejor morir que envejecer? Si no existe efectiva muerte, como nos enseñáis, ¿por qué sobreviene la efectiva decadencia? ¿Qué placer hay en la vida cuando las fuerzas se debilitan y fallan nuestras pulsaciones; cuando la ardiente sangre se enfría y comienza a circular con dificultad, y cuando aún aquellas personas a quienes amamos consideran que hemos vivido demasiado? Yo soy viejo, aunque no estoy consciente de mi edad; pero otros están conscientes por mí. Sus miradas, sus palabras, implican que soy un obstáculo en su camino; que estoy muriendo lentamente como un árbol carcomido, y que el proceso es demasiado aburridor para su impaciencia. Y, no obstante, yo podía ser joven: mis potencias para el trabajo han aumen-

tado en vez de disminuir; gozo de la vida más que aquellos que tienen de su parte la juventud; pero, a pesar de todo, sé que llevo sobre mí el peso de setenta años, y yo digo que seguramente es preferible morir que vivir tanto tiempo!

Asélzion, que permanecía de pie ante la amplia luz del resplandeciente Símbolo de Cruz y Estrella, mirábalo con bondadosa sonrisa.

—Yo también llevo el peso, si así lo llamáis, de setenta años, dijo. Pero los años nada significan para mí, como nada debieran significar para vos. ¿Quién os ha pedido que los contéis? ¿Quién os ha ordenado tomarlos en consideración? En el mundo de la Naturaleza agreste, el tiempo se regula únicamente por las estaciones: el pájaro ignora su edad; el rosal no cuenta los aniversarios de su nacimiento. Vos, en quien reconozco un hombre enérgico y un paciente discípulo, habéis vivido la vida que los hombres acostumbran llevar en el mundo: sois casado con una mujer que jamás se ha tomado la molestia de estudiar, ni mucho menos comprender, los rasgos más destacados de vuestro carácter, y quien ahora es mucho mayor que vos, aunque menor en años efectivos; tenéis hijos que os consideran exclusivamente como a su banquero, y que, mientras os fingen afecto, esperan vuestra muerte con ansiedad a fin de poseer vuestra for-

tuna. ¡Preferible hubiera sido que nunca hubieseis tenido esos hijos! Conozco todo esto como vos también lo conocéis. Igualmente sé que mediante las impresiones mundanas, y la influencia de los llamados «amigos» quienes desean convencerlos de vuestra edad, ha principiado el proceso desintegrante; pero este proceso puede ser detenido. ¡Vos mismo podéis detenerlo! El sueño del Fausto no es una mera fantasía, sólo sí que la renovación de la juventud no es obra de la mágica maldad sino del bien natural. Si anheláis ser joven, dejad el mundo que habéis conocido, y principiad de nuevo; dejad esposa, hijos, amigos, todos aquellos seres que cuelgan como plantas parásitas en un roble, carcomiendo su tronco y extrayendo de él su fuerza, sin comunicarle algún nuevo elemento de vitalidad. ¡Vivid otra vez; amad otra vez!

—¡Yo!—y el Hermano echó atrás su capucha, dejando en descubierto un rostro demacrado y surcado de profundas arrugas, aunque conmovedor en virtud de los rasgos intelectuales que revelaban sus hermosas facciones—¡Yo! ¡Con estos cabellos blancos! ¡Os burláis de mí, Asélzion!

—Jamás me burlo, respondió Asélzion. Yo dejo las burlas para los insanos que estiman la vida someramente sin comprender sus principios reguladores. No me burlo de vos. ¡Ponedme a prueba! ¡Obedeced mis

reglas aquí únicamente por seis meses, y saldréis de este Castillo con todas vuestras fuerzas corporales y espirituales renovadas en juventud y vitalidad. Pero vos mismo debéis realizar el milagro que, después de todo, no es milagro. ¡Vos mismo debéis reconstruiros a vos mismo!, como está obligado a hacerlo todo aquel que desea vivir una más amplia y noble vida. Si vaciláis; si retrocedéis; si volvéis por medio de algún insensato recuerdo o mórbido pensamiento a vuestros anteriores errores en la vida, que ya pasaron, a ella, vuestra esposa, esposa en el nombre, pero jamás en el alma; a vuestros hijos, nacidos de animal instinto, pero no de un profundo amor espiritual; a aquellos vuestros «amigos» que cuentan vuestros años como si fueran otros tantos crímenes, sólo conseguiréis detener la obra revigorizante y aniquilar las fuerzas renovadoras. Debéis elegir vuestro camino en la vida, y esta elección debéis hacerla voluntaria y deliberadamente. Ningún ser humano se debilita ni envejece sino mediante su propia intención e inclinación hacia ese fin. De igual manera, ningún ser humano mantiene o renueva su juventud sin una similar intención o inclinación. Tenéis dos días para pensarlo, y en seguida me diréis lo que hayáis resuelto.

El Hermano vaciló como si tuviera algo

más que decir; pero luego volvió a su sitio, en actitud de profunda obediencia.

Asélzion esperó hasta que se hubo sentado y, después de un breve intervalo, habló una vez más:

—Si todos vosotros aquí presentes estáis contentos con vuestras reglas de vida en este lugar, y con los estudios que proseguís, y ninguno de vosotros desea irse, os pido el signo acostumbrado.

Todos los Hermanos pusieron de pie, y levantaron los brazos por encima de sus cabezas. En seguida, después de un segundo de tiempo, los dejaron caer otra vez con solemne lentitud.

«¡Basta!», exclamó Asélzion, y luego se dió vuelta hacia el Símbolo de Cruz y Estrella, enfrentándolo ampliamente. Asombrada y con cierto terror, observé que los rayos procedentes del centro del Símbolo flameaban tomando una longitud extraordinaria, rodeando toda su silueta, e invadiendo la capilla con un brillo amarillento como si repentinamente se hubiera producido allí un incendio. Asélzion avanzó derecha y resueltamente hasta el centro de las deslumbrantes llamas; en seguida, y desde cierto punto, dióse vuelta otra vez y miró a sus discípulos. ¡Cómo había cambiado de aspecto! La luz que lo rodeaba parecía ser parte de su propio cuerpo y de sus propias vestiduras; encontrábase transfigurado en algo parecido a un ángel o a un

dios, lo que me produjo un sentimiento sucesivo de admiración, de temor y de terror. Levantando su mano derecha, hizo la señal de la cruz. Los Hermanos descendieron de sus respectivos sitios, y, caminando lentamente, llegaron hasta colocarse en semicírculo frente a su maestro quien, con voz clara y solemne, exclamó:

—¡Oh, Divina Luz! Somos parte de Ti! y en Ti descamos ser absorbidos! ¡Por Ti sabemos que somos capaces de obtener una vida inmortal sobre esta graciosa tierra! ¡Oh, Naturaleza, amante madre, cuyo seno palpita con oculto fuego de vitalidad y energía: nosotros somos tus hijos, nacidos de ti en espíritu y en materia; en nosotros has derramado tus lluvias y tus rocíos, tus nieves y tus heladas, tu luz solar y tus tempestades! En nosotros has incorporado tu prolífica belleza, tu facultad productora, tu poder y tu progreso hacia el bien; y más que todo nos has dotado con la pasión divina del Amor que enciende el fuego con que tú has sido creada y de que emana y se mantiene nuestra existencia! ¡Protégenos, oh Luz! ¡Aliméntanos, oh Naturaleza; y Tú, oh Dios, Supremo Espíritu de Amor, cuyo pensamiento es Llama, y cuyo deseo es Creación, sé Tú nuestro Guía, nuestro sostén y nuestro instructor, a través de todos los mundos sin fin, y por toda la eternidad! ¡Amén!

Una vez más, la gloriosa música del ór-

gano se dejó oír en la capilla como una tormenta, y yo, temblando en todo mi sér, caí de rodillas, sobrecogida por el esplendor de las armonías y por lo extraño de aquella escena. ¡Gradualmente, muy gradualmente, la música murió a lo lejos; sobrevino un profundo silencio, y, al levantar mi cabeza, la capilla estaba desierta! Asélzion y sus discípulos habían desaparecido sin producir ruido alguno, y como si jamás hubieran estado allí presentes. Solamente la Cruz y la Estrella permanecían aún brillando contra el fondo oscuro color púrpura y despidiendo prolongados y trémulos rayos, algunos de matiz violeta pálido, otros escarlata, otros de delicados tintes del rosado y del topacio.

Miré a mi alrededor, en seguida, tras de mí, y con alguna sorpresa vi que la puerta de mi pequeña cámara se encontraba abierta. Cediendo a un impulso demasiado fuerte para resistir, me deslicé suavemente hacia afuera y, marchando en puntillas y atreviéndome escasamente a respirar, encontré mi camino, a través de un bajo portal abovedado, hasta el interior de la capilla, y allí permanecí sola. Un positivo terror hacía latir fuertemente mi corazón. Sin embargo, nada había que temer. Nadie se encontraba cerca de mí a quien yo pudiera ver; pero sentía como si miles de ojos me mirasen desde el techo, desde tras las columnas, y desde los vidrios empañados.

dos de las ventanas que proyectaban su luz diversicolor en el blanco mármol del pavimento. Y en aquella quietud, los vivos resplandores de la Cruz y Estrella eran casi terribles. Los prolongados y brillantes rayos semejaban lenguas de fuego que expresaban mudamente cosas indecibles. Sentíame fascinada al acercarme más y más; luego me detuve de improviso al sentir una especie de vibración debajo de mí, como si el piso temblase. Inmediatamente, sin embargo, recobré nuevo valor para seguir adelante, y poco a poco fuí impelida hacia dentro de un perfecto remolino de luz que caía sobre mí por todos lados como grandes olas, y con tanta fuerza que apenas podía darme cuenta de mis propios movimientos. Avanzaba como a impulsos de un sueño; mis propias manos parecían transparentes al extenderlas hacia el maravilloso Símbolo, y, al mirar por un instante los pliegues de mi blanco velo, observé que brillaban con un pálido tono amatista. Continué avanzando más y más, poseída de una idea irresistible de ir tan lejos como pudiese dentro de aquel extraño centro de viva luz, y me sentía asombrada de mi propia intrepidez. Paso a paso continué resueltamente, hasta que de improviso me sentí aprisionada, por decirlo así, en un círculo de fuego que giraba a mi alrededor arrojando puntas luminosas tan agudas como flechas, y que parecían apuñalear mi

cuerpo más y más. Luché por respirar y procuré retroceder. ¡Imposible! Sentíame cogida en una red de interminables vibraciones de luz que, aun cuando no despedían calor, penetraban todo mi ser con tal intensidad como si procurasen invadir mi propia alma. Permanecí allí sin poder articular un sonido, muda, inmóvil, en medio de llamas de mil colores, demasiado confundida para darme cuenta de mi propia identidad. En seguida, y repentinamente, algo obscuro y fresco flotó sobre mí como sombra de nube pasajera. Miré hacia arriba y quise proferir un grito, ¡una palabra de súplica!; en seguida caí al suelo, desmayada, en completa inconsciencia!

LA PRIMERA LECCION

Ignoro cuanto tiempo permanecí allí; pero, al recobrar mis facultades, me encontré en un sitio tranquilo y sombrío, algo así como una pequeña ermita con una ventana que se abría hacia el mar. Yo estaba tendida en un cojín, cubierta aún con el velo, y, al mirar a mi alrededor, vi que era de noche, y que la luna extendía sobre las olas su red de plateados rayos. Flotaba en el aire una deliciosa fragancia proveniente de un grupo de rosas colocado cerca de mí en un alto florero de cristal. En seguida, mientras recobraba gradualmente todo el conocimiento de mi propia existencia, percibí una mesa, y, sentado a ella, al propio Asélzion leyendo ante una lámpara encendida. Muy asombrada ante su vista, permanecí inerte por un momento, temerosa de moverme, pues estaba casi segura de haber incurrido en su desagrado, hasta que súbitamente, con el sentimiento propio de un niño que implora perdón por una ofensa, levantéme y corrí hacia él, arrojándome de rodillas a sus pies.

—¡Asélzion, perdonadme! murmuré. ¡He procedido incorrectamente! ¡Yo no tenía derecho para ir tan lejos!

Volvió sus ojos hacia mí, sonriendo, y tomó suavemente mis manos.

—¿Quién te niega el derecho de ir lejos si tienes fuerza y valor para ello? ¡Querida niña, nada tengo que perdonar! ¡Tú eres la autora de tu propio destino! Pero has sido atrevida, pues, siendo mujer, has realizado lo que pocos hombres intentan realizar. Ello es obra de tu amor, ese perfecto amor que rechaza el miedo. Te has aventurado en un peligro que no te ha causado daño; has salido de él indemne. ¡Que así ocurra con cada una de las pruebas a que se te someta en lo sucesivo!

Asélzion puso término a mi postrada actitud, levantándose suavemente, pero manteniendo siempre tomadas mis manos.

—¡Yo no pude menos de hacerlo!, exclamé. Vuestra orden para mí es silencio y soledad; y en silencio y soledad me mantuve mientras os miraba a todos vosotros, y escuchaba lo que decíais. Y cuando todos vosotros abandonasteis la capilla, yo habría continuado inmóvil en mi sitio, en silencio y en soledad, si no hubiera sido por la Cruz y la Estrella! ¡Parecían hablarme, llamarme, atraerme; y yo me dirigí hacia ellas sin saber por qué, impelida por una fuerza extraña! Y en seguida...

Asélzion oprimió suavemente mis manos.

—En seguida la luz reclamó lo que era suyo, dijo, y el valor tuvo su recompensa. La puerta de tu cámara en la capilla fué

abierta de acuerdo con mis instrucciones. Yo deseaba ver lo que harías después. Aún no te formas idea de lo que has hecho; pero ello no importa. Has realizado una prueba con éxito, porque si hubieras permanecido en tu sitio hasta que alguien hubiese ido a removerte, yo te habría considerado como una criatura de voluntad débil que obedece a impulsos pasajeros; pero tú eres más valiente de lo que yo me imaginaba, y por eso he venido esta noche a darte la primera lección.

—¡Mi primera lección!—repetí maravillada, mientras Asélzion soltaba mis manos para sentarme en una silla que hasta ese instante había permanecido invisible para mí, por encontrarse en la sombra proyectada por la lámpara.

—¡Sí, tu primera lección!, prosiguió sonriendo gravemente. La primera lección acerca de lo que has venido a investigar aquí: la prolongación de tu vida terrenal por tanto tiempo cuanto desees, y el secreto de la juventud, fuerza y poder de Rafael Santóris, como también acerca de su dominio sobre ciertas fuerzas elementales. Pero ante todo, bebe esto—dijo, mientras vaciaba de un frasco primorosamente adornado un vaso lleno de vino de color rojo obscuro.—No es una poción mágica; es simplemente una forma de alimento más nutritivo que cualquier materia sólida; y como todo el día nada has comido, salvo

tu ligero almuerzo, bebe todo este líquido hasta la última gota!

Obedecí. El vino carecía de sabor y de fuerza, como el agua.

—Ahora, continuó Asézlion, voy a exponer delante de ti una simple ilustración de la verdad que sirve de base a toda la Naturaleza. Si te condujesen a una vasta llanura donde hubiera dos ejércitos opuestos: el uno animado por un sentimiento de destrucción; el otro movido únicamente por el deseo del bien, ¿no es verdad que desearías el triunfo de este último?

—Sí, respondí sin vacilar.

—Pero, supongamos, prosiguió, que ambos ejércitos obraran por el bien, y que el objeto de la fuerza destructora fuese únicamente aniquilar lo que era estéril y dañino, a fin de construirlo otra vez con más sólida y noble estructura, mientras que el deseo de la otra fuerza consistiera en preservar estrictamente y mantener las ventajas que poseía hasta ese momento. ¿Cuál de los dos ejércitos tendría tu simpatía?

Aun cuando pensé un poco, no me fué posible contestar inmediatamente.

—Hé aquí tu punto de vacilación, continuó, y hé aquí el límite corriente de la comprensión humana. Ambas fuerzas actúan para el bien; pero, naturalmente, podemos simpatizar nada más que con una de ellas. A ésta llamamos Vida; a la otra, Muerte

Nosotros pensamos que la Vida sólo existe para lo que es vivo, y que la Muerte es una especie de terminación de la Vida en lugar de ser una de las más activas formas de la Vida. Todo el Universo se compone de estas dos fuerzas en lucha que llamamos el bien y el mal; pero el mal no existe. El mal es únicamente la destrucción de lo que pudiera ser dañoso si se le permitiese subsistir. Me explicaré con más claridad: los millones de millones de átomos y electrones que componen los elementos eternos del Espíritu y de la Materia son duales, es decir, de dos clases: los que mantienen su estado de equilibrio, y los que ejercen una acción desintegrante a fin de construir nuevamente. Esto que ocurre en el Universo, ocurre también en la composición del ser humano. En ti como en mí, existen estas dos fuerzas, y nuestras almas están colocadas en guardia, por decirlo así, entre ellas. Un ejército de átomos se encuentra siempre pronto para mantener el equilibrio de la salud y de la vida; no obstante, si por negligencia y falta de vigilancia del centinela llamado alma, se permite a una parte de ellos convertirse en inútiles y estériles, el otro ejército, cuya misión es destruir todo lo que es falso e inútil con el propósito de renovarlo para darle una mejor forma, principia a trabajar, y este proceso desintegrante es nuestra concepción de decadencia y de muerte. Sin embargo,

naturalmente, semejante proceso no puede aún principiar sin nuestro consentimiento y complicidad. Podemos retener la Vida durante un largo tiempo en esta tierra; pero ello sólo puede conseguirse por medio de nuestras propias acciones: por nuestro propio deseo y por nuestra propia voluntad.

Miré a Asélzion interrogativamente.

—Podemos desear y querer muchas cosas, dije; pero el resultado no es siempre feliz.

—¿Esa es tu experiencia?, preguntó, mirándome intensamente con sus penetrantes ojos. Tú sabes, si eres sincera contigo misma, que nada puede resistir ante la insistencia de una fuerte Voluntad ejercida hacia un determinado fin. Si falla el esfuerzo, es porque la Voluntad ha vacilado. ¿Qué has hecho de algunas de tus vidas anteriores—tú y tu amante—por medio de la vacilación en el momento supremo?

Miré a Asélzion con aire de súplica.

—Si hemos incurrido en errores, ¿cómo habíamos podido evitarlos enteramente?, pregunté. ¿No parece que siempre hemos procurado lo mejor?

Asélzion se sonrió ligeramente.

—No; no me parece así, replicó. La fuente principal de vuestras existencias anteriores, la ley de atracción que tiende a uniros, ha sido siempre y es el Amor. Y contra el Amor habéis luchado siempre, como si fuera un crimen; y en muchos casos habéis obedecido a las transitorias convencionalidades

de los seres humanos antes que a las inmutables órdenes de Dios. Y ahora, separados como habéis permanecido, perdidos como habéis estado en los interminables torbellinos del infinito, os encontráis cerca otra vez, y, aún cuando tu amante ha cesado de inquirir, tú no has cesado de dudar.

—¡Yo no dudol, exclamé súbitamente y con pasión. ¡Lo amo con toda mi alma! ¡Jamás lo perderé otra vez!

Asélzion me miró con ojos interrogantes.

—¿Cómo sabes, preguntó, que no lo has perdido ya?

Al oír estas palabras, un repentino sentimiento de angustia invadió todo mi sér; un frío sentimiento de vacío y desolación. ¿Sería posible que mi propia rudeza y egoísmo me hubiera separado una vez más de mi amante?—porque así lo llamaba ahora en mi corazón—¿Habíalo separado una vez más de mi alma por algún desconfiado pensamiento? Agobiada por amargo dolor, me levanté de mi asiento, casi inconsciente, y me dirigí a la ventana en busca de aire. Siguióme Asélzion, quien colocó su mano derecha suavemente sobre mi espalda.

—¡No es tan difícil ganar el amor como mantenerlo! exclamó. El no comprenderse y la falta de espontánea simpatía, terminan por destrozar los corazones y separarlos. Y esto es mucho peor que lo que los mortales llaman muerte.

Ardientes lágrimas caían lentamente de

mis ojos. Cada palabra parecía traspasar mi corazón. Yo miraba con ansiedad la movediza extensión del océano que brillaba bajo la majestuosa luna. Recordé aquella noche, escasamente una semana atrás, cuando Rafael estuvo a mi lado, estrechando mis manos con las suyas. ¡Cuán largo me había parecido ese corto espacio de tiempo! Por fin hablé:

—Querría más bien morir, si la muerte fuera posible, que perder su amor. Porque donde no hay amor, existe necesariamente la muerte.

Asézion suspiró.

—¡Pobre niña! dijo. Ahora comprendes por qué el alma abandonada vaga de una existencia a otra hasta encontrar su verdadera compañía! De acuerdo con lo que acabas de decir, donde no hay amor no hay verdadera vida, sino sólo una existencia semi-consciente. Pero tú no tienes motivo de queja, no por ahora, si te mantienes firme y fiel. ¡Rafael Santorie está sano y salvo; su alma se preocupa tanto de ti, y con tanta insistencia, como si él mismo estuviese aquí presente! ¡Mira!

Y colocó sus dos manos por un momento sobre mis ojos. En seguida las retiró. Preferí un grito de éxtasis, porque delante de mí, sobre la superficie del agua alumbrada por la luna, divisé el «Dream», con sus velas brillantes de luz, y su esbelta figura claramente proyectada contra el horizonte.

¡Oh, cuánto deseaba volar a través de la corta extensión de agua que parecía separarnos! ¡Cuánto deseaba estar otra vez en el puente, al lado de aquel a quien amaba ahora más que mis propias esperanzas celestiales! Pero sabía que ello era sólo una visión presentada delante de mí por la magia de Asézion, magia puesta en práctica gentilmente en provecho mío, a fin de ayudarme y confortarme en un momento de tristeza y cordial ansiedad. Y yo observaba, sabedora de que aquel cuadro debería borrarse, como ocurrió lentamente, desapareciendo en seguida como un arco-iris en las nubes.

—¡Es en realidad un «Sueño»!, dije, sonriendo débilmente, mientras me volvía otra vez hacia Asézion. ¡Ojalá que el amor nunca fuese tan fugaz.

—¡Si el amor es fugaz, no es amor! contestó. Una pasión efímera a que suele darse ese nombre, es la corriente atracción que existe entre hombres y mujeres vulgares: hombres que no ven más allá que la satisfacción de un deseo; y mujeres sin otro ideal que ceder a tal deseo. Hombres que aman, en el más alto y fiel significado de la palabra, son mucho más raros que las mujeres. Mujeres hay que se acercan a lo divino en el amor, cuando el amor despierta por primera vez en ellas; si después descienden a un nivel inferior, ello se debe generalmente a culpa de los hombres.

—No todos los seres humanos, continuó, han recibido la facultad de dominar y controlar sus propias fuerzas vitales, y esto es lo que desearía darte a comprender antes de despedirme de ti esta noche. Puedo enseñarte la manera cómo mantener tu vida libre de todos los elementos desintegrantes; pero el aprendizaje de la lección depende de ti misma.

Tomé asiento nuevamente en la silla colocada al frente de Asélzion, dispuesta a oír sus palabras con la más profunda atención. Había sobre la mesa varias cosas que no había visto antes, y una de éstas era un objeto circular cubierto con un paño. Asélzion quitó la cubertura y me mostró un globo de cristal que parecía estar lleno con un extraño fluido volátil, claro en sí mismo, pero con innumerables virguitas y líneas brillantes que flotaban en él.

—Observa bien esto, dijo, porque aquí tienes una manifestación muy sencilla de una gran verdad. Estas virguitas y líneas que ves en continuo movimiento, constituyen una muestra de lo que ocurre en la composición de cada sér humano. Algunas de ellas, como ves, se mueven en diversas direcciones; sin embargo, se encuentran y se mezclan unas con otras en varios puntos de convergencia, y en seguida vuelven a separarse. Son las fuerzas constructivas y desintegrantes de todo el Universo, las que, fija bien tu atención en esto, cuando están

libres, se encuentran dirigidas por una potente voluntad reguladora. Tú, en tu actual estado de existencia, eres simplemente una Forma organizada, compuesta de esos átomos, y para gobernarlos estás investida del poder de la voluntad que es parte de la creadora influencia de Dios. Si tú los gobiernas propiamente, los átomos constructivos y revivificadores que hay en ti obedecen tus órdenes, y, con fuerza creciente, controlan y subyugan gradualmente a los átomos desintegrantes, sus enemigos, enemigos que, después de todo, son únicamente sus servidores, dispuestos a desembarazarlos de todo lo que es indigno e inútil, al primer signo de decrepitud. Nada hay más sencillo que esta ley que basta poner en práctica para conservar la vida y la juventud. Toda ella está contenida en un esfuerzo de la Voluntad a que obedece todo en la Naturaleza, justamente como un barco bien dirigido obedece a la brújula. ¡Recuerda bien esto! ¡Yo digo: *¡todo en la Naturaleza!* Este globo de cristal encierra momentáneamente átomos que no pueden ser dirigidos en este instante por encontrarse aprisionados, fuera de toda Voluntad que los gobierne: pero si los dejase durante unas pocas horas más en el estado en que se encuentran, su fuerza destrozaría el cristal, y ellos escaparían para seguir nuevamente el camino que les está señalado. Te presento todo esto como una lección objetiva, a

fin de probarte que tales cosas existen, que ellas son realidades y no sueños.

Tú, como este globo de cristal, estás llena de átomos aprisionados, átomos de Espíritu y Materia que trabajan juntos para hacer de ti lo que eres; pero tú tienes además la Voluntad reguladora cuya misión es controlarlos y dirigirlos, ya sea a sostenerte, mantenerte y revivificarte, o bien a debilitarte, amenguarte y, finalmente, anularte y desintegrarte, a fin de preparar para ti la creación de otra forma y faz de existencia. Ahora, ¿principias a entender?

—Creo que sí, contesté. ¿Pero es posible hacer siempre este esfuerzo de la Voluntad?

—No hay un momento en que tú, conscientemente o subconscientemente, no desees algo, contestó. Y la suma de fuerza que empleas en desear cosas perfectamente efímeras e insignificantes, podría casi levantar un planeta. Pero consideremos hechos simples, tales como levantar una mano. Tú estimas que este movimiento es instintivo o mecánico; pero sólo puedes realizarlo porque así lo desees. Si tú no desees levantar el brazo, no podrá éste levantarse por sí mismo. Esta fuerza tremenda, este don divino como es el poder de la Voluntad, es ejercido apenas por la gran mayoría de los hombres y de las mujeres. De ahí su costumbre de vacilar; su fácil condescendencia ante esta o aquella opinión; el fácil

predominio obtenido sobre millones de seres humanos por unos cuantos dirigentes y reformadores; las infecciosas locuras que suelen invadir a las colectividades; los caprichos de la moda; las costumbres de la sociedad: todo esto es debido al disperso poder de la voluntad que, si fuera concentrado, podría en verdad «llenar la tierra y subyugarla». Pero nosotros no podemos enseñar al mundo, y, por lo tanto, debemos conformarnos con enseñar y entrenar a unos pocos individuos solamente.

Ante tu pregunta acerca de si es posible hacer siempre este esfuerzo de la voluntad, yo respondo que sí, que ello es siempre posible. El secreto está en resolverse a adoptar una actitud firme, y mantenerla con igual firmeza.

Si tú alientas pensamientos de temor, vacilación, enfermedad, decadencia, incompetencia, fracaso y debilidad, inmediatamente das ímpetu a las fuerzas desintegrantes que hay en ti para que principien su obra, y gradualmente llegas a convertirte en enferma, timorata, y menguada en tus facultades espirituales y corporales. Si, por el contrario, tus pensamientos se relacionan con la salud, la vitalidad, la juventud, la alegría, el amor y las facultades creadoras, estimulas a todos los elementos revivificantes de tu sistema para que construyan nuevos tejidos nerviosos y nuevas células cerebrales, como también

para que te suministren nueva sangre. Ningún sabio ha descubierto jamás una causa lógica acerca de por qué deben morir los seres humanos, pues ellos están aparentemente destinados a vivir por un tiempo indefinido. Lo que ocurre generalmente es que los seres humanos *se suicidan*, y aún los llamados «accidentes», son casi siempre el resultado de su propio descuido, negligencia o falta de atención a las circunstancias preventivas.

Yo procuro exponerte todo esto de la manera más sencilla que me es posible. Hay cientos de libros que puedes consultar sobre esta ciencia; pero están escritos en una forma tan abstrusa y difícil que aún la inteligencia más culta se siente casi impedida para asimilar las ideas que contienen. Lo que te he enseñado es perfectamente fácil de comprender; la única dificultad se encuentra en su aplicación práctica. Esta noche, por lo tanto, y durante todo el tiempo que permanezcas aquí, serás sometida a ciertas pruebas sobre tu fuerza de voluntad, y el resultado de ellas indicará si eres bastante fuerte para triunfar en tus investigaciones acerca de la vida, de la juventud y del amor. Si eres capaz de mantener la verdadera actitud; si puedes encontrar y guardar el verdadero equilibrio central de la Divina Imagen dentro de ti, todo marchará bien. Y no olvides que si aprendes a controlar y gobernar las fuerzas atómi-

cas de que se compone tu sér, podrás igualmente controlar y gobernar *todas* las fuerzas atómicas que existen dentro de tu esfera de acción. Esto te proporcionará lo que los ignorantes llaman «poder milagroso»; pero no se trata de milagros. Ello se debe nada más que a la actitud del Espíritu que gobierna a la Materia. Te encontrarás no solamente capaz de gobernar tus propias fuerzas sino que también podrás extraer de la Naturaleza nuevos elementos de vida. El aire, la luz solar, los árboles, las flores, te suministrarán todo lo que ellos pueden dar, y nada te será rehusado. «Pide y recibirás; busca y encontrarás; golpea y se te dirá». Naturalmente, debes dar a tu vez lo que recibes, como una manifestación de amor, generosidad, benevolencia y simpatía, no sólo al género humano sino también a todos los seres de la Creación, de acuerdo con el precepto bíblico: «Da y se te dará. Con la misma vara que mides serás medido». Estas frases de nuestro gran Maestro han sido oídas tan a menudo que mucha gente no les atribuye mayores consecuencias; sin embargo, ellas encierran una verdad de que no podemos escapar. Aun un acto tan insignificante, al parecer, como una bondadosa palabra se paga al que la profirió con un doble interés de bondad; mientras que una palabra cruel o dura lleva en sí su propio castigo. Las personas que reciben sin dar, no tienen éxito, generalmente ni en sus vi-

das ni en sus propósitos; en tanto que las que dan sin tomar, parecen ser ayudadas milagrosamente por la fama y la fortuna, lo que no es otra cosa que el cumplimiento de la ley espiritual.

—No deseo fama ni fortuna, dije. El amor es bastante para mí.

Asélzion se sonrió.

—¡Bastante para ti, es verdad! ¡Hija mía, es bastante para todos! ¡Si tienes amor es porque has entrado en el secreto espíritu de Dios! El amor inspira toda nobleza, todo sufrimiento, todo valor; y creo que tú posees algunos de sus atributos, porque has sido valiente en tu primer ensayo, y es tu propia valentía la que me ha traído a quí a hablar contigo esta noche. Por tu propia cuenta y sin preparación, has pasado lo que nosotros los estudiantes y místicos llamamos «el primer círculo de fuego», y, por consiguiente, te encuentras lista para el resto de tu prueba, de modo que te llevaré a tu cuarto donde te dejaré, porque debes soportar y concluir tu prueba enteramente sola.

Mi corazón se abatió un poco; pero nada dije, y me limité a mirar a Asélzion mientras tomaba el globo de cristal, lleno de líneas y puntos de luz que brillaban como fuego aprisionado, para levantarlo por un momento entre sus dos manos.

En seguida apagó la lámpara, y permanecimos juntos ante el pálido brillo de la luna

que derramaba sus plateados rayos sobre la superficie del mar. Comenzaba la alta marea, y podía oírse el solemne ruido de las olas que rompían rítmicamente sobre la playa. Asézion me tomó de la mano en silencio, y me condujo fuera de la pequeña ermita hasta el aire libre, donde estuvimos a pocos pasos del mar. Los rayos de la luna nos bañaban con un brillo color perla, y, por un movimiento instintivo, me volví para mirar a mi acompañante. Su rostro parecía transfigurado en algo de sobrenatural belleza, y por un segundo, y con gran sorpresa de mi parte, cruzó mi mente el recuerdo de lo dicho por él en la capilla acerca de que él llevaba también el peso de setenta años. ¡Setenta años! Parecía estar en plena juventud y en todo el esplendor de la vida, y la mera idea de edad, relativa a su persona, resultaba absurda. Mientras yo lo observaba, sobrecogida de maravillada fascinación, levantó con lentitud ambas manos como en solemne invocación a las estrellas, que brillaban en incontables millones sobre nuestras cabezas, y su voz, profunda y musical, se dejó oír suave y claramente en medio del silencio:

«¡Oh, Supremo Guía de todos los mundos creados: Acepta esta alma que anhela ser consagrada a Ti! ¡Ayúdala a conseguir todo lo que sea para su sabiduría y progreso espiritual e identifícala con la Naturaleza de donde ella ha nacido! ¡Tú, silenciosa y

apacible Noche, invístela con tu profunda tranquilidad! ¡Tú, brillante Luna, penetra su espíritu con el resplandor de los sueños sagrados! ¡Particípale de tu fuerza y profundidad, oh Mar!; y que ella pueda extraer de los tesoros del aire toda la juventud, toda la belleza, toda la vida, toda la dulzura, a fin de que su existencia sea una dicha para el mundo, y su amor, una bendición».

Todo mi sér temblaba con un sentimiento de vivo éxtasis mientras Asélzion dirigía esta plegaria para mí. Pude haberme arrodillado ante él, en señal de gratitud y reverencia, pero calculé instintivamente que no desearía este acto de homenaje. Preferí guardar silencio, y obedecí su suave impulso mientras me conducía de la mano por un abovedado pasadizo de piedra y en seguida, por una larga escalera de caracol a cuyo término se detuvo, y, tomando una llave de su cinturón abrió una pequeña puerta.

—Este es tu cuarto, hija mía, dijo con una grave bondad que me conmovió extraordinablemente. ¡Adiós! El futuro te lo formarás tú sola.

—¿No os veré otra vez?, le pregunté con voz algo temblorosa.

—Sí, me verás otra vez si pasas tu prueba con éxito, contestó. No si fracasas.

—¿Qué ocurrirá si fracaso? :

—No otra cosa que lo corriente, replicó. Abandonarás este recinto en perfecta se-

guridad para volver a tu hogar y a tus labores habituales; vivirás como viven casi todas las mujeres, bien que tal vez en un grado un poco más alto de pensamiento y de acción, y llegará el tiempo en que consideres tu visita al Castillo de Asélzion como una simple locura. El mundo, y sus convencionalismos te retendrán fuera de aquí.

—¡Jamás!, exclamé apasionadamente. Asélzion, yo no fracasaré!

Miróme vivamente; en seguida colocó sus manos sobre mi cabeza en ademán de nuda bendición, y me indicó que entrase a mi cuarto. Obedecí. Asélzion cerró la puerta instantáneamente; oí la vuelta de la llave en la cerradura, y luego, el débil eco de sus pasos al descender la escalera. Mi cuarto estaba iluminado por una luz muy tenue, de ignorada procedencia. Todo se encontraba tal como cuando fuí llamada a la misteriosa Capilla de la Cruz y Estrella, y miré a mi alrededor, tranquilizada por la quietud y sencillez que me rodeaba. No me sentía dispuesta a dormir y resolví escribir de memoria todo lo que Asélzion me había dicho mientras permanecía fresco en mi espíritu. Aun me cubría el velo blanco que me habían proporcionado. Me despojé de él, y lo doblé, con cuidado, listo para usarlo nuevamente en caso necesario. Me senté, en seguida, a la pequeña mesa, y saqué de una carpeta pluma, tinta y papel; no obstante, algo me impedía fijar mi atención

en lo que intentaba realizar. El silencio a mi alrededor era más intenso que nunca, y, aunque la ventana permanecía abierta, no me era posible oír ni aún el murmullo del mar. Escuché, respirando apenas. No se oía ruido alguno. Aquel extraordinario silencio, cada vez más profundo, fué el precursor de una sensación de frío. Sentíame removida a un lugar apartado, donde no podían alcanzarme ni el tacto ni la voz humana, y sentí, como jamás había sentido durante toda mi vida, que, en realidad, me encontraba enteramente sola.

SOMBRA Y SONIDO

La quietud era solemne. Me parecía poder oír el rápido latido de cada pulsación dentro de mi cuerpo. Un curioso y vago terror principió a invadirme; luché contra su insidiosa influencia, e inclinándome mi cabeza sobre el papel que había colocado delante de mí, me dispuse a escribir.

Al cabo de unos pocos minutos, procuré ejercer algún control sobre mis nervios, y principié a redactar claramente y con ilación todo cuanto Asélzión me había dicho, aun cuando yo sabía que no lo olvidaría tan fácilmente. En seguida, me sobrevino una repentina sensación que me obligó a darme cuenta de que algo o alguien se encontraba en mi cuarto, con la mirada fija en mí.

Mediante un esfuerzo, levanté mi cabeza, y nada vi al principio. En seguida, y gradualmente, me di cuenta de que una Sombra obscura e impenetrable, aparecía entre mí y la ventana. Al principio, semejaba simplemente una masa informe de vapor negro; pero, poco a poco, asumió los contornos de una Forma que no parecía ser humana. Dejé mi pluma, y, sobrecogida de terror,

observé aquella extraña Obscuridad condensada, por decirlo así, la que impedía entrar los plateados rayos de la luna. Mientras miraba, la luz de mi cuarto se extinguió instantáneamente. Un grito involuntario se escapó de mis labios, y principió a dominarme un sentimiento de verdadero espanto, pues, en medio de la obscuridad, la misteriosa Sombra creció en forma más y más definida. El pálido resplandor de la luna, iluminábala sólo débilmente, como cuando una nube recibe en sus bordes una mera sugestión de luz. Aquella Sombra no permanecía inmóvil; se movía a veces, ya para levantarse hasta adquirir una estatura, sobrenatural, ya para inclinarse hacia mí o dejarse caer sobre mí como una verdadera tempestad; y mientras yo la miraba todavía miedosamente, atormentada por la insupportable tensión de cada uno de mis nervios, habría podido jurar que dos ojos, grandes y luminosos, se encontraban fijos en mí con intensa e investigadora mirada. Es imposible describir lo que sentí en aquellos instantes; me sobrevino un sentimiento de horror; mi cabeza principió a vacilar, y ya no pude proferir una sola palabra.

Temblando violentamente, me puse de pie, movida por una especie de impulso mecánico, dispuesta a no continuar en la espantosa contemplación de aquel Fantasma informe, cuando de improviso, con la rapidez del relámpago, me sobrevino el pen-

samiento de que no por cobarde pasividad podría yo esperar vencer mis propios temores o el peligro sin nombre que aparentemente me amenazaba. Cerré mis ojos para retirarme, por decirlo así, dentro de mí misma, a fin de descubrir ese equilibrio central de mi propio espíritu que bien sé debe permanecer como una fuerza invencible, inmune ante todo ataque; y mentalmente fortifiqué mi alma con pensamientos de armada resistencia.

En seguida, abriendo otra vez mis ojos, vi que la Sombra se obscurecía y agrandaba más y más, mientras que la luz alrededor de ella era más definida. Esta luz no procedía de la luna, sino que era una luz desconocida, fantasmal, aterradora. No obstante, yo había ya recobrado un poco de valor, y en él cifré mi última esperanza.

Luego me sentí capaz de dirigir preguntas a mi propia conciencia. Porque, después de todo, ¿podría aquel Fantasma, si en realidad lo era, hacerme algún daño? ¿Podría matarme por medio del terror? En este caso, indudablemente, el terror nacería de mi propia culpa, ya que no tenía motivos para encontrarme en esa situación de ánimo. Siendo como es la Muerte un mero Cambio de vida, ¿tenía para mí mayor importancia el cuándo o el cómo este cambio se efectuase?

«¿Quién es responsable, me preguntaba yo, del sentimiento de miedo? ¿Quién es el

que desconfía del Divino orden del Universo hasta dudar de la definitiva intención de bondad en lo que a primera vista aparece como dañoso? ¿No soy yo únicamente la instigadora de mi propia cobardía? ¿Y puede este obscuro y mudo Espectro hacer por mí algo diverso de lo que está ordenado para mi bien futuro?»

Con estos pensamientos, cobré valentía, y puse fin a mi temblor nervioso. Principié ahora a considerar deliberadamente, y *quise* determinar, que esta misteriosa Sombra, más y más oscura mientras crecía, era algún amigo disfrazado. Levanté mi cabeza en actitud de desafío y de esperanza, y el hecho extraño de que la única luz que veía procediese del brillo sobrenatural del luminoso borde alrededor del Fantasma, no me amedrentó en mi resuelta actitud. Y mientras más me amoldaba a esta actitud, mayor firmeza adquiría, y con mayor fuerza crecía mi valor. Con toda suavidad, hice a un lado la mesa en que había estado escribiendo, y púseme de pie. En esa situación, me sentí más valiente y más segura de mí misma, y aún cuando la Sombra delante de mí parecía más negra y amenazadora que antes, me encaminé resueltamente hacia ella. Hice un esfuerzo para hablarle, y al fin pude hacerlo.

«Quienquiera que seáis», dije en voz alta, «no podéis existir absolutamente sin la voluntad de Dios!» Nada ordena Dios que no

sea para el bien; por consiguiente, no podéis estar aquí con algún propósito maligno! Si he concebido temores ante vuestra presencia, ellos han sido el resultado de mi propia debilidad. Desde ahora, no os miraré como una cosa que pueda hacerme daño, y, por lo tanto, avanzaré hasta vos, a fin de descubrir quién sois! Me probaréis vuestra composición hasta el mismo fondo y corazón de vuestra obscuridad. Me revelaréis todo cuanto ocultáis tras vuestro terrorífico aspecto, porque yo sé que cualquiera que sea vuestra intención para conmigo, no podéis dañar mi Alma!»

Mientras decía esto, me aproximaba más y más al Fantasma, y el borde luminoso alrededor de él tornábase más y más brillante, hasta que repentinamente un rayo de deslumbrantes colores parecidos a los del arco-iris, brilló de lleno ante mis ojos, y en forma tan aguda que me desplomé, medio ciega por su resplandor. Luego, mientras miraba aquella escena extraordinaria, caí de rodillas en mudo terror, porque la Sombra se había cambiado en una deslumbradora Forma de radiantes alas, una figura y un rostro tan gloriosos que yo no podía sino mirarlos con más y más intensidad, y con mi alma absorbida en maravillado éxtasis! Una música deliciosa se dejó oír a mi alrededor, pero no pude escucharla; toda mi alma estaba reconcentrada en mis ojos. La Visión creció en estatura y

en esplendor, y extendí mis manos hacia ella como en actitud de suplicante plegaria, segura de encontrarme ante la luminosa Presencia de algún habitante de más elevadas y celestiales esferas que la nuestra. La hermosa cabeza, coronada con una diadema de flores como blancas estrellas, se inclinó hacia mí; sus brillantes ojos sonrieron ante los míos, y una voz, más dulce que el más dulce canto, me habló en acentos de conmovedora ternura.

«Tú has hecho bien», dijo. «Siempre, como ahora, aproxímate a la obscuridad sin temor!; Luego encontrarás la Luz!; Haz frente a la pena con absoluta confianza; así descubrirás un ángel disfrazado! Dios no piensa mal de ti; no desea daño para ti; no tiene castigo almacenado para ti. Confía te a El, y quédate en paz».

La Visión desapareció lentamente, como desaparecen los matices del sol poniente al mezclarse con el color gris del crepúsculo, y cuando volví de mi aturdimiento, encontréme otra vez en completa desolación y obscuridad, esta última mitigada apenas por la triste luz de la luna que ya desaparecía en el ocaso.

Por algunos minutos permanecí incapaz de pensar en otra cosa que en la extraña prueba a que acababa de ser sometida, y llegué a imaginarme qué habría ocurrido si en lugar de avanzar con intrepidez hasta el obscuro Fantasma que tanto me había ate-

rorizado, hubiese procurado escapar lejos de él. Sin duda alguna, habría encontrado abiertas las puertas y se me habría ofrecido toda facilidad para una cobarde retirada, si tal hubiera sido mi deseo. ¡Y en seguida, todo habría concluído! ¡Probablemente, habría tenido que abandonar el Castillo de Asélzion, y, además habría sido tal vez señalada con una cruz negra en señal de fracaso! Regocíjeme interiormente de no haber cedido hasta entonces ante aquellas duras pruebas, y luego, rendida por una especie de sopor que empezaba a tomar posesión de mi sér, me desvestí para acostarme, con mi espíritu perfectamente tranquilo y feliz.

Después de dormir algunas horas, fui despertada repentinamente por un ruido de voces que conversaban muy cerca de mí. En efecto, ellas parecían provenir del otro lado de la pared contra la cual estaba situada mi cama. Eran voces de hombres, entre las que descollaban una o dos de un tono duro e irritable. Había bastante luz en mi cuarto, el que se encontraba alumbrado ya por el resplandor de las primeras horas de la mañana. Como las voces continuaran, me sentí impelida a escuchar,

«Asélzion es el más astuto farsante de su tiempo», decía uno. «¡Nunca se siente más feliz que cuando puede hacer el papel de pequeño dios, y engañar a sus secuaces!».

Estas palabras fueron seguidas de una risotada.

«Es una maravilla», dijo otro. «Debe ser descendiente de algún antiguo mago egipcio que usaba la treta de jugar con fuego. Nada hay que no pueda hacer en materia de milagros, y, por consiguiente, los que ignoran sus métodos y son crédulos...

«Como la mujer del lado», interrumpió la primera voz.

«Sí, como la mujer del lado ¡pobre local!, mayor risotada aún.—«Imaginarse amada por Rafael Santóris!».

Me senté en mi cama, aguzando mis oídos ante cada palabra. Quemábanse mis mejillas; saltábame el corazón, y casi no sabía qué pensar. Hubo silencio durante dos o tres minutos que me parecieron siglos en mi vehemente deseo de oír más.

«Santóris procuraba siempre divertirse», exclamó una delgada y aguda voz con acento de burla. «¡Siempre había una o más mujeres enamoradas de él; mujeres que podía tomar fácilmente, por cierto!

«¡Y que no son difíciles de encontrar!», agregó la voz que había hablado por primera vez. «La mayor parte de las mujeres son ciegas en lo concerniente a sus afecciones».

«¡O a su vanidad!».

Siguió otro silencio. Me levanté de mi cama, temblando con una sensación de repentino frío, y me cubrí con mi bata de vestir. Acerquéme a la ventana con el propósito de mirar la hermosa extensión del trani-

quilo mar con su color gris plateado en la temprana aurora.

¡Cuán quieto y tranquilo se veía!

¡Qué contraste con la tempestad de duda y terror que comenzaba a desencadenarse dentro de mi propio corazón! ¡Ay! Las voces principiaron otra vez.

«Bien, ahora todo ha concluído, y su teoría sobre perpetuar la existencia a voluntad, ha tenido un fin desastroso. ¿Dónde se hundió el yate?».

«Lejos de Armadale, en Skye .

Por un momento, no pude darme cuenta de lo que decían, y procuré repetir la pregunta y la respuesta. «Dónde se hundió el yate?» «Lejos de Armadale, en Skye».

¿Qué significaba aquello? ¿El yate? ¿Sumergido? ¿Qué yate? ¡Estaban hablando de Santóris, de Rafael mi amado, mi amor, perdido durante siglos y encontrado nuevamente para separarse de mí una vez más por causa de mi propia culpa! ¡Por causa de mi propia culpa! Esta idea producíame un verdadero horror que no podía considerar sino con angustia casi enloquecedora. Me acerqué rápidamente a la pared a través de la cual había escuchado las voces, y aproximé mi oído contra ella, murmurando conmigo misma «¡Oh nó! ¡No es posible! ¡No es posible! ¡Dios no sería tan cruel!»: Nada oí durante algunos minutos, e iba perdiendo ya rápidamente mi paciencia y

mi propio control, cuando al fin escuché que continuaban la conversación:

«Jamás debió arriesgar su vida en ese buque», dijo uno de los individuos en tono algo más suave. «Era una empresa maravillosa; pero el peligro de toda aquella electricidad era seguro, sobre todo en una tormenta».

«Ello ha sido enteramente comprobado», dijo otra voz. «Bastó una ligera marejada con truenos y relámpagos para que el barco se fuera a pique con todos los de a bordo».

«Santóris puede haberse salvado. Era un gran nadador».

«¿En realidad lo era?»:

Sobrevino un nuevo silencio.

Creí que mi cabeza estallararía ante aquella dolorosa agonía motivada por la suspensión. Mis ojos quemábanse por la presión interna de contenidas lágrimas. Experimenté el deseo de destruir la pared que me separaba de quienes proferían aquellas voces torturantes, en mi febril anhelo de saber lo peor, lo peor a toda costa! ¡Si Rafael estaba muerto... pero nó... él no podía morir! No podía perecer efectivamente; pero podía separarse de mí como había permanecido separado antes..., y yo...yo estaría sola otra vez... sola, como había estado durante toda mi vida! Y en mi loco orgullo habíame alejado voluntariamente de él! ¡Era éste mi castigo! Renovóse la conversación, y me apronté de nuevo a escuchar, como un delin-

cuenta atiende a la lectura de una sentencia cruel.

«Asélzion se lo comunicará a ella, por supuesto. Difícil empresa, ya que tendrá que aceptar que sus enseñanzas no son infalibles. Mucho se hablaba acerca de Santóris. Temo que se haya ahogado; bien que, si hubiera vivido, habría vuelto loca a la mujer nuestra vecina».

«¡Oh! En cuanto a eso, naturalmente; pero poco importa! Sólo ella tendría que culparse por haber caído en la trampa».

Me separé de la muralla temblando de espanto. Me vestí mecánicamente y miré hacia el dorado sol que derramaba ya sus esplendorosos rayos sobre la superficie del mar. La belleza de la escena no alcanzaba a conmoverme; nada significaba para mí. La única preocupación de mi espíritu era la de que, en conformidad a lo que acababa de oír, Rafael estaba muerto, ahogado en el mar por cuya inmensidad su elegante barco, el «Dream», había surcado con tanta rapidez; y que todo cuanto él me había dicho de nuestro mutuo conocimiento en vidas anteriores y del amor que nos había reunido, era una mera locura! Me incliné hacia afuera desde la ventana, y mis ojos se fijaron en la pequeña rosa carmesí que aún permanecía contra la muralla en actitud de fragante confianza. En seguida, hablé en voz alta, casi inconsciente de mis propias palabras:

«¡Es una maldad», dije, «una maldad de

Dios el permitir que nos imaginemos cosas hermosas que no existen! Es cruel ordenar que nos amemos, si el amor ha de terminar en desengaño y traición! Mejor sería enseñarnos de una vez por todas que la vida ha sido creada para ser vivida en forma ruda, sin ternura, sin verdad, antes que dirigir nuestras almas hacia un paraíso de insanos.

Luego e inopinadamente, recordé el obscuro Fantasma de la noche y el haberse transfigurado en la Visión de un Angel. Después de luchar contra el terror que me produjera su primera apariencia espectral y de haberme sobrepuesto a aquel estado de ánimo, ¿por qué perdía ahora el control de mí misma? ¿Cuál era la causa? ¡Voces, únicamente! Voces detrás de una muralla que hablaban de muerte y falsedad . . . voces de personas desconocidas para mí y a quienes no podía ver . . . voces mundanas que se deleitan en referir escándalos y crueldades, y que nunca alaban en igual grado que condenan. ¡Nada más que voces! ¡Oh; pero se referían ellas a la muerte de la persona a quien yo amaba, y hablaban, además de traición y de locura! ¿Debería yo seguir escuchando?

Y todavía ¿quiénes eran esas personas, si en realidad lo eran, que hablaban de Rafael Santóris con tan fácil rudeza? A nadie había encontrado en el Castillo de Asélzion, salvo a Asélzion mismo y a Honorio, su

ayudante o secretario. ¿Quiénes, excepto estas dos personas, podían saber el motivo que me había llevado hasta allí? Principié entonces a dudar acerca de la efectividad de las terribles noticias que me habían sorprendido tan inesperadamente. Si algún daño le hubiera ocurrido a Rafael, ¿habría-me dicho Asélzion que se encontraba sano y salvo cuando, para mi tranquilidad, había conjurado unas pocas horas antes la vista panorámica del yate «Dream» sobre el mar alumbrado por la luna? Sin embargo, y a pesar de mi más valiente esfuerzo, no pude recobra suficientemente mi calma ni mi tranquilidad, y en medio de las tribulaciones de mi espíritu, miré hacia la puerta de la torre que se abría a la escalera, la que a su vez conducía hasta el pequeño jardín, hasta la misma playa; esa puerta se encontraba herméticamente cerrada, pues Asélzion, le había echado llave. Pero, con gran sorpresa mía, encontrábase abierta otra puerta, otra puerta que parecía formar un solo cuerpo con la muralla, y que comunicaba con un pequeño cuarto, una especie de pequeño relicario cubierto con un género de seda de pálido color púrpura y con todas las apariencias de estar destinado a guardar algo infinitamente valioso. Entré a él en actitud vacilante, insegura acerca de si lo que yo hacía era o no correcto, pero, sin embargo, impulsada por algo más que una mera curiosidad. Al atravesar el

umbral, oí nuevamente las voces detrás de la muralla, ahora en tono más elevado y amenazante. Detuve mis pasos medio asustada, bien que deseando conocer cuanto más pudieran decir, aun cuando para mí no significase otra cosa que miseria y desesperación.

«¡Todas las mujeres son locas!». Esta corriente observación fué hecha por alguien con acento duro y amargo. «No es el amor lo que les interesa sino la propia satisfacción de ser amadas. Ninguna mujer puede guardar fidelidad por largo tiempo a un hombre muerto; echaría de menos la esperada correspondencia a su superabundante sentimentalismo, y se cansaría de esperar encontrarlo en el Paraíso—si creyese en tal posibilidad en que no cree la décima parte de las mujeres».

«Según Asélzion, no hay muertos, dijo otro de los invisibles charladores». Ellos han pasado simplemente a otro estado de vida; y, en conformidad a sus teorías, los amantes no pueden separarse durante mucho tiempo, ni aún por lo que llaman muerte».

«¡Pobre consuelo es lo que dices», y junto con estas palabras se oyó una risa de despreciativa burla. «¡Las mujeres que han amado a Rafael Santóris difícilmente te agradecerían!»

Estremecíme un poco, como cuando se experimenta una sensación de frío. «¡Las mujeres que han amado a Rafael Santóris!».

Esta frase parecía obscurecer el recuerdo mismo del hermoso rostro y figura del hombre a quien yo había, casi inconscientemente, principiado a idealizar; esta frase sugería algo rudo y vulgar en cuanto a él, y mi corazón se hundió, por decirlo así, dentro de mí, privado de esperanza. ¡Voces, únicamente! Sin embargo, ¡cómo ellas me torturaban! ¡Si pudiera conocer la verdad!, pensaba yo. ¡Si Asélzion viniese de una vez a referirme la triste noticia...!

Permanecí en el pequeño relicario dominada por una especie de estupor, de indecible pena, y comencé a considerar como en sueño la impiedad y rudeza de aquellas voces. ¡Ah, como las voces del mundo! ¡Voces que se burlan, desprecian y condenan! ¡Voces que más bien proferirían una falsedad antes que una palabra de ayuda y consuelo! ¡Voces que se complacen cruelmente en decir cosas que hieren y aniquilan al espíritu que concibe nobles ideales! ¡Voces que, incapaces de ponerse en armonía para hablar del amor, producen en el alma un dejo de amargura! ¡Oh, Dios!, si todas las voces rudas y calumniosas de la humanidad fueran suprimidas, la tierra sería un verdadero Cielo!

Y sin embargo, ¿quién nos obliga a escucharlas? ¿Nos alcanza su significado? ¿Es capaz una opinión casual de mover el alma de su centro? ¿Qué me importa el que esta o aquella persona apruebe o desaprobe

mis acciones? ¿Por qué habría yo de alarmarme por rumores, o de aterrorizarme por noticias mal intencionadas?

Absorbida en estos pensamientos, apenas me daba cuenta de la paz casi religiosa que me rodeaba, y solamente cuando las voces hubieron cesado por unos pocos minutos, comencé a observar lo que contenía el pequeño cuarto en que yo había entrado semi-inconscientemente: una elegante y primorosa mesa pequeña hecha aparentemente de cristal que resplandecía como un diamante, y, sobre ella, un libro abierto. Una silla encontrábase colocada en situación propicia con el evidente propósito de facilitar su lectura; y mientras me aproximaba, al principio con indiferencia y en seguida con creciente interés, vi que el libro abierto ostentaba en su carátula esta inscripción: «Al estudiante fiel. De Asélzion». ¿Era yo una fiel estudiante? Me hice a mí misma esta pregunta porque me asaltaron dudas al respecto. ¡No podía haber «fidelidad», en temores y depresiones! ¡Allí estaba yo, perdido en parte el control de mí misma por el mero hecho de oír voces proferidas detrás de una muralla! ¡Yo, después de haber dicho que «Nada ordena Dios que no sea para el bien», encontrábame repentinamente dispuesta a creer que El había ordenado la muerte del amante a quien Sus leyes inmutables habían guiado hacia mí! ¡Yo, a quien había sido concedida la beatí-

flca visión de un Angel, un Angel que había dicho «Dios no piensa mal de ti; no desea daño para ti; no tiene castigo almacenado para ti. Confíate a El, y quédate en paz». Yo, en estas condiciones, sentíame desviar de la Fe que debería mantenerme fuerte! Sobrevínome un sentimiento de vergüenza, y, casi con timidez, me aproximé a la mesa en que se encontraba el libro abierto, y me senté en la silla para leer sus páginas. Inmediatamente principiaron otra vez las voces, en tonos un poco más altos e irritados que los anteriores:

—¡Ella se imagina que puede aprender el secreto de la vida! ¡Una mujer! ¡Qué descarada arrogancia ante semejante atentado!

—¡No, nó! ¡No es el secreto de la vida lo que desea descubrir; es el secreto de la perpetua juventud! ¡Para una mujer eso es el todo! ¡Ser siempre joven y siempre hermosa! ¡Qué mujer no se aventura por semejante mercadería!

Una estrepitosa carcajada siguió a esta observación.

—Santóris se conservaba bien, dijo una voz con suave y tranquilo acento. Ciertamente nadie habría podido adivinar su verdadera edad.

—Tenía todo el ardor y pasión de la juventud, añadió otra voz. El fuego del amor corría por sus venas tan ardentemente como si hubiera sido un Romeo. ¡Ni el frío

ni el apaciguamiento de la edad le afectaban en lo concerniente al bello sexo!

Oyóse otra carcajada aún más estrepitosa que la anterior.

Yo adopté una actitud rígida en la silla al lado de la mesa de cristal, y me puse a escuchar sin perder una palabra.

—La mujer nuestra vecina es la última víctima de sus hipnóticas sugerencias. ¿no es verdad?

—Sí. Uno puede decir su *última* víctima, ya que no le será posible producir otra en lo sucesivo.

—Creo que si Asélzion le hubiera contado la verdad, se habría ido inmediatamente.

—¡Por supuesto! ¿Por qué habría de permanecer aquí? Es sólo un sueño de amor lo que la ha traído a este castillo, y, cuando sepa que el sueño ha terminado, todo habrá concluído para ella.

¡En verdad! ¡Todo habrá concluído! ¡Todo el mundo, un desierto; y el Cielo mismo, sin esperanza! Oprimíme los ojos con ambas manos para mitigar y refrescar su quemante dolor. ¿Era posible que lo que esas voces decían fuera verdadero? La conversación había terminado, y siguió un absoluto silencio. Como una especie de recurso desesperado, saqué la carta que me había escrito Rafael Santóris, y leí todas sus palabras con viva y anhelosa pasión, especialmente el párrafo que decía así: «Nosotros, —tú y yo,— que sabemos que la Vida, siendo

toda Vida, no puede morir, no podemos en nuestro presente espacio de tiempo dudar de nuestra mutua capacidad para el amor, y para disfrutar del perfecto mundo de belleza que crea el amor».

¿Por qué me sentía llena de dudas y de males imaginarios? ¿Por las voces proferidas detrás de una muralla! Seguramente una causa nimia para concebir penas! Procuré desembarazar mi espíritu de la amarga desesperación en que había caído, y a fin de apartar mi atención de mis propios e infelices pensamientos, dirigí una mirada al libro que permanecía abierto delante de mí. Mientras yo lo observaba, leí su título el que impreso con letras de oro, despedía rayos ante mis ojos como un resplandor del sol: «El Secreto de la Vida». Una repentina y aguda expectación se produjo en todo mi sér: doblé la carta de Rafael y la coloqué nuevamente en su lugar, cerca de mi corazón; en seguida, acerqué mi silla a la mesa, e inclinándome sobre el libro, di principio a la lectura. Todo a mi alrededor se encontraba en perfecta quietud. Las voces habían cesado. Poco a poco me di cuenta de que lo que estaba leyendo era para mi instrucción, y que el libro mismo era un obsequio que me hacía Asézlion si yo resultaba ser en realidad una «fíel estudiante». Un sentimiento de esperanza y gratitud principió a aliviar la fría pesadumbre de mi corazón, y de una vez por todas resolví

no escuchar más aquellas voces, aún cuando ellas volviesen a hablar en lo sucesivo.

«¡Rafael Santóris no ha muerto!», exclamé en voz alta y resueltamente. «El no ha podido separarse de mí de este modo! ¡El no es traidor! ¡El es sincero! ¡El no está engañándome! ¡El sabe que yo creo en él, y yo *quiero* creer en él! ¡Mi amor y mi fe no serán apagados por meros rumores! ¡No le daré motivo para estimarme débil o cobarde! ¡Confiaré en él hasta el fin!».

Y con estas palabras habladas al aire, continué leyendo tranquilamente, en medio de una apacibilidad que repentinamente se tornó en fragante con la esencia de invisibles flores.



EL LIBRO MAGICO.

No es posible transcribir aquí sino unos pocos párrafos del libro en que mi atención se encontraba ahora completamente absorbida. Estos párrafos han sido seleccionados por estimarlos de utilidad para aquellas pocas personas, muy pocas, desgraciadamente, que desean hacer de sus vidas algo más que un mero negocio de comprar y vender.

Cuando Paracelsus escribió «El Secreto de Larga Vida», lo hizo en una forma difícil y complicada, con el evidente propósito de que sus enseñanzas pudieran ser aprovechadas sólo por sus más diligentes y perseverantes discípulos. Pero las instrucciones dadas en el volumen colocado, así yo lo imaginaba, para mi lectura, eran sencillas y en armonía con muchas realidades descubiertas por la ciencia moderna. Mientras leía más y más, principié a divisar la luz a través de la obscuridad, y a adquirir una percepción acerca del medio cómo podría convertirme en adepta de lo que el mundo estima milagroso, pero que, después de todo, no es sino la aplicación científica del

sentido común. Para principiar, me referiré al siguiente, titulado

«LA VIDA Y SU ADAPTACION.

«La vida es el ímpetu Divino del Amor. La Fuerza que regula el Universo es el Amor; y del Amor nace el Deseo y la Creación. Así como un amante desea apasionadamente la posesión de su amada, para que de su mutua ternura nazcan los hijos del Amor, así también el Divino Espíritu, perpetuamente creador y deseoso de perfecta belleza, posee el espacio con eterna energía, produciendo millones de sistemas solares, cada uno de ellos con diferente organización y separada individualidad. El Hombre, la criatura de nuestro pequeño planeta la Tierra, es nada más que un simple resultado de la irresistible manifestación de la Divina fecundidad. El Hombre es la «imagen de Dios», en cuanto posee razón, voluntad e inteligencia que lo distinguen de la creación puramente animal, y en cuanto ha recibido un Alma, eterna, formada para el amor y para todas las cosas que crea el amor.

«El Hombre puede ser Divino, en el Deseo y perpetuación de la Vida. Considerado en un sentido estrictamente material, él es simplemente una fuerza corpórea for-

mada de átomos que se mantienen juntos en cierta forma organizada; pero, dentro de esta forma organizada, se encuentra un Sér espiritual capaz de guiar y controlar su vehículo terrestre, y de adaptarlo a las circunstancias y al medio en que vive. En su naturaleza dual, el Hombre tiene el poder de mantener sus células vitales bajo su propio comando; puede renovarlas o destruirlas a voluntad. Generalmente prefiere destruirlas por medio del egoísmo y la obstinación, los dos principales elementos desintegrantes de su composición mortal. De aquí resulta lo que llaman «muerte», la que sólo es el inevitable cambio de su existencia. Si el sér humano supiese de una vez por todas que le es posible prolongar su vida terrena, y gozar de juventud y de salud durante un período indefinido en que no se cuenten ni los días ni los años, sino únicamente las «estaciones» o «episodios psíquicos», podría pasar de una dicha a otra, de un triunfo a otro, con la misma facilidad con que respira el aire atmosférico.

«Siempre se ha considerado de importancia el que el hombre mantenga su cuerpo sano y esbelto, y pueda mover sus miembros con gracia y facilidad, haciendo ejercicios físicos para el robustecimiento y desarrollo de sus músculos, y jamás se le ha estimado como un loco por los actos de fuerza y destreza que pueda realizar. ¿Por qué, entonces, no debería entrenar su Alma para mante-

nerla tan sana y recta como su cuerpo, de manera que esté capacitada para tomar amplia posesión de todos los poderes que su energía natural y espiritual pueda administrar!

¡Factores y estudiantes! Vosotros para quienes han sido escritas estas palabras, aprended y recordad que la fuerza secreta de renovación de la vida es la adaptación, la adaptación de los átomos de que se compone vuestro cuerpo a los mandatos del Alma. ¡Sed los dioses de vuestro propio universo! ¡Controlad vuestro propio sistema solar, para que os revivifique con el calor y la energía de su fuente inagotable! ¡Haced del Amor la aspiración de vuestra vida, en forma que pueda crear dentro de vosotros la pasión de los nobles anhelos, el fervor de la alegría, el fuego del idealismo y de la fe! ¡Consideraos como parte del Divino Espíritu de todas las cosas, y sed divinos en vuestra propia existencia creadora! ¡Todo el Universo permanecerá abierto a las investigaciones de vuestras almas siempre que el Amor sea la antorcha que alumbré vuestro camino!».

Interrumpí la lectura, pues me pareció que disminuía la luz del pequeño cuarto en que me encontraba sentada. Procuré escuchar las voces que tanto me habían confundido y agobiado, pero no percibí ruido alguno. Volví las páginas del libro colocado delante de mí y encontré lo siguiente:

«LA ACCION DEL PENSAMIENTO.

«El pensamiento es una efectiva fuerza motriz, más poderosa que cualquiera otra fuerza motriz en el mundo. No es la mera pulsación de un conjunto especial de células cerebrales, destinado a convertirse en nada cuando esa pulsación ha cesado. El pensamiento es la voz del Alma. Justamente, así como la voz humana es transmitida a través de la distancia por los alambres telefónicos, también la voz del Alma se transmite a través de las fibras radiantes conectadas con los nervios del cerebro. El cerebro la recibe, pero no puede retenerla para sí, pues es transmitida a su vez, mediante su propio poder eléctrico, a otros cerebros; y vosotros no podéis guardar un pensamiento para vosotros mismos, como no podéis tampoco mantener el monopolio de un rayo de luz solar. En todas partes, en todos los mundos, a través del Universo infinito, las almas están hablando continuamente por el medium material del cerebro, almas que pueden no habitar en este mundo sino en la más lejana estrella visible al más poderoso telescopio. Las armonías que concibe el músico, pueden haber llegado desde Sirio o desde Júpiter, reproduciéndose en su cerebro terrestre con espiritual dulzura desde mundos desconocidos. El poeta escribe a veces casi sin darse

cuenta, obedeciendo a la inspiración de sus ensueños; y nosotros todos, cual más cual menos, no somos sino mediums transmisores de pensamientos, recibéndolos primero de otras esferas extrañas a nosotros mismos para transmitirlos en seguida a otros cerebros.

El gran poeta Shakespeare ha dicho: «Ninguna cosa hay buena o mala; es sólo el pensamiento el que las hace tales». Y con esta expresión ha establecido una gran verdad, una de las más profundas verdades del Credo Psíquico. En realidad, *somos* lo que *pensamos*, pues nuestros pensamientos se resuelven en nuestras acciones.

«En la renovación de la vida y conservación de la juventud, el Pensamiento es el factor principal. Si *pensamos* que somos viejos, envejecemos rápidamente. Si, por el contrario, *pensamos* que somos jóvenes, conservamos nuestra vitalidad indefinidamente. La acción del pensamiento ejerce su influencia sobre las partículas vitales que constituyen nuestros cuerpos, de manera que positivamente las envejecemos o rejuvenecemos según sea la actitud que asumimos. La actitud pensante del Alma humana debería ser siempre de gratitud, amor y alegría. En la Naturaleza Espiritual no hay cabida para el miedo, el abatimiento, la enfermedad o la muerte. Dios quiere que Su creación sea feliz, y colocando el Alma y el Cuerpo en armonía con la felici-

dad, obedecemos Sus leyes y cumplimos Su deseo.

«¡Por lo tanto, para vivir largo tiempo, estimulad pensamientos de felicidad! ¡Evitad conversaciones acerca de enfermedades, miseria y decadencia, porque estas cosas son crímenes de los seres humanos, y son ofensas contra la primitiva intención divina de belleza! ¡Impregnaos de luz solar y aire fresco; aspirad el perfume de las flores y de los árboles; manteneos lejos de las ciudades y de las multitudes; *no busquéis riqueza que no sea ganada honradamente por vuestras manos o por vuestros cerebros.* y, sobre todas las cosas, recordad que los hijos de la Luz pueden marchar por la Luz sin temer la obscuridad!».

Al leer esta última sentencia, algo me hizo detener y mirar a mi alrededor, y nuevamente me cercioré de que mi cuarto se iba obscureciendo más y más, y no sólo obscureciéndose sino también achicándose. Los purpúreos cortinajes de seda que cubrían las paredes se encontraban al alcance de mi mano, y recordé que no estaban tan cerca de mí al iniciar la lectura. Invadióme un temblor nervioso; pero resolví no ser el juguete de mi propia fantasía, y, una vez más, me preparé resueltamente a estudiar el volumen colocado delante de mí. El párrafo siguiente, que atrajo también mi atención, se titulaba:

«SOBRE EL DOMINIO DE LAS FUERZAS VITALES»

Y principiaba así:

«Para vivir largo tiempo, debéis ejercer un perfecto control sobre las fuerzas que engendran la vida. Los átomos de que se compone vuestro cuerpo están en perpetuo movimiento; vuestro Ser Espiritual debe guiarlos en su camino, pues, de lo contrario, ellos semejarían a un ejército sin organización ni equipo, que fácilmente puede ser derrotado al primer asalto. Si los mantenéis bajo vuestras órdenes espirituales, ellos permacerán prácticamente libres de toda enfermedad. La enfermedad no puede entrar a vuestro organismo sino en virtud de vuestra propia negligencia.

— Podéis perecer a causa de algún accidente, sea por culpa ajena, sea por vuestro propio descuido. Si por vuestro propio descuido, debéis culparos a vosotros mismos; si por culpa ajena, debéis atribuir el accidente a una orden previa de la Divinidad a fin de que paséis a otra esfera de vida.

«Vuestro Espíritu, llamado Alma, es una criatura de Luz, y puede suministrar incesantemente rayos revivificantes a cada átomo y a cada célula de vuestro cuerpo. Es una fuente inagotable de *radium*, de la que vuestras fuerzas vitales pueden extraer perpetua nutrición. El sér humano

usa los medios externos que son adecuados a la conservación de su propia existencia; pero olvida los poderes interiores que él posee, y que le han sido concedidos a fin de que pueda «llenar la tierra y subyugarla». «Llenar la tierra», es amar cordialmente a toda la Naturaleza. «Subyugar la tierra» es dominar los átomos de que se componen vuestros organismos, y mantenerlos completamente bajo vuestro control, de tal manera que, gracias a este dominio, puedan ser igualmente controlados todos los demás movimientos atómicos y fuerzas vitales sobre este planeta y la atmósfera que lo rodea.

«Mucho se ha hablado de los rayos de luz que transpasan la materia sólida como si fuera una masa de aire; sin embargo, este descubrimiento no es sino el principio de verdaderas maravillas. Hay rayos que denuncian la presencia de los metales; y los tesoros de la tierra, el oro, la plata, las joyas y piedras preciosas que permanecen ocultas bajo su superficie y en el fondo de los mares, pueden ser vistos por medio de la penetrante luz de un rayo todavía desconocido por muchos, salvo por los adeptos del Credo Psíquico. Ninguno de estos adeptos es jamás pobre; la pobreza no puede existir donde se mantiene un perfecto control de las fuerzas vitales. Alegría, paz y abundancia acompañan siempre a las almas que están en armonía con la Naturale-

za, y la vida se perpetúa siempre por el mereo deleite de vivir.

«Por lo tanto, ¡oh paciente discípulo! Procura siempre que la fuerza radiante de tu alma controle cada nervio y vaso sanguíneo de tu cuerpo, y aprende a ejercer dominio sobre todas las cosas buenas con aquella energía que compele a la obediencia. No inútilmente habló el Supremo Hacedor a su apóstoles cuando les dijo que bastaría que su fe fuese como un grano de mostaza para que pudiesen ordenar a una montaña sepultarse en el mar, y serían obedecidos! ¡Recordad que el Espíritu que habita en vuestra materia es Divino y de Dios, y que para Dios todas las cosas son posibles!».

Levanté mi cabeza de su situación inclinada sobre el libro, y respiré ampliamente. Algo me oprimía, me sofocaba. Miré hacia arriba y hacia los lados, y pude darme cuenta de que el pequeño cuarto, con sus cortinajes de suave color púrpura, se contraía, se reducía más y más en todo sentido, a tal punto de que ya casi me impedía moverme. Parecíame estar algo así como enclavada en mi silla. El cielo del cuarto descendía manifiestamente. Sobrecogida de espanto, vino a mi memoria el antiguo suplicio practicado por la Inquisición, cuando la desgraciada víctima era obligada a observar cómo se estrechaban paulatinamente las paredes de su celda hasta causarle la muerte más horrorosa. ¿Cómo podía yo

estar segura de que este suplicio atroz no fuese practicado entre los miembros de aquella misteriosa Hermandad dedicada a estudiar el secreto de la vida ?

Hice un esfuerzo por levantarme. Aun podía mantenerme de pie. Frente a mí se encontraba la puerta por donde yo había entrado a esta pequeña cámara interior. Parecíame fácil escapar por ella, y, no obstante, me sentí impedida por una barrera invisible. Con el corazón palpitándome nerviosamente, permanecí inmóvil, pensando en cuál sería el peligro que me amenazaba. Casi involuntariamente, mis ojos se fijaron una vez más en el libro abierto delante de mí, y pude leer lo siguiente, en una especie de despierto sueño:

«Para el alma que no estudia las necesidades de su naturaleza inmortal, la vida misma es como una estrecha celda. Toda la creación de Dios está dispuesta a suministrarle cuanto le pida; sin embargo, ella muere de hambre, por decirlo así, en medio de la abundancia. El miedo, la sospecha, la desconfianza, la cólera, la envidia y la falta de sentimiento, paralizan su sér y destruyen su acción. El amor, el valor, la paciencia, la bondad, la generosidad y la simpatía, constituyen efectivas fuerzas vitales, tanto para ella como para el cuerpo en que habita. Todas las influencias del mundo social actúan *contra ella*; todas las influencias del mundo natural actúan *a favor* de ella.

Nada hay de pura Naturaleza que no obedezca su mandato, lo que sería suficiente para su existencia feliz. La pena y la desesperación son el resultado de la errada dirección de la Voluntad, causa única de toda tribulación y de toda inquietud».

¡Errada dirección de la voluntad! repetí en voz alta. Luego continué mi lectura:

«¿Qué es el Cielo? Un estado de felicidad perfecta. ¿Qué es la felicidad? La unión inmortal de dos almas en una sola, de dos criaturas de la eterna luz divina que participan de mutuos pensamientos, de mutua alegría, y que crean un verdadero encanto en forma y acción por su mutua simpatía y ternura. La edad no les alcanza. La muerte nada significa para ellas. La vida palpita en ellas y las tempera comunicándoles calor y brillo, así como la luz solar calienta y colorea los pétalos de la rosa. En sí mismas, ellas constituyen un mundo, y crean involuntariamente otro mundo al pasar de una faz a otra de producción y de dicha. Porque no hay una obra buena si es realizada sin amor; no hay triunfo que se alcance sin amor; no hay fama, no hay conquista obtenida sin amor. Los que aman a Dios son amados de Dios; su pasión es divina, no conoce cansancio, ni saciedad, ni fin. Porque Dios es el Supremo Amante, y no hay cosa más grande que el Amor!»

Aquí, obedeciendo a un impulso repen-

tino, tomé el libro, lo cerré y lo mantuve aferrado con ambas manos. Mientras hacía esto, una densa obscuridad me rodeó opresivamente; un ruido semejante al del trueno estalló en mis oídos, y sentí que todo el cuarto temblaba y vacilaba como para sumergirse en un caos. Se hundió el piso y yo me hundí con él a una gran profundidad, tan rápidamente que no tuve tiempo de pensar en lo que me ocurría, hasta que la sensación del descendimiento se detuvo de improviso. Encontréme entonces en un estrecho sendero verde, del todo sombreado por amplias ramas de árboles en forma de bóveda.

Apenas pude darme cuenta de lo que me rodeaba, divisé a Rafael, a Rafael Santóris en persona que se dirigía, hacia mí; pero... no solo! Reprimí el vehemente impulso de correr hacia él. Permanecí inmóvil, pues me invadió un frío mortal. ¡Venía acompañado de una mujer!...una mujer joven y muy hermosa. Traíala abrazada, y observaba su rostro con apasionada ternura.

«¡Amor mío», exclamó con voz cariñosa e infinitamente tierna, «te llamo así, como siempre te he llamado durante muchos períodos de tiempo. ¿No es en realidad extraño que aún el anhelante espíritu, deseoso de encontrar a su predestinada compañera, esté sujeto a error? Creí haberla encontrado antes que a tí, y alcancé a concebir por ella un pequeño amor; pero ello

fué únicamente una ceguera momentánea. Tú eres la única que he buscado en el trascurso de los siglos; tú eres la sola y única a quien yo amo, ¡Prométeme no apartarte de mí jamás».

«Te lo prometo», contestó ella con un murmullo, suave como un suspiro.

Continuaron avanzando en esa actitud de verdaderos enamorados, y, cuando estuvieron cerca de mí, me les interpuse en su camino para que Rafael Santóris al menos me viese, y supiera que yo me había aventurado, por su amor, a someterme a tan duras pruebas en el Castillo de Asélzion, y que hasta ese momento había triunfado en ellas.

Con el corazón angustiado, lo ví aproximarse; sus ojos azules miráronme con indiferencia, y en sus labios se dibujó una fría sonrisa. Su hermosa acompañante me miró como a una extraña, y ambos, estrechamente unidos, siguieron su marcha hasta perderse de vista.

Aun cuando lo hubiese intentado, no me habría sido posible articular una sola palabra. Mi impresión fué tal que me hizo enmudecer. ¡Las pruebas habían sido inútiles, pues Rafael Santóris había encontrado otro espíritu femenino que someter a su influencia!

Aturdida, avergonzada, con mi cerebro lleno de confundidos pensamientos, procuré caminar unos cuantos pasos. El suelo

era suave como terciopelo, mientras una ligera brisa que soplabá entre los árboles refrescaba mi dolorida cabeza. Aun mantenía entre mis manos el libro titulado «El Secreto de la Vida», ¡Cuán inútil era ya para mí! En efecto, ¿qué significa la Vida si el Amor es falso?

El sol enviaba sus brillantes rayos a través de los tupidos arbustos entrelazados encima de mí, y los pajarillos trinaban alegremente. Pero tanto la belleza del paisaje como el armonioso cantar de éstos no llamaban mi atención. Concentrábase únicamente mi pensamiento en que el amante que había declarado amarme con amor eterno, no me amaba más!

¡Parecióme desolado el mundo, y el Cielo mismo careció para mí de interés! ¡Mi único deseo era morir, y nada más que morir!

En seguida principié a caminar lentamente, con dificultad; mis miembros estaban lánguidos y había perdido en absoluto mi valentía. Si hubiera podido encontrar el camino para llegar hasta Asélzion, le habría dicho: «Es suficiente! ¡No necesito conocer ni el secreto de la vida ni el secreto de la juventud, desde que el Amor me ha abandonado!»

Luego comencé a pensar más coherentemente. Hacía poco, había escuchado voces detrás de una pared que afirmaban la muerte de Rafael Santóris, ahogado en su propio yate «lejos de Armadale, en Skye».

Si esta aseveración era efectiva, ¿cómo había podido él llegar hasta allí? En vano me repetía a mí misma una y otra vez esta misma pregunta, hasta que acumulé la fuerza suficiente para recordar que el Amor, el verdadero Amor, jamás cambia. ¿Debía yo creer en el Amor de mi amado, o dudar de él? ¡Tal era el punto sometido a mi consideración! Pero, ¿no tenía yo el testimonio de mis propios ojos? ¿No era yo misma testigo de su espíritu versátil?

Absorta en estas tristes meditaciones, divisé un asiento rústico bajo uno de los árboles más umbrosos. Sentéme en él, y noté que mi atribulado espíritu se tranquilizaba gradualmente. ¿Por qué, me preguntaba yo, había sido llevada tan repentina y tan forzosamente a ese sitio sin motivo alguno, al parecer, salvo para que viese a Rafael Santóris en compañía de otra mujer a quien parecía preferir antes que a mí?

Debía ello establecer alguna diferencia en mi amor hacia él. En amor, si el amor es amor verdadero, si el amor es recíproco, la fe y la deslealtad jamás pueden ser potencias iguales; son términos que se excluyen total y absolutamente: la deslealtad en algo, significa falta de fe en todo. Si la felicidad de aquel a quien yo amaba era obtenida por otros medios ajenos a mi persona, ¿debería yo codiciarla?

A pesar de todo, mi corazón padecía en esos instantes de amarga y desolada an-

gustia. Parecíame haber sido poseedora hasta entonces de una joya de inestimable valor cruelmente arrebatada por el Destino. Meditando todavía en solitaria tristeza, principié a reflexionar acerca de la extraña casualidad que me había llevado a aquel paraje, sin pensar jamás que toda aquella aventura pudiera ser el resultado de algún plan preconcebido.

Un ruido de pasos lentos llamó mi atención. Vi a un hombre anciano que se encaminaba hacia mí apoyado en el brazo de una mujer de graciosa y arrogante apariencia. La mirada de ambos personajes era benévola, e inspiraba confianza a primera vista, y los observé venir con una especie de seguridad en que ellos podrían tal vez explicar mi presente dilema. El venerable aspecto del anciano me atraía de un modo muy especial, y mientras se me acercaba, y al ver que evidentemente tenía intención de hablarme, levantéme de mi asiento y avancé uno o dos pasos para encontrarlo. Incluyó su cabeza cortésmente y me sonrió con aire grave y compasivo.

«Celebro mucho», dijo en tono familiar, «que no hayamos venido demasiado tarde. Temíamos, ¿no es verdad?—aquí miró a su compañera a fin de que confirmase sus palabras—temíamos que hubieras sido irremisiblemente víctima de algún engaño antes de que pudiésemos venir en tu rescate».

«¡Ay! Eso habría sido terrible!», exclamó

la mujer con acento de profunda conmisericordia.

Completamente aturdida, dirigió una mirada a ambos. Hablaban de rescate. ¿Rescate de qué? «Irremisiblemente víctima de algún engaño». ¿Qué significaba esta frase? Desde que había visto a Rafael Santóris en compañía de una mujer a quien llamaba «Amor mío», habíame sentido casi incapaz de hablar; pero ahora recobré súbitamente esta facultad.

«No os comprendo», dije con tanta claridad y tanta firmeza como me fué posible. «Aquí estoy por mi propio deseo, y no he sido víctima de engaño. ¿Por qué necesitaría ser rescatada?».

El anciano movió su cabeza compasivamente.

«¡Pobre niña», dijo.—«¿No te encuentras prisionera en el Castillo de Asélzion?».

«En virtud de mi propio consentimiento», contesté.

Levantó sus manos el anciano en una especie de suplicante asombro.

«No es así», profirió la mujer, sonriendo tristemente. «Te encuentras en un grave error. Estás aquí por la malvada voluntad de Rafael Santóris, un hombre que no tendría remordimiento en sacrificar cualquiera existencia para probar sus locas teorías! Te encuentras bajo su influencia, tú, pobre criatura, tan fácil de ser engañada! Piensas que sigues tu propia línea de con-

ducta, y que realizas tus propios deseos; pero, en realidad, no eres sino esclava de Santóris desde que lo conociste. Eres un mero instrumento suyo». Y se volvió al anciano con ademán suplicante: ¿«No es verdad?».

El anciano inclinó su cabeza en señal de asentimiento.

Por un instante, un torbellino de ideas invadió mi fatigado cerebro. ¿Sería verdad lo que ellos decían?

Su aspecto era sincero y no demostraba objeción sino bondad al prevenirme un daño futuro. Procuré ocultar mi torturante ansiedad, y pregunté tranquilamente:

«Si tenéis suficiente motivo para afirmar lo que aseveráis, ¿qué me aconsejáis hacer? Si estoy en peligro, ¿cómo puedo escapar de él?»

La mujer me observó con curiosidad, y sus ojos brillaron con repentino interés. Su venerable compañero contestó mi pregunta:

Por ahora, es muy fácil escapar. Te bastará seguirnos para llevarte fuera de este bosque y conducirte a un sitio seguro. En seguida, puedes volver a tu casa y olvidar...

«¿Olvidar qué?», le interrumpí.

«Toda esta tontería», contestó con benévola seriedad. «Esta idea de vida eterna y de amor eterno que el artificioso brujo Rafael Santóris ha inspirado a tu muy sen-

sible y crédula imaginación; esta fantástica creencia acerca de la inmortalidad e individualidad del alma. El amor, en la forma concebida por él, no existe. El secreto de la vida tampoco existe. En lo relativo al secreto de la juventud...».

«¡Ah!», exclamé con vehemencia. «Hábladme sobre este particular, y especialmente de la espléndida juventud de Asélzion, no obstante su avanzada edad!».

Por primera vez en el curso de esta entrevista, noté en los recién llegados un aire de confusión que me valió para recobrar la confianza en mí misma.

«¿Por qué?, proseguí, habéis venido con estas advertencias respecto de aquellos a quienes Dios o el Destino ha hecho intervenir en el camino de mi vida? Podréis decir tal vez que habéis sido enviados por Dios; pero, ¿acaso la Divinidad se contradice? Jamás he sufrido daño alguno ni de Rafael Santóris ni de Asélzion. Me siento apenada, perpleja y torturada por lo que he oído y he visto; pero tanto mi oído como mi vista pueden ser engañados. ¿Por qué debería yo creer en malas intenciones si éstas no fuesen debidamente comprobadas?»

La mujer me miró con repentino desdén.

«¡De manera que permanecerás aquí, engañada por tus propios ensueños y sentimientos», dijo con evidente desprecio. «Tú una mujer, continuarás en una comunidad de hombres que son reconocidos impostores,

sacrificando tu nombre y reputación por una simple fantasía!».

Su mirada y sus modales habían cambiado en absoluto, e inmediatamente me puse en guardia.

«Sólo a mí me concierne defender mi nombre y mi reputación», repliqué con frialdad.

El anciano avanzó algunos pasos hasta tomarme de un brazo. Sus ojos brillaban con manifiesta cólera.

«¡Debemos salvarte!», exclamó con acento imperioso. «¡Debes venir con nosotros quieras o no quieras! Hemos visto ya tantas víctimas del artificioso Asélzion que estamos resueltos a librarte del peligro que te amenaza».

Hizo un esfuerzo por atraerme hacia él; pero mi espíritu recobró en ese instante toda su energía, y lo rechacé con violencia.

«¡Nó, no iré con vosotros!», exclamé ardentemente. «Sólo Dios me libraré de daño, si en realidad algún daño puede sobrevenirme. No creo una sola palabra de lo que habéis dicho contra Rafael Santóris o contra Asélzion. Amo al uno, y confío en el otro! ¡Dejadme en paz!».

Apenas había pronunciado estas palabras, el anciano y la mujer se lanzaron sobre mí, y, tomándome por fuerza, procuraron arrastrarme hasta lejos de aquel sitio. Yo les opuse la mayor resistencia de que fuí capaz, sosteniendo todavía estrecha-

mente con una mano el libro «El secreto de la Vida». Pero sus combinados esfuerzos principiaron a vencerme, y, sintiéndome por momentos más y más débil, grité en voz alta, en un raptó de desesperación:

«¡Rafaell! ¡Rafaell!»

En un instante me encontré libre. Mis aprehensores me soltaron, y yo me abalancé lejos, sin saber adónde, corriendo, corriendo y corriendo siempre, temerosa de ser perseguida, hasta que de improviso me encontré a la orilla de una negruzca extensión de agua que se dilataba hasta confundirse a lo lejos, en fría obscuridad, con un horizonte invisible.





SUEÑOS DENTRO DE UN SUEÑO.

Detúveme en aquella orilla a fin de tomar un obligado descanso. Desde allí veía sólo la negra masa de agua que ondulaba lenta y confusamente, apenas iluminada por una débil y perlina luz. Miré hacia atrás, temerosa de que mis perseguidores fueran en mi seguimiento, y vi que una espesa neblina impedía distinguir los objetos aún a corta distancia. Parecía ser de noche, aun cuando poco antes había visto la luz solar. En extremo fatigada, me senté en el suelo cerca de un oscuro arroyo casi invisible para mí. La tranquila y profunda obscuridad ejercía un efecto calmante en mis sentidos, y en medio de mi extenuada languidez pensaba yo: «¡Cuán feliz sería si se me permitiese descansar aquí por tiempo indefinido!»

«Ahora comprendo», decíame a mí misma, «por qué hay gentes que desean morir, que ruegan e imploran por la muerte como una gran bendición! Han perdido el Amor, y sin Amor la vida carece de importancia. Vivir, y vivir durante largos períodos de

tiempo en mundos en que no se encuentra ni simpatía, ni amistad, ni esperanza, ni consuelo, es el infierno, no el Cielo!»

«¡El infierno, no el Cielo», repitió una voz cerca de mí.

En extremo sorprendida, vi a mi lado una figura de contornos indefinidos, una mujer en negra vestimenta de larga cola, cuyo rostro brillaba con una pálida belleza en la indecisa luz de aquel lugar.

«¡De manera que al fin has encontrado tu camino hasta aquí!», dijo con suavidad. «¡Aquí donde todas las cosas terminan y nada principal!».

Púseme de pie a fin de mirarla frente a frente.

«¡Donde todas las cosas terminan!», repetí. «Seguramente donde existe la vida no existe el fin», agregué.

Me dirigió una fugaz sonrisa.

«La vida es un sueño», dijo, «y las cosas de la vida son sueños dentro de un sueño. Nada real existe. Os imagináis verdades que son únicamente meros engaños».

Aturdida y asombrada, la miré con detenimiento. Era hermosa, y la apacible tristeza de sus ojos expresaba compasión y ternura.

«¡Entonces es mentira la Creación?», pregunté.

Ella no dió respuesta alguna, sino que se limitó a levantar una mano y a señalar hacia la obscura extensión de agua. Miré

en la dirección indicada, y proferí un grito de éxtasis. Brillando en la ondulante obscuridad, como una visión en un país de hadas, se encontraba el «Dream», resplandeciente de proa a popa con luces que centellaban como millones de diamantes.

«¡Vuestro sueño de amor!», exclamó. «¡Miradlo por última vez!».

Llena de ansiedad y con el corazón palpitante, vi que el yate comenzaba a sumergirse lentamente en aquella masa de agua oscura, hasta que sólo sus mástiles quedaron visibles. En seguida, cobré fuerzas para dominar mi tortura y para no ceder a la agonía que amenazaba sumergirse en la más angustiosa desesperación.

«¡Este es un fantasma de la pena! dije; pero nada significa. El amor que guarda mi corazón es mío propio; es mi vida, mi alma, mi sér! ¡Es eterno como Dios mismo, y a El lo encomiendo!».

Proferí estas palabras en voz alta, manteniendo el libro «El Secreto de la Vida» aferrado a mi pecho, y alcé mis ojos confiadamente hacia la densa obscuridad que a manera de cielo se extendía sobre mí. Luego una mano femenina tomó la mía con suavidad.

¡«Ven!» dijo dulcemente.

Divisé entonces un pequeño bote que se dirigía hacia mí guiado por una mujer cuyo rostro estaba oculto tras negro velo. Mi compañera me hizo señas de que la

siguiese. Su aspecto tenía algo de imperativo que me impelía a obedecer. Entramos a la pequeña embarcación. Recorrimos la obscura superficie durante un tiempo que me pareció largo, hasta que comencé a sentir extraños sonidos de lamentaciones y conmovedores gritos de súplica. En seguida, destacáronse en medio de aquella lobreguez algunas pálidas figuras luminosas que en cierto modo parecían tener forma humana.

«¿Qué son éstos?», murmuré.

Mi compañera me tomó una mano como para fijar mi atención.

«¡Escucha!», contestó.

Y poco a poco, de entre aquel clamor de llantos y doloridas quejas, oí voces que proferían cosas distintas.

«¡Yo soy el Fantasma de la Riqueza», decía una. «¡Por mí los hombres y las naciones se lanzan a la destrucción! ¡Por mí sacrifican la felicidad y se desvían del camino que conduce hacia Dios! ¡Por mí se engaña a la inocencia, y se sacrifica el honor. No soy sino una sombra; pero el mundo me sigue ansioso como si yo fuese una luz. Soy únicamente un áureo polvo terreno, y, no obstante, los hombres me consideran como un resplandor del Cielo!».

«¡Yo soy el Fantasma de la Pama!», decía otra. «¡Me presento con música y dulces promesas. Floto ante los ojos del hombre, pareciéndole un Angel. Hablo de triunfo y

de poder. Por mí valientes corazones han sido destrozados, y brillantes espíritus han sido condenados a la desesperación! ¡Soy nada más que una sombra; pero el mundo cree que soy una substancia. No soy sino un aliento pasajero; pero los hombres me consideran como una estrella fija!».

«¡Yo soy el Fantasma del Orgullo!», decía una tercera vez. Por mí la humanidad escala las alturas de la ambición. Por mi causa, reyes y reinas ocupan tronos vacilantes y se rodean de guardias, pompa y majestad. Por mí los hombres mienten y dañan a sus semejantes. Por mí son destruídos muchos hogares que deberían ser felices. Por mí se dictan falsas leyes, y la maldad triunfa sobre el bien. No soy sino una sombra; pero el mundo me considera como un Sol! Soy nada más que un efímero rayo de luz; no obstante los hombres me toman por un día esplendoroso!».

Algunas otras voces escuché en torno mío, y, soltando la mano de mi compañera, púsememe de pie en el bote, y grité:

«¡Todos vosotros sois únicamente fantasmas! Decidme, ¿dónde está el Amor?».

Cesaron las voces. Las extrañas figuras movedizas se desvanecieron más y más hasta desaparecer en la obscuridad, y una luz dorada y maravillosa comenzó a brillar en medio de aquella escena de desolación.

«Hemos estado soñando», dijo mi com-

pañera. «Entre tanto, tú buscas la realidad».

Me sonreí. De súbito, invadió mi sér una doble sensación de fuerza y de autoridad.

«¡Me indicaste que mirase por última vez mi sueño de Amor!», dije, «no obstante de que sabías que eso era imposible, pues el Amor no es un sueño!».

El dorado brillo se hizo más y más intenso hasta convertirse en un perfecto resplandor, y nuestro bote deslizábase ahora sobre un mar ampliamente iluminado. Como si se tratase de una visión, la extraña figura que dirigía su rumbo se tornó luminosa, y el negro velo cayó dejando su rostro en descubierto. Ojos de Angel me miraron. Labios de Angel me sonrieron. En seguida encontréme repentinamente sola en la playa de una pequeña bahía, azul como un zafiro, que reflejaba el color también azul de un cielo purísimo. La obscura extensión de agua que había parecido tan triste e impenetrable había desaparecido, y con mucho asombro de mi parte, reconocí la misma playa cerca del jardín rodeado de rocas que se extendía inmediatamente debajo de mi cuarto de torre.

Miré en todas direcciones en busca de la mujer que había estado conmigo en el bote, del bote mismo y de su extraño guía; pero no había de ellos la menor huella.

No podía imaginarme hasta dónde había yo vagado en aquel pavoroso y negro

mar; mas, muy pronto, recobrando valor y tranquilidad, comencé a pensar en que tal vez aquella aventura había sido preconcebida y realizada como una prueba de mi fortitud y de mi fe.

¿Había yo fallado en esta prueba? Seguramente que nó, por cuanto no había dudado ni de la verdad de Dios ni del poder del amor. Sólo una cosa me preocupaba en grado sumo: el recuerdo de las voces tras una pared, voces que habían hablado de la traición y muerte de Rafael. No podía yo librarme de la ansiedad que ellas habían despertado en mi espíritu, aun cuando había procurado resueltamente no ceder ante ningún sentimiento de temor o de sospecha. Sabía que, después de todo, son las voces del mundo las que ocasionan mayor daño al Amor, y que ni la pobreza ni la pena pueden cortar los lazos de afecto entre los amantes con tanta rapidez como la falsedad y la calumnia. Sin embargo, experimentaba yo una vaga inquietud sobre el particular, y no podía recobrar mi perfecta tranquilidad.

La puerta de la escalera espiral que conducía a mi cuarto en la torre permanecía abierta, y me aproveché de este tácito permiso para volver allí. Encontré todas las cosas como las había dejado; pero, al buscar la misteriosa y pequeña cámara tapizada con purpúrea seda, donde yo había comenzado a leer el libro titulado «El Secreto de la Vida». un libro que durante to-

da mi extraña aventura había procurado guardar siempre conmigo, noté con sorpresa que había desaparecido. Las paredes del cuarto eran sólidas, y en ninguna parte se veía la menor huella de abertura.

Tomé asiento al lado de la ventana, y principié a reflexionar acerca de mi situación. Ante mis ojos aparecía el mar, tranquilo, iluminado por la amplia radiación de un sol brillante y majestuoso. ¿Había estado yo ausente por mucho tiempo de este cuarto? No podía decirlo. El tiempo parecía no existir para mí. Mi único deseo, mi única preocupación, era saber si Rafael Santóris vivía aún, y si aunposeía yo el tesoro de su amor. En caso de haberlo perdido, ni Dios mismo podría consolarme, ya que se habría roto mi esencial lazo de unión con las cosas divinas.

Poco a poco invadióme una suave quietud, y principió a disiparse la nube de abatimiento que se cernía sobre mi espíritu. Recordé mi reciente experiencia con el anciano y la mujer que habían procurado *rescatarme*, como ellos decían, y cómo cuando, en frenética desesperación, yo había llamado «¡Rafael, Rafael!», habían ellos desaparecido al instante y dejádome absolutamente libre. Sin duda alguna, era ésta una prueba suficiente de que yo no había sido olvidada por quien había profesado amarme por toda la eternidad.

Al entrar a mi cuarto, yo había colocado

sobre la mesa el libro «El Secreto de la Vida» Abrílo nuevamente al azar y leí el siguiente párrafo:

«Una vez que poseáis el inestimable tesoro del Amor, recordad que todos los esfuerzos posibles serán puestos en práctica a fin de arrebatároslo. Nada envidia tanto el mundo como un alma feliz.

«Los que han sido vuestros amigos más queridos se volverán contra vosotros, porque poseéis una dicha de que ellos no participan; se unirán con vuestros enemigos para haceros descender de la altura de vuestro Paraíso; vuestros más tiernos sentimientos serán desdeñados y ridiculizados; venenosas mentiras y crueles calumnias circularán con relación a vuestra persona, y todos estos vedados arbitrios tendrán por único fin sumergiros en la obscuridad y en el caos, a fin de que no continuéis en el círculo de luz. Si queréis manteneros firmes, debéis permanecer valientemente dentro del torbellino de bajas pasiones que se forma en torno vuestro; si deseáis conservar la tranquilidad de vuestra Alma, debéis mantener en su sitio el fiel de la balanza. Los radiantes e inmortales átomos que constituyen vuestro cuerpo y vuestro espíritu, deben estar bajo vuestro directo control y completa organización, como un ejército bien disciplinado; de lo contrario, las fuerzas desintegrantes puestas en juego por las influencias malignas de quienes os ro-

dean, no sólo combatirán vuestra felicidad sino vuestra salud, debilitarán vuestra energía y destruirán vuestra paz. El Amor es la gloria única de la vida; el corazón y el pulso de toda la creación; un bien negado a los más grandes conquistadores de la tierra; un talismán que descubre todos los secretos de la Naturaleza; una Divinidad cuyo poder es ilimitado, y cuya bendición proporciona belleza, dulzura y amplia felicidad. Fijad todo esto en vuestra memoria, y jamás olvidéis que el gran bien del Amor es envidiado por los que carecen de él».

Al terminar la lectura de este párrafo, una luz iluminó mi cerebro. La extraña e inexplicable experiencia a que acababan de someterme, ¿no tendría por objeto apartarme del Amor y destruir el ideal acariciado por mí? Entre tanto, ¿había yo cedido a la tentación? ¿Había yo fracasado?

Habiendo abandonado mi asiento cerca de la ventana, vi que el pequeño ascensor incrustado, por decirlo así, en la pared, había subido silenciosamente con la acostumbrada provisión de frutas, pan y deliciosa agua fresca, y aun cuando no había sentido ni hambre ni sed durante mi extraña marcha por lugares desconocidos, encontrábame muy dispuesta a comer, lo que hice con apetito devorador. Una vez que hube concluído, volví a mi precioso libro, y, habiéndolo colocado sobre la mesa, apoyé mi cabeza en mis dos manos, y púse-

me resueltamente a leer algunos párrafos que transcribo a continuación para quienes deseen practicar las lecciones que ellos enseñan.

«LIBRE VOLUNTAD.

«El ejercicio de la Voluntad no reconoce límites. Es absolutamente libre, de manera que podemos hacer nuestra propia elección de vida y elaborar nuestro propio destino. La voluntad puede ejercer su dominio sobre todas las cosas, menos sobre el Amor, porque el Amor es de Dios, y Dios no está sujeto a autoridad. El Amor debe nacer *en* el alma y *del* alma. Debe ser una pasión dual, es decir, debe encontrar su compañera en otra alma predestinada que le ayude a realizar los más nobles y elevados fines de la existencia. Mediante su fuerza, se genera y mantiene la vida; sin ella, la vida vuela hacia otras faces de la existencia eterna en busca otra vez de su amor. Nada es perfecto, nada es duradero sin la luz y el fuego de esta pasión dual.

«PODER.

«El poder sobre todas las cosas y sobre todos los hombres se obtiene por medio de la organización, es decir, poniendo la propia casa en orden. La «casa» es el cuerpo en que el Alma tiene su habitación transitoria.

Cada átomo del cuerpo debe estar en orden a fin de que pueda trabajar saludablemente y sin confusión. En seguida, es fácil alcanzar lo que se desca. Nada en el Universo puede resistir la fuerza de una fija y perseverante resolución; lo que realmente busca el Espíritu debe, por ley eterna, concedérsele, y lo que el cuerpo necesita para realizar los mandatos del Espíritu le será igualmente concedido en virtud de esa misma ley eterna. La fuerza que emana de la luz solar, del aire y de las cosas ocultas del espacio se encuentra en continua renovación; y todo en la Naturaleza está dispuesto a secundar al Alma resuelta en la realización de sus aspiraciones. Nada hay en el círculo de la Creación que pueda resistir su influencia. Exito, riqueza, triunfo sobre triunfo, acompañan siempre a todo sér humano que diariamente pone su casa en orden; a quien nada puede desviar de su fijo intento; a quien ni la malicia, ni el desprecio, ni la tentación pueden alejar del curso que se ha señalado, y que resiste a la malevolencia y a la calumnia. Porque el Espíritu de los seres humanos es en su mayor parte como las movedizas arenas del mar, y sólo gobierna su propio universo quien consigue establecer el Orden en medio del caos».

«VIDA ETERNA.

«La vida es eterna. No puede morir. Cada

cosa viva *debe* vivir para siempre. Cada cosa viva ha vivido *siempre*. Lo que se llama muerte es, por ley eterna, imposible. La vida está cambiando perpetuamente de formas, y cada cambio lo llamamos «muerte» porque a nosotros nos parece una terminación de la vida, siendo que es simplemente una renovada actividad. Cada alma aprisionada hoy día en forma humana ha vivido antes en forma humana, y cada rosa que hoy florece ha florecido también antes en este mundo. El espíritu de cada individuo conserva su individualidad y, hasta cierto punto, su memoria. Durante su período de desarrollo únicamente le es permitido recordar muy pocos de los millones de incidentes y episodios que están almacenados en su cerebro psíquico. Cuando ya alcanza la mayor altura de capacidad espiritual, y es bastante fuerte para ver, conocer y entender, sólo entonces será capaz de recordar todo desde el principio. Nada puede ser jamás olvidado, puesto que el olvido implica desgaste, y no puede haber desgaste en la sabia estructura del Universo. Cada pensamiento es guardado para usarlo; cada palabra, cada suspiro, cada lágrima es recordada. La vida misma, en nuestro limitado conocimiento de ella, puede ser continuada por largo tiempo en nuestro planeta si usamos los medios que se nos han dado para conservarla y renovarla. La conservación y prolongación de la existencia terrena era fácil

en los primeros días de la aurora del mundo, por decirlo así, porque la Tierra encontrábase entonces más cerca del Sol. En la época actual, nuestro planeta está volviendo a una posición en los cielos que estimula y mantiene la vida; y los seres humanos viven más tiempo sin saber por qué, sin pensar que ello es el resultado de la actual situación de ambos cuerpos celestes. La Tierra no está hoy donde se encontraba en los días de Jesucristo; ha recorrido el espacio durante dos mil años, y, sin embargo, el género humano ignora que su situación de hoy en dicho espacio es diversa de la que ocupaba entonces y que, con esta diferencia, resultan alteradas las leyes que dicen relación con el clima, con las costumbres y con la vida misma. No es el hombre quien modifica su medio ambiente; es la Naturaleza, cuyo orden no puede ser alterado. El hombre cree que el desarrollo de la ciencia y lo que él llama su «progreso» es únicamente el resultado de su propia habilidad; por el contrario, es el resultado de un cambio en su éter atmosférico que no sólo presta ayuda a las explicaciones y descubrimientos científicos, sino que tiende a darle mayor poder sobre los elementos, como también a prolongar su vida y su capacidad intelectual. En el Universo infinito no hay descanso: cada átomo, cada organismo está haciendo algo o se dirige hacia alguna parte. Nada se detiene. El todo va

encaminado hacia el Progreso, la Belleza y la Perfección, y no hay defecto alguno en el majestuoso esplendor del Plan Divino que procura la felicidad de toda la Creación».

«La alegría, no la pena, debe ser la clave de la existencia. El mundo no es un «valle de lágrimas» sino un jardín lleno de flores iluminado por la luz solar y por la benévola mirada del Creador.

«Lo que se designa con el nombre de «pecado» es obra exclusiva del hombre; Dios no tiene parte en él. Por orgullo los ángeles cayeron. Por orgullo el hombre retarda su eterna dicha. Cuando presume ser más sabio que su Creador; cuando procura contrariar la organización de la Naturaleza, e inventa a su modo una especie de Código natural y moral, es entonces cuando sobreviene el desastre. La regla de una vida pura y feliz consiste en recibir con gratitud y moderación todo lo que Dios nos envía: el placer de los sentidos, el amor a nuestros semejantes, los goces intelectuales, los éxtasis del alma; y no encontrar faltas en lo que es y debe ser perfecto. Oímos decir a veces de sabios y filósofos que suspiran ante las penas y sufrimientos del mundo, sin considerar que las penas y sufrimientos son obra exclusiva del hombre y de la crueldad del hombre para con sus semejantes. Del culpable descuido del hombre en cuanto a las leyes de la salud provienen todas las

enfermedades, así como del egoísmo, deslealtad y amor propio del hombre han nacido todos los crímenes imaginables».

Aquí detuve mi lectura porque comenzaba a oscurecer, y no me era posible continuar en ella pues no veía muy claramente. Miré hacia la ventana, pero escasa luz entraba del exterior. Una obscuridad más y más densa invadió todas las cosas visibles. Luego me formé la más firme resolución de no ceder jamás ante los fantásticos terrores a que pudieran someterme ni abandonar mi cuarto, aunque viese otra salida aquella noche. Con esta determinación, me desnudé apresuradamente y me fuí al lecho. En el instante de apoyar mi cabeza en la almohada sentí una especie de frío en el aire que me hizo tiritar un poco y experimentar una sensación misteriosa. Cerré mis ojos, dispuesta a descansar, y obtuve tal éxito al ordenar a todas mis facultades hacia este fin, que en pocos minutos estuve profundamente dormida.





EL ABISMO DESCONOCIDO

Mi sueño fué tan profundo y tranquilo que no tengo idea de su duración; sin embargo, al despertar, sobrevínome una sensación del más vivo y espantoso terror. Cada nervio de mi cuerpo parecía estar paralizado. No podía moverme ni gritar. Invisibles ligaduras, más fuertes que el fierro, manteníanme prisionera en mi cama, y sólo podía mirar hacia arriba, horrorizada, como una víctima ante la cruel mirada de sus verdugos. Una figura elevada, corpulenta y vestida de negro, encontrábase a mi lado. Aun cuando no veía su rostro, experimentaba yo la sensación de que sus ojos me miraban inquisitivamente, de una manera fría, silenciosa, penetrante, como si me formularan alguna pregunta que se contestara por sí misma, sin palabras. Aquellos terribles ojos, penetrando en lo más recóndito de mi sér, hacíame el efecto de un cuchillo disector que cortaba cada pensamiento de mi cerebro y cada emoción de mi alma para exponerlos a la inspección exterior.

Las palpitaciones de mi corazón repercutían insistentemente en mis oídos. Yo permanecía quieta, y procuraba ejercer control sobre mi angustiado espíritu. De pronto, experimenté una sensación de alivio cuando por fin observé que la misteriosa figura abandonaba su rígida actitud y me hacía señas de un modo lento e imperioso con un brazo extendido, desde el cual la fúnebre vestidura colgaba como densa nube. Mecánicamente, obedeciendo al llamado, procuré incorporarme en el lecho, lo que ahora puedo hacer con facilidad, y me senté temblando, con la vista fija en aquella forma terrorífica que se alzaba sobre mí. En seguida, procurando mantenerme de pie, aunque de un modo vacilante, me preparé mudamente a seguirla hasta donde quisiera llevarme. Púsose en marcha, y yo la seguí, compelida por un secreto poder avasallador contra el cual no me atrevía a rebelarme. Muy luego, cruzó mi cerebro el vago pensamiento "Esta es la muerte que me llama lejos"; pero a continuación de este pensamiento me sobrevino el recuerdo acerca de que, en conformidad con las enseñanzas que yo estaba recibiendo, no existe la Muerte, sino un fantasma imaginario a que damos este nombre.

Lenta y suavemente, con una indescripible majestad en sus movimientos, la negra figura se deslizó delante de mí, y yo, sobrecogida de espanto, seguí sus pasos

sin saber adonde. No hubo obstáculo en nuestra marcha; puertas, paredes y ventanas se fundían hasta convertirse en nada mientras pasábamos. De súbito, llegamos a una empinada y estrecha escalera de piedra de forma espiral que se elevaba en el centro mismo de un pináculo rocoso, el que, a su turno, alzaba su más elevada cumbre en la obscuridad de un cielo tachonado de millones de estrellas. La siniestra figura se detuvo, y una vez más sentí que me quemaba la interrogante luz de sus ojos invisibles. En seguida, como satisfecha con su breve inspección, principió a subir por la escalera espiral. Yo la seguí paso a paso. La ascensión fué larga y difícil; causábanme vértigos las continuas vueltas que parecían no tener fin. A veces tropezaba y casi me caía; a veces buscaba apoyo al tiento con manos y rodillas. Siempre se veía delante de mí la figura vestida de negro que avanzaba sin preocuparse, al parecer, acerca de si yo obedecía bien o mal a su llamado.

Y ahora, mientras trepaba, toda clase de extraños recuerdos principió a deslizarse por mi cerebro y a confundirme con preocupaciones e incertidumbre. Principalmente vinieron a mi memoria las crueldades, las crueldades practicadas por los seres humanos unos a otros, en especial las crueldades morales, que son mucho peores que cualquiera tortura física. Medité sobre los juicios errados que las gentes suelen emitir

con relación a los hombres superiores; cómo, aun cuando procuramos hacer bien a otros, nuestras más bondadosas acciones son meramente estimadas como diversas formas de egoísmo, de interés personal; cómo nuestros supuestos "mejores amigos" nos ocasionan daños y escuchan créduamente cuentos inventados con el propósito de arruinar nuestra dignidad; cómo aún en el Amor, la más etérea y, no obstante, la más poderosa de las pasiones, una ruda palabra, un inmerecido menosprecio, pueden separar por toda la vida a aquéllos cuya unión pudo haber sido perfecta.

Y todavía el negro fantasma hacía-me señas de que lo siguiese. Y todavía yo trepaba absorbida en mis pensamientos.

Luego principié a considerar que subiendo a una altura desconocida e invisible en medio de aquella profunda obscuridad estaba yo, después de todo, realizando algo más sensato que vivir en el mundo con las costumbres del mundo que en su mayor parte son meramente hipócritas y encaminadas a sobrepasar y eclipsar a nuestros semejantes, costumbres de moda, de sociedad, de gobierno, que son nada más que transitorias; mientras que la eterna e invencible Naturaleza continúa su señalada ruta siempre con el mismo innato propósito, a saber, destruir el mal y conservar únicamente el bien. Y el sér humano, el único autor del mal, el único que se opone al Divino Orden, se en-

gaña a sí mismo en la creencia de que el mal prosperará y de que su falsedad será aceptada como verdadera si puede fingir una cierta ostentación de fe religiosa para engañarse y engañar a sus semejantes en el plano ascendente de la Historia. El hombre, el autor, el inventor del pecado, ha inventado igualmente un dios especial para perdonarlo, pues no existe el pecado en el Universo natural. La Ley Divina no puede perdonar, porque es inviolable, y no soporta que sea violada sin castigo.

Así meditaba yo mientras seguía subiendo, con mis ojos fijos en la Figura, la que, habiendo alcanzado el término de la escalera espiral, comenzó lentamente a trepar el más elevado pico del rocoso pináculo que se alzaba hacia las estrellas. Principió a soplar un viento helado. Con mis pies desnudos, ligeramente vestida con mi bata de noche y un blanco pañuelo de lana con que me había cubierto al dejar el cuarto para seguir al Fantasma, tiritaba más y más en aquella lobreguez, en aquella atmósfera de intenso y penetrante frío. Sin embargo, continuaba yo avanzando resueltamente. De pronto, miré hacia atrás el camino recorrido. ¡La escalera espiral no existía; había desaparecido, y sólo podía ver en todas direcciones el negro y vacío espacio!

Aquel extraño fenómeno me aterrorizó en tal forma que por un instante perdí el aliento, y víme obligada a detener mias-

censión. Inmediatamente observé que la Figura se volvió hacia mí con gesto amenazador, y parecióme que un segundo más de vacilación bastaría para hacerme perder todo apoyo y resbalar hacia un profundo e insondable abismo. Haciendo un esfuerzo extraordinario, recobré el control de mí misma, y forcé a mis temblorosos miembros a obedecer mi voluntad, y así, poco a poco, reasumí mi marcha ascensional, sobrecogida por angustiosos temores y helada hasta el propio corazón.

Luego sentí un ruido atronador, como si olas enormes rompieran en amplias y profundas cavernas, formando ecos prolongados, solemnes, majestuosos.

El espectro detuvo su marcha. El lúgubre ropaje que lo cubría mostraba ahora un contorno de brillante luz. Impulsada por una súbita esperanza, avancé por aquel difícil sendero hasta colocarme al lado de mi extraño conductor. Arriba de mí, el cielo cubierto de estrellas; abajo, un oscuro abismo profundo del que se levantaba el formidable y turbulento ruido de un mar agitado. Allí permanecí estática, temerosa de moverme; un paso en falso podría llevarme a mi total destrucción. Sentíme inclinada a buscar apoyo tomándome de la nebulosa vestimenta del Espectro; pero en ese mismo instante volvió hacia mí su velada cabeza, y me dijo en tono lento, profundo e infinitamente suave:

«¡Hasta aquí; y aún no bastante lejos! ¿Hasta qué fin te aventurarías en obsequio del amor?»

«Hasta ningún fin, sea el que fuere», contesté con valentía, «sino por toda la Eternidad!».

Nuevamente el obscuro ropaje del Fantasma apareció iluminado.

«¿Qué harías por el Amor?», me preguntó. «¿Soportarías todos los sufrimientos, todas las incomprendiones, todos los engaños y todas las crueldades, manteniendo, no obstante, tu alma iluminada con la llama de la fe? ¿Escalarías los cielos para lanzarte al más profundo infierno en obsequio del ser a quien amas, sabedora de que tu amor lo identificaría contigo el día prefijado por la voluntad Divina?».

Miré a la extraña Figura, procurando inútilmente ver su rostro.

«Haría todo eso», respondí. «Todo lo que mi alma pueda sufrir mortal e inmortalmente lo soportaré en obsequio del amor!».

Otra vez brilló la luz en la negra vestidura del Fantasma. En seguida exclamó rudamente, en tono de siniestra advertencia:

«¡Tu amante es falso. Ha pasado a otra esfera de la existencia eterna, y no lo encontrarás durante varios períodos de tiempo! ¿Crees esto que te digo?».

Una helada agonía oprimió mi pecho;

sin embargo, no quise ceder a ella, y contesté resueltamente:

«¡Nó! ¡No lo creo! ¡No ha podido morir sin mi conocimiento, y sin que yo sienta separarse su alma de la mía!».

Hubo una pausa durante la cual sólo se oía el rumor del invisible mar debajo de nosotros. En seguida continuó la voz:

«¡Tu amante es falso! Su amor por ti fué un capricho pasajero; ya se arrepiente, ya se cansa de pensar en ti! No te ama! ¿Lo crees?».

Sin pensar un instante, contesté sin vacilar:

«¡Nó! Porque si no me ama su Espíritu miente, y ningún Espíritu puede mentir!».

Sobrevino otra pausa. Luego preguntó la voz:

«¿Crees verdaderamente en Dios, tu Creador, el Autor del Cielo y de la tierra?».

Levantando hacia el estrellado cielo una mirada de esperanza y de súplica, respondí con vehemencia:

«¡Creo en El con toda mi alma!».

Después de un expectante silencio, la voz habló una vez más:

«¿Crees en el amor, el generador de la Vida, la Causa motriz y el Espíritu de todas las cosas creadas?».

Nuevamente respondí:

«Con toda mi alma».

La Figura se inclinó ligeramente hacia mí, y la luz iluminó sus negros vestidos de

un modo más definido y brillante. Luego un brazo y su correspondiente mano, que resplandecía como viva llama, fué apareciendo de entre su obscura indumentaria, y, después de extenderse con lentitud, indicó fijamente hacia el pavoroso abismo.

«¡Si tu amor es tan grande», exclamó, «si tu fe es tan profunda; si tu confianza en Dios es tan firme y perfecta, desciende hacia allá!».

Sin dar crédito a mis propios oídos, miré a mi amortajado interlocutor, y en especial el brazo que imperativamente señalaba la destrucción de mi cuerpo mortal. Por un momento, sentíme sobrecogida de terror y sin saber qué hacer. ¿Era esta espantosa sugestión una prueba o una tentación? ¿Debería yo obedecer?

Procuré recobrar en lo posible mi tranquilidad, reunir todas mis fuerzas, asegurarme de mi propia voluntad y hacerme responsable de mis propios actos. Todo lo que era puramente mortal en mí temblaba al margen de lo desconocido. Una mirada hacia arriba descubría un suave, apacible y purísimo cielo tachonado de millones de estrellas; una terrorífica mirada hacia abajo, perdíase en la profunda obscuridad de donde emergía la atronadora turbulencia de un rugiente mar! Junté mis manos en actitud de suplicante desesperación, y miré una vez más al majestuoso y solemne Espectro.

«¡Si tu amor es tan grande!», repitió en tono lento e impresionante, «¡Si tu fe es tan profunda! ¡Si tu confianza en Dios es tan firme y perfecta!».

Sobrevino un momento de intensa quietud, un momento en que la vida pareció alejarse de mí ser.

En mi desesperada angustia, un sollozo se escapó inconscientemente de mis labios, y mis ojos llenáronse de ardientes lágrimas. En actitud de súplica, me volví una vez más hacia la rígida Figura cuya mano indicaba todavía hacia abajo, y me pareció oír nuevamente las palabras:

«¡Si tu amor es tan grande! ¡Si tu fe es tan profunda! ¡Si tu confianza en Dios es tan firme y perfecta!».

En seguida recobré repentinamente la tranquilidad de mi alma, cimiento efectivo de mi actual existencia, y, manteniéndome firme en ese plano de fuerza imperecedera, tomé una inmediata resolución.

«¡Nada puede destruirme!», me dije a mí misma. ¡Nada puede dar muerte a la parte inmortal de mi existencia, y nada puede separar mi alma del alma de mi amado! ¡Ni en toda la tierra ni en todo el Cielo hay motivo alguno de temor!

Sin vacilar más, cerré mis ojos. Luego, extendiendo mis brazos y con las manos juntas, me arrojé hacia adelante para sumergirme en la obscuridad. ¡Abajo, abajo; siempre abajo!... y vi el mar a mis pies, una

gran masa de agua turbulenta, salpicada de blanca espuma.

«¡El cambio que llaman muerte, pero que es Vidal!».

Este fué el único pensamiento que de un modo claró atravesó como relámpago mi cerebro mientras me deslizaba rápidamente hacia el desierto mar.

Mi última impresión fué de total obscuridad y absoluto silencio.



Una delicada y tibia luz como el resplandor de rayos solares a través de un cristal; un ambiente de fragantes rosas; un armonioso sonido musical semejante al del arpa: a todas estas sensaciones fuí despertada gradualmente mediante una suave presión en mis sienes. Miré hacia arriba, y proferí un profundo suspiro de éxtasis que alivió mi corazón. ¡Era el propio Asélzion quien estaba inclinado junto a mí, Asélzion cuyos graves ojos azules mirábanme con viva e impaciente solicitud! Yo le sonreí en respuesta a su muda pregunta acerca de cómo me sentía, y hubiérame levantado, pero me significó imperiosamente que permaneciese quieta.

«¡Descansa!», díjome en voz baja y tierna. «Descansa, pobre niña! ¡Has conseguido más de lo necesario!».

Otro suspiro de perfecta felicidad se escapó de mis labios, y estiré perezosamente mis brazos como quien acaba de pasar por un estado de larga y calmante somnolencia. Mis sensaciones eran ahora exquisitas en grado sumo; una fresca y radiante vida parecía circular por mis venas. El cuarto en que me encontraba era nuevo para mí. El hermoso colorido de su interior, y la profusión de fragantes flores que lo adornaban, hacíanme la impresión de encontrarme en un relicario, por decirlo así, ubicado en el centro de un pequeño templo de belleza. No sentía deseos ni de moverme ni de hablar. Toda preocupación, toda dificultad, había desaparecido de mi espíritu, y yo miré a Asélzion como soñando, mientras acercaba una silla para sentarse al lado de mi lecho. En seguida, tomándome una mano, examinó mi pulso con un aire de suma atención.

Sonreí nuevamente.

«¿Todavía late mi corazón?», pregunté, recuperando mi facultad de hablar. «Con seguridad se ha ahogado en el mar».

Manteniendo aún tomada mi mano, miróme Asélzion con fijeza.

«Ni el miedo por las aguas tormentosas ha podido extinguir el amor», dijo suavemente. «Querida niña, tú has comprobado esa verdad».

Incorporándome en mi lecho, estudié su grave rostro con viva atención.

«Decidme», murmuré, «¿he fracasado?».

Asélzion apretó ligeramente mi mano como para envalentonarme.

«Nó,» respondió. «Casi has triunfado del todo».

¡Casi, Únicamente «casi»! Muy asombrada, recostéme otra vez en el lecho. Asélzion permanecía a mi lado en absoluto silencio. Después de un breve instante, la tensión del suspenso llegó a ser insoportable.

«¿Cómo he escapado?», pregunté. «¿Quién me salvó en mi caída?»

Asélzion sonrió gravemente.

«De nada has tenido que escapar», contestó. «Y nadie te ha salvado porque no has estado en peligro».

«¡No en peligro!» exclamé con asombro.

«¡Nó, excepto de ti misma!»

Yo lo miré llena de terror. El, por su parte, me dirigió una bondadosa y tranquilizadora mirada.

«¡Ten paciencia!», dijo en tono suave. «Todo te será explicado a su debido tiempo. Mientras tanto, este cuarto es tuyo por el resto de tu permanencia aquí, que ahora no será de larga duración. He ordenado traer tu equipaje desde el cuarto de prueba en la torre, de manera que no serás molestanda nuevamente por sus escénicas transformaciones». Aquí sonrió una vez más. «Te dejaré a fin de que disipes los terrores porque has pasado con tanta valentía. Des-

cansa y tranquilízate enteramente, pues nada más tienes que temer. Cuando lo hayas conseguido, toca esto», e indicó una campanilla; «oiré el llamado y vendré inmediatamente».

Antes de que yo pudiera decir una palabra, retiróse Asézion y me dejó sola.

Me levanté del lecho, y la primera impresión que tuve fué la de una singular quietud de espíritu y agilidad corporal, una sensación de fuerza y bienestar que resultaba en realidad deliciosa mas allá de toda expresión. La apacible belleza de aquel cuarto producíame un verdadero encanto. Las ventanas estaban provistas de rosados cortinajes de seda. Al abrir una de ellas, mi vista se recreó ante un balcón de mármol cubierto de rosas trepadoras. Este, a su turno, dejaba ver una exquisita perspectiva de hermosos jardines y de un azulado y tranquilo mar. Anexo a aquel lujoso departamento había un igualmente lujoso cuarto de baño, provisto de todas las comodidades concebibles. El baño era de mármol, y el agua bullía de su centro como una fuente natural, chispeando al aparecer en la superficie. Mis vestidos, libros y demás objetos de mi pertenencia encontrábase dispuestos con cuidado, y en forma de que yo pudiera fácilmente alcanzarlos, y con gran júbilo ví que el libro «El Secreto de la Vida», que imaginaba haber perdido en mi última peligrosa aventura, estaba

sobre una pequeña mesa, como tesoro colocado aparte.

Me bañé y vestí con prontitud, sin darme tiempo para pensar en ningún punto extraño o confuso de mis aventuras, sino entregándome a la dicha de una nueva y feliz vida. Un espejo colocado en la pared mostraba mi propio rostro, placentero y radiante; mis ojos, brillantes y sonrientes. Ninguna preocupación parecía haber dejado huellas en mis facciones, y sentíame poseedora de una vigorosa y perfecta salud.

Luego estuve lista para recibir a Asélzion, y toqué la campanilla que él había indicado como señal. En seguida me senté al lado de la ventana, a fin de contemplar la hermosa perspectiva que se extendía delante de mí. ¡Qué esplendoroso es el mundo!, pensaba yo, ¡cuán lleno de perfecta belleza! El cielo azul que a lo lejos se confundía con el mar; los tiernos matices de las rosas trepadoras que se destacaban de entre el verde follaje; la agradable y viva luz que, como polvo de oro, filtraba a través del aire ¿no eran todas estas maravillas motivo suficiente para dar gracias al Sér Supremo? ¿Y puede haber desdicha efectiva mientras nuestra alma se encuentre en consonancia con la perfecta armonía de la Creación?

Habiendo sentido pasos detrás de mí, púseme de pie, y con placentera sonrisa extendí mis manos a Asélzion, quien acababa de entrar. El las tomó en las suyas y

las presionó con suavidad. En seguida, acercó una silla y sentóse al frente mío. Su rostro expresaba cierta gravedad, y, al dirigirme la palabra, lo hizo de un modo lento y suave.

«¡Tengo mucho que decirte!», exclamó; «pero seré tan breve como pueda. Has venido aquí a experimentar ciertas pruebas psíquicas, y has pasado por ellas con todo éxito; por todas, excepto la última. Sobre esto hablaremos más adelante. Por ahora, estás bajo la impresión de haber pasado por ciertos episodios de más o menos penosa e intrincada naturaleza. Así ha sido; pero no en la forma que tú piensas. Nada absolutamente te ha ocurrido, salvo en tu espíritu. Tus aventuras han sido de una naturaleza exclusivamente mental: la acción de varios cerebros que operaban con el tuyo, y te compelián a ver y oír lo que ellos deseaban. ¡Vamos; no te alarmes tanto!», exclamó al observar que yo me ponía de pie y profería una interjección involuntaria. «Te explicaré todo claramente, y pronto lo entenderás».

Hizo una pausa, y yo tomé asiento otra vez al lado de la ventana, muy sorprendida, en maravillada expectación.

«En este mundo», continuó con lentitud, «ni el clima, ni el natural circunambiente afectan tanto al hombre como las influencias que sobre él ejercen sus semejantes. En realidad, los seres humanos viven ro-

deados por ondas de pensamientos que fluyen de sus propios cerebros y de los cerebros de aquéllos que los rodean; y esta es la razón por qué si ellos no son suficientemente fuertes para encontrar y mantener el equilibrio de sus almas, son influenciados por costumbres y maneras de pensar que jamás habrían sido suyas si hubieran podido mantener intacto el ejercicio de la propia voluntad. Si un alma puede resistir las impresiones ejercidas sobre ella por fuerzas extrañas; si puede permanecer sola, libre de obstáculos, ante la luz de la Divina Imagen, únicamente entonces habrá adquirido el dominio sobre todas las cosas. Pero conseguir esta situación es tan difícil que, por regla general, resulta imposible. Las influencias extrañas se dejan sentir por todas partes en torno nuestro; hombres y mujeres con grandes y nobles propósitos en la vida son obligados a desistir de sus intenciones mediante la desalentadora influencia que sobre ellos ejercen sus amigos; valientes empresas son obstaculizadas por la sugestión de temores que en realidad no existen, y el diario derroche y pérdida de fuerza psíquica que se efectúa por la acción disturbadora de las ondas cerebrales de los demás, bastaría para convertir el mundo en un perfecto Paraíso si fuesen encaminadas a este fin».

Asélzion detúvose un momento; luego, mirándome fijamente, continuó:

«Es innecesario decirte que tú has vivido antes en este planeta, y que en varias ocasiones has sido puesta en relación con la otra predestinada mitad de ti misma, esa Alma de Amor que, después de buscarla ciegamente, has rechazado al encontrarla, no por acto propio, sino simplemente a causa de haber cedido a las influencias ejercitadas sobre ti. Ahora, en esta faz posterior de tu existencia, se te ha presentado otra ocasión, otra oportunidad. Es muy posible que si no hubieras venido a mí, hubieras perdido una vez más tu eterna dicha, y ha sido esta consideración la que me ha hecho recibirte, aún contrariando las reglas de nuestra Orden. Tu prueba habría sido más larga si no hubieras realizado por ti misma el atrevido avance al entrar en nuestra capilla. El brillo de la Cruz y Estrella te condujo, y tu alma obedeció a la atracción de su principio fundamental. Si te hubieras opuesto a su designio mediante dudas y temores, tu aprendizaje habríase retardado por mayor tiempo. Pero diste el primer paso con extraordinaria valentía; lo demás es comparativamente fácil».

Detúvose de nuevo, y en seguida prosiguió:

«Ya te he dicho que te encuentras bajo la impresión de haber pasado por ciertas aventuras o episodios que en cierto modo te han aturdido y acongojado. Estas cosas

no han existido, salvo en tu espíritu. Cuando te conduje a tu cuarto en la torre, te sometía mi influencia y a la de otros cuatro cerebros que actuaban en conjunción con el mío. Tomamos entera posesión de tu mentalidad. La prueba consistía en ver si tu alma podía mantenerse firme y vencer nuestras sugerencias. A primera vista, podrías creer que hemos recurrido a un mero juego para nuestro exclusivo entretenimiento; pero no es así. Hemos procurado sencillamente poner en práctica la más poderosa lección en la vida, a saber, LA RESISTENCIA Y CONQUISTA DE LAS INFLUENCIAS EXTRAÑAS, que constituyen las fuerzas más perturbadoras y enervantes con que tenemos que luchar».

Principié a comprender con claridad la enseñanza de Asélzion, de manera que yo seguía escuchando sus palabras con viva y creciente atención.

«Te basta mirar a tu alrededor en el mundo», continuó, «para comprender la verdad de mi aserto. Diariamente puedes encontrar alguna alma cuyo poder de triunfo en la vida sería extraordinario si no fuera por las influencias restrictivas ante las cuales ella se deja arrastrar y sucumbir. ¡Cuán a menudo oyes decir de un hombre o de una mujer de brillante genio que se torna incompetente a causa de las influencias adversas que reciben de los demás. ¡Considera los miles de hombres errónea-

mente casados, cuyas propias mujeres e hijos matan en ellos todo sentimiento de triunfo o de noble ambición'. Considera los miles de mujeres a quienes se induce a unirse con hombres cuya deficiente estimación por ellas las degrada hasta un nivel desde el cual les es casi imposible levantarse! Esta es la obra de las influencias, corrientes magnéticas de otros cerebros que, ejerciendo su maléfica acción sobre el nuestro, ocasionan la mitad de los daños y tribulaciones del mundo. ¡Ni una alma en cien mil tiene fuerza o valor para resistirlas! El hombre acostumbrado a vivir con su esposa quien, sin hacerle ningún otro daño, simplemente mata su genio, por el mero hecho de su contacto diario, no hará esfuerzo para levantarse de la apatía que le ocasiona su influencia, sino que caerá en pasiva inacción. La mujer unida a un hombre que insiste en considerarla inferior a sí mismo, llega a convertirse en una mera máquina doméstica, sin mayores designios que los relativos al orden y manejo de los asuntos caseros. El amor, la milagrosa piedra angular de la existencia eterna, es arrojado fuera del círculo de la Vida en términos que la vida misma se cansa de su presente estado, y se apresura a buscar otro estado de existencia más conforme con su propia naturaleza.

De ahí procede lo que llamamos vejez, y lo que llamamos muerte.

Iba yo a interrumpirle con una impaciente pregunta; pero un ademán suyo me significó que guardara silencio.

«Tu destino», continuó, «dentro de una norma psíquica, que es la única actitud necesaria porque es la única actitud eterna, es el de que seas puesta en comunicación con la otra mitad de tu ser espiritual e inmortal, lo que significa la posesión de un perfecto amor y de una perfecta vida. Y porque este es un don tan grande y tan enteramente Divino, se juntan las influencias opositoras a fin de que el alma pueda hacer su elección VOLUNTARIAMENTE. Por lo tanto, cuando yo y los otros hermanos cuyos cerebros actuaban con el mío te pusimos bajo nuestro poder, te impresionamos con las ideas que más influyen en el espíritu femenino: dudas, celos, sospechas y todos los temores que estas desgraciadas emociones engendran. Te sugerimos las ideas de traición y muerte de Rafael Santóris; imaginaste oír voces proferidas detrás de una pared; pero no eran voces, sino únicamente una mera insinuación de voces en tu espíritu. Viste extraños fantasmas y sombras que no existían, y que te sugerimos nada más que para presentarlos ante tu visión mental. Vagaste por lugares desconocidos, así te lo imaginaste; pero, en realidad, jamás abandonaste tu cuarto!».

«¡Jamás abandoné mi cuarto!», exclamé,
«¡Oh, eso no puede ser!»

«¡Puede ser porque es!», replicó Asélzion, sonriendo con gravedad. «Lo único REAL en tu experiencia fué haber encontrado el libro «El Secreto de la Vida», en el relicario color púrpura. Aquí está», y lo tomó de sobre la mesa en que se encontraba, «y si lo hubieras hojeado un poco más adelante, hubieras encontrado esto , y leyó en voz alta:

«Toda acción es el resultado material del pensamiento. Toda pena es el resultado de pensar en cosas tristes. Toda enfermedad es la consecuencia de pensar en cosas débiles o decrepitas. Cada emoción es el resultado del correcto o errado pensamiento, con una sola excepción: el amor. El amor, si bien se considera, no es una emoción sino un principio, y, como generador de la vida, invade todas las cosas, y es el todo en la Creación. El pensamiento, obrando dentro de este principio, crea las cosas bellas y eternas. El pensamiento que obra fuera de este principio, crea ideas de temor, duda, confusión y exterminio. El amor es el único secreto de la vida; el único elixir de la juventud, y la única fuente de la Inmortalidad!».

Asélzion pronunció las últimas palabras con suave e impresionante énfasis, y, mientras lo escuchaba, sentíase mi espíritu

poseído de una dulce y apacible tranquilidad.

Yo, o mejor dicho nosotros, porque cuatro de mis hermanos estaban profundamente interesados por ti en virtud del coraje que habías demostrado, te condujimos al más alto grado de resistencia en cuanto a terrores mentales, y, con gran placer nuestro, encontramos tu alma bastante fuerte para sobreponerse a la última sugestión de la muerte misma. Te mantuviste en la firme convicción de que la muerte no existe, y, con esta certidumbre espiritual, todo lo aventuraste por el amor. Ya te hemos libertado de nuestra fascinación», agregó dirigiéndome una mirada llena de bondad, «y necesito ahora saber si te das cuenta ampliamente de la importancia de la lección que te hemos enseñado».

«Creo que sí», repliqué fijando mis ojos en su investigadora mirada. «¿Queréis decir que yo debo permanecer sola?»

«¡Sola, pero no sola!», contestó, y su hermoso rostro se transfiguró en luz emanada de su propio e intenso sentimiento y autoridad. «¡Sola con el Amor!, lo que equivale a decir sola con Dios, y, por lo tanto, rodeada por todas las cosas divinas, revivificantes y eternas. Volverás desde este lugar al mundo de los convencionalismos, y encontrarás un millón de influencias que procurarán desviarte de la senda que has

escogido. Opiniones, censuras, calumnias y torcidas incomprendiciones se aprestarán contra ti, como enemigos en pie de guerra. Si les hablas de tus investigaciones acerca de la vida, de la juventud y del amor, y de las pruebas a que aquí te hemos sometido, serás blanco de sus burlas y menosprecio. Si dices una palabra de tu amor con Rafael Santóris, miles de esfuerzos se pondrán en acción instantáneamente a fin de separaros y destruir la felicidad que habéis ganado. ¿Cómo soportarás esta prueba? ¿Cuál será el procedimiento que adoptes?»

Yo medité un instante, y en seguida contesté:

«El mismo que he procurado practicar aquí: dar crédito únicamente a las informaciones bien intencionadas; no a las falsas».

Asélzion me miró inquisitivamente.

«Recuerda», prosiguió, «cuanta fuerza encierra en sí una tempestad de opiniones. Los más fieros huracanes que derriban vigorosos árboles y destruyen las habitaciones de los hombres, son un mero susurro comparados con la furia de los espíritus humanos dispuestos a aniquilar un alma que desea elevarse a planos superiores de la existencia. Piensa en las abominables maquinaciones que los faltos de amor tramán contra quienes han conseguido la paz de sus conciencias. Todo esto tendrás que soportar, porque el mundo es envidioso;

y aún la amistad decae, se desconcierta y se torna celosa ante una más elevada e irresistible virtud».

Yo proferí un ligero suspiro.

«Tengo pocas amistades», dije. «Ciertamente ninguna que se haya preocupado de conocer la parte espiritual de mi existencia. Casi todas ellas se contentan con ser mis amigos o amigas si yo adopto SUS costumbres; si elijo una propia norma de conducta, su amistad llega a ser para mí una mera desavenencia. Pero hablo de elegir una norma propia. ¿Cómo puedo elegirla desde luego? ¿No habéis dicho que mi prueba aun no ha concluído?»

«Concluirá esta noche», y tengo absoluta esperanza de que pasarás por ella resueltamente. ¿Has tenido noticias de Santóris?»

La pregunta me causó un pequeño estremecimiento de sorpresa.

«¿Noticias de él? N6, repliqué. Jamás me sugirió la idea de escribirme.»

Asélzion se sonrió.

«Se encuentra demasiado cerca de ti para necesitar otra clase de correspondencia», contestó. «Estás sano y salvo», Ninguna desgracia le ha sobrevenido».

«¡Gracias a Dios!», murmuré. «Y si...»

«Si él ya no te ama», continuó Asélzion; «si ha incurrido en un error de selección» como dirían los hombres de ciencia, y si aun no está seguro de su predestinada

compañera cuyo amor ha de elevarlo a la más alta realización de sus anhelos, ¿qué entonces...?».

«Entonces debo someterme a mi destino», contesté con lentitud. «¡Puedo esperar aún durante otros mil años!»

Prodújose un silencio durante el cual sentí sobre mí los ojos de Asélzion. En seguida continuó en tono más suave:

«Hablemos por ahora de lo que el mundo designa con el nombre de milagro. Creo que ya justamente te encuentras consciente de perfecta salud, y de un efectivo placer por el mero hecho de vivir. ¿No es así?»

Sonriendo, incliné mi cabeza en señal de asentimiento.

«Entendido entonces», prosiguió, «que mientras mantengas el control de tus fuerzas vitales mediante el poder del espíritu, esta perfecta salud y este efectivo placer continuarán. Y mas que esto: cada cosa en la Naturaleza te ayudará a este fin. Te bastará ordenar a tus servidores, y ellos te obedecerán. Pide el sol su calor y su brillo, y te los concederá con prontitud. Pide a la tempestad, al viento, a la lluvia, sus poderes de pasión, y te los otorgarán. Pide a la rosa su fragancia y su color, y su propia esencia se infiltrará en tu sangre. Todo lo que busques te será concedido. Ensayá tus potencias ahora mismo».

Al decir estas últimas palabras, púsose de pie y abrió un poco la ventana. En se-

guida, me indicó que saliera al balcón. «Aquí hay rosas que trepan en su forma acostumbrada», dijo. «Inclínalas hacia ti por un simple esfuerzo de voluntad».

Muy confundida y asombrada, miré fijamente a Asélzion quien, con ademán imperativo, repitió:

«Por un simple esfuerzo de voluntad».

Yo obedecí. Levantando mis ojos a las rosas que trepaban hacia arriba y alrededor del balcón, les ordené mentalmente que se volvieran hacia mí. El efecto fué instantáneo. Como impulsadas por el soplo de una suave brisa, todas ellas se inclinaron, y algunas pusiéronse en contacto con mis manos.

«Los ignorantes podrían creer que se trata de un milagro», continuó Asélzion; «pero lo que acabas de ver no es otra cosa que la fuerza psíquica de los magnéticos rayos de luz que hay dentro de tu sér, los cuales, concentrados por un solo esfuerzo, compelen a las rosas a obedecer tu voluntad. En esto no ha habido más milagro que el del conocido imán que durante siglos ha estado procurando inútilmente enseñarnos lecciones acerca de nuestras propias fuerzas vitales. Ahora, relaja tu voluntad».

Así lo hice, y las rosas, muy suavemente, tomaron su primitiva posición.

«Esta ha sido una lección objetiva para ti», dijo Asélzion, sonriendo. «Debes comprender que ya te encuentras en una situa-

ción espiritual que te permite manejar cada cosa tan fácilmente como has manejado esas flores. Tú puedes atraer los gérmenes de la salud y de la vida, y mezclarlos y confundirlos con tu sangre, o puedes de igual manera atraer los gérmenes de enfermedad y desintegración. De la luz solar puedes extraer nuevo combustible para tu cerebro y para tus nervios; del aire, el sustento complementario que necesites; de las cosas bellas, su belleza; de las cosas sabias, su sabiduría; de las cosas poderosas, su fuerza. Nada es capaz de resistir la energía que irradia tu propio sér si recuerdas COMO emplearla. En cada acto, esa energía debe ser concentrada en un punto determinado, sin dispersarla ni perturbarla. Mientras más se ejercite, más poderosa y más subyugadora llega a ser. Pero jamás olvides que esa energía debe ser puesta en práctica dentro del creativo principio del amor, no fuera de él».

Sentéme absorta y casi abismada «¿Y esta noche?», pregunté con suavidad.

Asélzion se levantó de su silla, y mantúvose un instante de pie, mostrando su elevada y majestuosa figura. Luego replicó, dirigiéndome una mirada de compasiva benevolencia:

«Esta noche mandaremos en tu busca. Te presentarás ante los hermanos como quien ha experimentado la misma prueba mental por que ellos están pasando. Serás

sometida al último terror. No creo que retrocederás ante él; espero que nó. Deseo ardientemente que conserves tu coraje hasta el fin».

Me aventuré a tocar su mano. «¿Y después?», pregunté:

«Después», contestó sonriendo, «la vida con todos sus secretos, y el amor, estarán contigo».





DENTRO DE LA LUZ.

Cuando hube quedado sola una vez más, entreguéme a la encantadora sensación de perfecta felicidad que ahora parecía estar en posesión de todo mi sér. El mundo de la esplendorosa Naturaleza mostraba un aspecto de brillante hermosura que no podía ser oscurecido por ningún temor o presentimiento. Era un espejo en que yo veía reflejarse el Espíritu Divino. Nada en la creación era capaz de aterrorizar ni aún desanimar al alma progresista que había llegado a tener conocimiento de sus propias facultades, y que, en virtud de las leyes que la gobiernan, *está destinada a levantarse a la mayor altura del Supremo Poder.* Yo había ligeramente adivinado esta verdad; pero sólo ahora me encontraba segura de ella. Ahora reconocía que cada cosa obedece y debe obedecer a esta fuerza interna que existe para «llenar la tierra y subyugarla», y que nada puede impedir la consecución de su resuelta voluntad.

Mientras tomaba asiento nuevamente

al lado de la ventana, principié a meditar de qué naturaleza podría ser el último terror a que Asélzion se había referido. ¿Por qué mencionaría la palabra «terror» siendo que no había motivo para experimentar terror de ningún género? El terror sólo puede nacer de un sentimiento de cobardía, y ésta es hija de la debilidad. Sin duda que mi fuerza psíquica no había sido probada a entera satisfacción de Asélzion, quien aún pensaría que posiblemente alguna debilidad oculta en mi espíritu podría evidenciarse en una prueba posterior. Tomé entonces la inquebrantable resolución de actuar en forma de que si tal era su idea se equivocaría en absoluto. Juré en el sentido de que nada podría desviarme en mi camino, y que ni todo el mundo levantado en armas contra mí me impediría avanzar hacia el perfeccionamiento de mí misma en el amor de mi amado.

Ya he dicho que no había reloj visible en la casa de Asélzion. La hora solamente podía deducirse de la mayor o menor ampliación o debilitamiento de la luz del día; pero la tarde iba a dar paso al crepúsculo, pues la ventana ante la cual encontrábame sentada se abría hacia el poniente, y desde ella contemplaba yo el majestuoso descenso del sol en medio de franjas doradas, purpurinas, rojizas y celestes. Al mirar extasiada aquella maravilla de colores y matices diversos, sentí que mi espíritu

era atraído como para absorberse en ella, y que todo mi sér encontrábase en armonía con los torrentes de luz anaranjada que inundaba el imponente mar y la fecunda tierra de aquel amplio panorama.

En seguida me puse de pie y salí al jardín. Sentíame como un espíritu desencarnado; tan ligeros, libres y alegres eran mis propios movimientos, tan perfectamente al unísono con todas las cosas de la Naturaleza. El sol poniente me bañaba con su rojiza y purpúrea magnificencia, y levanté mis ojos al Cielo, exclamando casi inconscientemente: «¡Gracias a Dios por la Vida! ¡Gracias a Dios por el Amor! ¡Gracias a Dios por todo lo que la Vida y el Amor pueden ofrecerme!»

Una gaviota, en demanda de tierra, pasó volando sobre mi cabeza, profiriendo un suave graznido. Mediante un impulso repentino, extendí una mano para tomarla: El esfuerzo tuvo éxito. Lentamente, y como impedida por algún obstáculo que sentía, pero que no podía ver, principió a dar vueltas, en círculos descendentes y, por último, se dejó apresar por mí. Mantúvela prisionera por un momento. Miróme con sus ojos de color rubí castaño que brillaban a la luz del sol. Luego la solté a fin de que volviese nuevamente a respirar el aire de su propia libertad, y desapareció después de describir uno o dos círculos más. Sentíme entonces como poseída de un feliz ensueño al darme cuenta de que cuanto podía ha-

cer con las cosas visibles de la Naturaleza podría igualmente hacer con las invisibles. Una sensación de poder vibraba en mí (1): poder para mandar y poder para resistir; poder para destruir toda vacilación, duda o incertidumbre; poder que, al ser conectado mediante las corrientes físicas y espirituales con este planeta, la Tierra, y con la atmósfera que lo envuelve, atrae hacia sí todo lo que desea, y rechaza lo que no ha menester.

Al regresar lentamente a través del jardín observé que, al inclinarme sobre alguna determinada flor, ésta se levantaba hacia mí, como atraída por un imán. No sentía deseos de tomar ninguna de ellas para mi exclusivo placer, como tampoco habría podido matar un pajarillo después de oír su melodioso canto. Una oculta simpatía habíase despertado en mí para con estas hermosas creaciones.

Cuando hube llegado una vez más a mi cuarto, encontré la acostumbrada colación: frutas frescas, pan y agua, única clase de alimento de que se me permitía disfrutar. Erame del todo suficiente, pues aun no había experimentado la sensación del hambre.

(1) La filosofía de Platón enseña que el hombre, originalmente, gracias al poder de la Divina Imagen dentro de sí mismo, tenía inmediato dominio sobre toda la Naturaleza; pero que poco a poco perdió esta facultad por su propia culpa.

Luego principié a pensar cuánto tiempo habría yo estado de novicia en la casa de Asélzion. No habría podido decir si días o semanas. Díme cuenta entonces de la gran verdad de que el tiempo no existe con relación a las cosas del infinito, y recordé los versos de un antiguo salmo:

«A thousand ages in Thy sight
Are like an evening gone,
Short as the watch that ends the night
Before the rising sun».

Y mientras mis pensamientos se deslizaban de esta manera, abrí el libro «El Secreto de la Vida», y como en respuesta a mis cavilaciones encontré lo siguiente:

«LA ILUSION DEL TIEMPO»

«El tiempo no existe fuera de nuestro planeta. La Humanidad cuenta sus años», sus días y sus horas por el sol; pero más allá del sol hay millones y trillones de otros soles más grandes, comparados con los cuales el nuestro resulta muy pequeño. En el espacio infinito no hay tiempo, sino únicamente eternidad. Por lo tanto, el alma, sabedora de que ella misma es eterna, debe asociarse con cosas eternas, y jamás contar su edad por años. Para su existencia no puede haber fin; por consiguiente, jamás envejece y jamás muere. Son los falsos

sectarios quienes hablan de muerte, y los débiles de espíritu quienes hablan de edad. El hombre que se deja hundir en decrepitud y apatía nada más que porque trascurren los años, demuestra cierta debilidad mental o espiritual que no puede vencer por acto de su propia voluntad; y la mujer que sufre al ver que su belleza decae y se marchita a causa de lo que ella o sus más queridas amigas gozan con llamar «edad» manifiesta estar desprovista de control espiritual. El alma es siempre joven, y su propia radiación puede conservar la juventud del cuerpo en que habita. La vejez y la decrepitud sobrevienen a aquéllos para quienes el alma es un factor desconocido. El alma constituye la única barrera contra las fuerzas desintegrantes que destruyen las sustancias débiles o gastadas y que preparan al cuerpo para el cambio que la humanidad designa con el nombre de «muerte». Si la barrera no es bastante resistente, el enemigo tomará la ciudad. Estos hechos son simples y verdaderos; demasiado simples y demasiado verdaderos para ser aceptados por el mundo. Las gentes van a misa, y piden a la divinidad que salve sus almas, mostrando en todas sus contumbres sociales y de gobierno una completa falta de creencia en cuanto a la existencia del alma misma. Hombres y mujeres fallecen cuando aun debían haber vivido. Si examinamos la causa

de sus muertes la encontraremos en su manera de vivir. El amor propio y el egoísmo han muerto más seres humanos que cualquiera otra plaga. La blasfemia de los impostores y falsarios ha insultado la majestad del Creador mucho más que cualquiera otra forma de pecado. El ser humano que asiste a un ritual o ceremonia en que no cree con sinceridad, nada más que para seguir la costumbre social, se burla manifiestamente de su Creador; y el sacerdote que gana su vida de un ritual semejante está sencillamente comerciando con las cosas divinas. Es menester enseñar a los seres humanos que ellos viven no en el tiempo sino en la eternidad; que sus pensamientos, palabras y acciones son recordados minuto a minuto con toda exactitud, y que cada individuo está en la obligación de contribuir a la general belleza y ornamento del divino plan de perfección universal. Cada hombre, cada mujer, debe dar de sí lo mejor para conseguir ese fin. El artista debe dar su más noble arte, no porque le proporcione ganancia o renombre sino por lo que debe a los demás en cuanto al perfeccionamiento estético. El poeta debe ofrecer sus más elevados pensamientos, no por buscar alabanza, sino por amor a la humanidad. El propio artífice o artesano debe hacer su mejor y más resistente obra, no por el dinero que recibe en pago de ella, sino por el hecho

de que ES obra, y como tal debe ser bien ejecutada, y ningún trabajador debe imaginar que le es lícito desperdiciar las fuerzas físicas y espirituales con que ha sido dotado. Porque no es permitido ni el derroche de tales fuerzas, ni la indolencia, ni el egoísmo. La actitud del egoísta es pura desintegración: un microbio destructor que desmigaja y desmorona todo su propio ser, arruinando no sólo su cuerpo, sino también su alma, y causando frecuentemente verdaderos estragos en la misma riqueza que ha sido tan ávidamente guardada. Porque la riqueza es efímera como la fama. Sólo el amor y el alma son las cosas duraderas de Dios, los autores de la Vida y los reguladores de la Eternidad .

Aquí terminé mi lectura. En seguida, dejando a un lado el libro, púseme a escuchar. Música solemne y exquisitamente armoniosa llegó a mis oídos desde la distancia. Parecía vibrar a través de la ventana como en un doble coro, levantándose desde el mar y descendiendo de los cielos. Deliciosas armonías tremolaban en el aire, suaves como la llovizna al caer sobre las rosas, y con su penetrante ternura, miles de sugerencias, miles de memorias vinieron hacia mí, todas ellas infinitamente dulces. Principié a pensar en que si aun Rafael Santóris llegara a separarse de mí por cualquiera fatalidad o desgracia, ello no me afectaría demasiado mientras yo

alimentase en mi propia alma mi amor para con él. Nuestra pasión era de naturaleza más elevada que la meramente material; era material y espiritual al mismo tiempo, pero predominaba lo espiritual, constituyendo así la única pasión verdadera. ¿Qué importaban unos pocos años más o menos si estábamos predestinados a unirnos al fin en virtud de las leyes eternas que nos gobiernan?

La música continuaba en varios caprichos de suave armonía, y mi espíritu, como nube flotante, deslizábase perezosamente sobre las ondas sonoras. Llena de compasión, pensé en los miles de seres inquietos y de contentos que se dedican a los más insignificantes designios en la vida; gentes para quienes la pérdida de un mero artículo de falsa ostentación es más importante que una dificultad nacional; gentes que dedican todas sus facultades a fin de progresar en sus miras exclusivamente egoístas; gentes que discuten trivialidades hasta que la discusión se agota, los oídos se cansan y el cerebro se fatiga; gentes que, presumiendo ser religiosas y regulares asistentes a las iglesias, ejecutan las más bajas acciones y no tienen escrúpulos para chismear y hacer daño a los demás hasta que consiguen romper amistades y destruir el amor; gentes que hablan de Dios como si fuera un amigo íntimo y que, sin embargo, proceden en forma ab-

solutamente contraria a los mandatos divinos. Cuando hube pensado en todo esto principié a meditar cuán diferente sería este mundo si los seres humanos aspirasen a la realización de los más nobles ideales, y pusieran siempre de manifiesto la oculta fuerza y grandeza que hay en sus almas; si ellos gobernasen realmente su propio universo sin permitirle descender al caos. ¡Cuán dichosa llegaría a ser la vida! ¡Cuán repleta de salud y de felicidad! ¡Qué paraíso se crearía en torno nuestro! ¡Cuán innumerables bendiciones recibiríamos del Sér Supremo!

Gradualmente, mientras permanecía sentada y absorbida en mis propios ensueños, la tarde declinó en crepúsculo, y al crepúsculo sucedió la noche. Una estrella, como grande y luminoso diamante, apareció por sobre un claro de nube, y una suave obscuridad comenzó a invadir el cielo y el dilatado mar. Luego abandoné mi asiento al lado de la ventana, y comencé a pasearme lentamente por el cuarto en maravillada expectación. La música aun continuaba, pero en forma más calmada y solemne, semejante a las armonías de un grande órgano tocado en alguna catedral. Aquella música me impresionaba con un doble sentimiento de plegaria y de alabanza, más de alabanza que de plegaria porque nada tenía yo que pedir, pues Dios me ha-

bía dado mi propia alma, que para mí era todo.

Cuando la obscuridad se hizo más profunda, una apacible luz difusa alumbró el cuarto, y pude notar que eran las propias paredes las que brillaban en esta forma tan delicada. Toqué con mi mano la pared más próxima y la encontré enteramente fría. Yo era incapaz de comprender como podría producirse aquella luz tan hermosa; y mientras continuaba paseándome, observando los graciosos y artísticos objetos que adornaban el cuarto, distinguí un caballete que sostenía un cuadro cubierto con una cortina de terciopelo negro. Moviada por la curiosidad, hice a un lado la cortina y mi corazón dió un repentino salto de alegría. ¡Era un retrato de Rafael Santóris, admirablemente pintado! Mirábanme sus grandes ojos azules, y una sonrisa se dibujaba en su firme y hermosa boca. El retrato entero me hablaba, y parecía preguntarme «¿Por qué motivo has dudado?». Permanecí contemplándolo durante varios minutos, dándome cuenta de lo que puede impresionar aún la imitada presencia de un rostro amado. Y luego comencé a pensar acerca de cuán extraño es que jamás parezcamos en disposición de admitir la insistente manifestación de la Naturaleza en lo relativo a la personalidad e individualidad. Si nos remontamos a considerable altura en la barquilla de un

globo o en un aeroplano, y dirigimos nuestra vista hacia abajo, a una muchedumbre, todos los seres humanos que la componen nos parecerán iguales: una masa oscura de pequeñas y movedizas unidades: Pero, al descender entre ellas, vemos cada rostro y cada figura totalmente diferentes, a pesar de haber sido creados con los mismos principios materiales. Sin embargo, hay quienes argumentan y afirman que, aun cuando es muy marcada la individualidad personal en cuanto a los cuerpos, no existe personalidad individual en las almas; que la Naturaleza se preocupa tan a la ligera del espíritu inteligente que habita una forma mortal, que ella limita la individualidad a lo que está sujeto a cambio, sin tomar en cuenta lo que en él es eterno. Esta hipótesis es absurda, ya que es el alma la que imprime personalidad al cuerpo.

La personalidad individual de Rafael Santóris, aun expresada en su retrato, parecía la de un sér a quien yo hubiera amado tiernamente durante largo tiempo. No había reservas en sus facciones, sino únicamente una adorable familiaridad. En épocas remotas, en siglos que pueden estimarse como meros días en el trascurso del tiempo, su alma me había mirado con amor por intermedio de sus bellos ojos azules. Reconocí su tierna, semi-suplicante y semi-imperativa mirada, y su ligera son-

risa que tanto expresaba. Sentí que el esforzado y ambicioso espíritu de este hombre había buscado el mío para ayudarlo y completar el suyo, y que yo, sin comprenderlo, me había separado de él en la oportunidad decisiva en que debíamos unirnos. Una y otra vez estudié su retrato encarecidamente, tan conmovida por su aspecto que me sorprendí hablándole con ternura, como en presencia de un sér efectivo:

«¿Te encontraré nuevamente?», murmuré. «¿Vendrás a mí, o iré a ti? ¿Cómo nos encontraremos? ¿Cuándo podré decirte que eres mi único amor; el centro de mi vida; el verdadero manantial de mis mejores pensamientos y acciones; el Dios de mi universo de cuyo amor nace la luz y el esplendor de la Creación? ¿Cuándo te veré otra vez para decirte lo que mi corazón desea expresarte? ¿Cuándo podré arrojarme a tus brazos, y vivir en paz, consciente de haber ganado el pináculo de mi ambición en el amor de nuestra perfecta unión? ¿Cuándo pondremos nuestras vidas en consonancia con esa cuerda sensible que deja oír sus armónicos sonidos dulcemente por toda la eternidad? ¿Cuándo nuestras almas formarán una sola, pletórica de luz, en que el poder y bendición de Dios vibren como fuego vivo, creando dentro de nosotros la belleza, la sabiduría, el valor y la celestial felicidad? Necesariamente, este será nuestro futuro; ¿pero cuándo?».

Obedeciendo a los impulsos de mi imaginación, extendí ambos brazos hacia el retrato de mi amor, y llenáronse de lágrimas mis ojos. Me sentí la más débil de las criaturas ante el súbito recuerdo de la ⁸ dicha que pude haber alcanzado largo tiempo atrás si yo hubiera sido oportunamente cuerda.

Una puerta abrióse con suavidad a mis espaldas, y volvíme al instante en esa dirección. Era Honorio, el mensajero de Asélzion. Lo saludé con una sonrisa, a pesar de mis ojos llorosos.

«¿Habéis venido a buscarme?», pregunté. «Estoy lista».

Honorio hizo una ligera reverencia.

«No estáis enteramente lista», respondió. Y al decir estas palabras puso en mis manos un vestido doblado y un velo. «Debéis vestiros con esto. Os esperaré al lado afuera».

Cuando me hubo dejado sola, procedí con toda rapidez a cambiar mi vestimenta por la que Honorio me había traído, y que consistía en un largo vestido blanco algo pesado, de suave seda, y un velo igualmente blanco que me cubría de pies a cabeza. Terminada esta operación, la que realicé en pocos minutos, toqué la campanilla que antes me había servido para llamar a Asélzion. Honorio entró inmediatamente; su aspecto mostrábase grave y preocupado.

«Para el caso de que no volváis a este

cuarto», dijo con lentitud, «¿tenéis algún mensaje, alguna comunicación que deseéis enviar a vuestras relaciones?».

Mi corazón dió un salto repentino. ¿Habría algún peligro efectivo reservado para mí?

«No tengo», contesté sonriendo, después de meditar un momento, y agregué en seguida: «Podré atender después por mí misma todos mis asuntos personales».

Honorio me miró con atención. Su hermoso y austero rostro mostrábase grave hasta la melancolía.

«No estéis tan segura», dijo en voz baja. «Aun cuando no me corresponde hablar, debo deciros que pocos triunfan en la prueba a que pronto seréis sometida. Solamente dos han pasado por ella en diez años».

«¿Y uno de esos dos fué...?»?

Por toda respuesta indicó el retrato de Santóris, confirmando así mi instintiva fe y esperanza.

«¡No tengo miedo!», exclamé, «y estoy ahora dispuesta a seguiros a donde quieráis llevarme»...

Sin hacer otra advertencia, volvióse y dirigió sus pasos hacia afuera del departamento.

Yo seguí tras él. Descendimos varias escaleras y pasamos por algunas galerías, tristemente alumbradas unas, otras con muy escasa luz. La noche había ya avanzado, y a través de una o dos de las ventanas que

encontramos en nuestra marcha pudimos ver el cielo tachonado de estrellas. Llegamos al espacioso hall donde jugaba la fuente, y lo encontramos iluminado con la misma extraña y penetrante luz que yo había notado en ocasión anterior. El hermoso brillo, al caer sobre la fuente, hacía que el delicado follaje de los helechos y palmeras y los diversos matices de las flores, semejasen en su conjunto algo así como un sueño de hadas.

Habiendo pasado el hall, seguí a Honorio por una estrecha galería. De repente me encontré sola. Guiada por la armoniosa y solemne música del órgano, continué avanzando. Pronto observé un amplio torrente de luz que emergía por la puerta de la capilla. Entré sin vacilar un instante. En seguida me detuve. El símbolo de Cruz y Estrella resplandecía frente a mí, y por todos lados hombres vestidos de blanco, con sus capuchas echadas sobre sus espaldas, permanecían en silenciosas filas. Aquellos hombres mirábanme con sumo interés. Mi corazón latía rápidamente; estremecíanse mis nervios. Yo temblaba al andar, muy agradecida por el velo que algo me ocultaba ante aquella multitud de ojos que me miraban admirados, pero con benevolencia; ojos que mudamente me dirigían preguntas que jamás serían contestadas; ojos que parecían decir: «¿Por qué estás entre nosotros, tú, mujer como eres?»

¿Cómo has vencido dificultades que nosotros tenemos todavía que vencer? ¿Es orgullo o ambición de tu parte, o es amor?».

Sentí mil influencias que se ejercían a mi alrededor; el poder de muchos cerebros escrutaban en silencio mi espíritu como si procuraran examinar a un testigo presentado en defensa de alguna gran causa. Con todo, resolví no ceder ante la abrumadora nerviosidad y repentino sobresalto de mi propia situación que amenazaba debilitar el control de mí misma. Fijé mis ojos en el esplendoroso símbolo de Cruz y Estrella, y proseguí avanzando con lentitud. Sin duda, parecía yo una extraña criatura en blanca vestimenta, como víctima destinada al sacrificio, encaminándose enteramente sola hacia aquellos ardientes y penetrantes rayos de luz que envolvían toda la capilla en un brillo casi enceguecedor. El órgano dejaba oír aún sus potentes y majestuosos acordes, y me pareció escuchar el canto de lejanas voces que de ellos emergía:

«Into the Light,
Into the heart of the fire!
To the innermost core of the deathless
flame.
I ascend, I aspire!».

Mi corazón palpitaba con extraordinaria violencia; todos mis nervios temblaban. Sin embargo, continué avanzando resuel-

tamente, sin permitirme a mí misma ni aun pensar en el peligro.

¡En seguida vi a Asélzion, a Asélzion transfigurado en un sér de sobrenatural belleza mediante la radiación de la esplendente luz que lo envolvía!

Con ambas manos me llamaba hacia él y, al aproximármele, caí de rodillas. La música cesó repentinamente, y prodújose un absoluto silencio. Aun cuando no podía ver de un modo amplio, sentía que los ojos de todos los presentes se encontraban fijos en mí. Luego habló Asélzion:

«¡Levántate!», dijo con voz clara e imperativa. «¡No es aquí donde debes arrodillarte; no es aquí donde debes descansar! ¡Levántate, y anda! ¡Has ido lejos; pero el camino es aún más largo! ¡La puerta de la última prueba se encuentra abierta! ¡Que Dios sea tu guía!».

Levantéme, obedeciendo a su mandato.

Un deslumbrante destello de luz hirió mis ojos, como si se hubiese abierto el Cielo. El resplandeciente símbolo de Cruz y Estrella se dividió en dos porciones separadas, descubriendo algo parecido a un hall de vivo fuego en que llamas de todos colores subían y bajaban sin cesar. ¡Era una especie de horno de fundición en que todo debía ser consumido!

Miré a Asélzion en silenciosa interrogación, y en respuesta igualmente silenciosa me indicó hacia la luminosa bóveda. Com-

prendí al instante, y, sin vacilar, avancé hacia ella. Como en sueños, oí una especie de murmullo tras de mí, y reprimidas exclamaciones de los estudiantes y discípulos de Asélzion quienes en su totalidad se encontraban reunidos en la capilla; pero no puse atención en todo esto, pues mi alma estaba preocupada de la última prueba a que debía ser sometida. Avancé paso a paso, y al enfrentar a Asélzion murmuré sonriendo: «¡Adiós! ¡Nos encontraremos otra vez!».

En seguida me encaminé hacia las llamas. Sentí su fuego en mis mejillas. El aire caliente levantaba mis cabellos a través de los pliegues de mi velo. Luego concebí la idea de que por alguna u otra causa iba yo a experimentar el «Cambio que los seres humanos llaman Muerte», y que por este medio encontraría a mi amado en otro plano de vida; y con su nombre en mis labios y una súplica apasionada en mi corazón, me interné en el resplandeciente fuego.

Al hacerlo, desapareció de mi vista Asélzion, la capilla, y todos aquellos que observaban mis movimientos, y víme rodeada por todos lados de penetrantes puntas de luz que, en lugar de chamuscarme y secarme como una hoja desprendida por la tempestad, hacíanme el efecto de una fresca y fragante lluvia que caía sobre mí. Muy asombrada por esta circunstancia, seguí

adelante con mayor valentía. Al principio me sentí bañada por delicados rayos de color topacio; luego, de hermoso color violeta y sus diversos matices; en seguida, de celeste, semejante al colorido de un cielo estival. Y mientras más avanzaba, más amplia y más brillante era la luz que me envolvía. Sentíala penetrar por cada poro de mi cutis, y, al observar mis manos, las ví transparentes en medio de aquellos finos rayos luminosos. En seguida, cobrando valor, eché atrás mi velo, y respiré en medio de aquel resplandor como se respira al aire libre. Tan liviano sentía mi cuerpo que me parecía flotar en vez de andar. Las brillantes llamas se convirtieron pronto en hermosas flores y hojas que se arqueaban sobre mi cabeza como ramas de frondosos árboles. Luego divisé a lo lejos una figura como de ángel que me esperaba con ojos vigilantes y con los brazos extendidos. Aunque esta visión duró sólo un momento, alcancé a darme cuenta de lo que ella significaba. Continué mi marcha con creciente empeño, deseosa de alcanzar al compañero de mi alma quien me esperaba con tierna paciencia. La luz en torno mío se convirtió luego en ondas de intenso brillo que se precipitaron sobre mí como olas del mar, y me dejé llevar por ellas sin saber a donde. De súbito, vi una elevada columna de fuego que parecía interceptar mi camino. Detúveme por un momento, y ob-

servé que dicha columna se dividió en dos partes para formar la Cruz y la Estrella. En extremo maravillada, miré hacia arriba; sus resplandecientes rayos parecían penetrar mis ojos, mi cerebro, mi propia alma. En aturrida confusión, me lancé hacia adelante, exclamando: «¡Que este sea el fin!».

Alguien me tomó en sus brazos; alguien me estrechó en su pecho, manteniéndome así como si yo hubiera sido la más cara posesión de su vida, y una voz infinitamente tierna exclamó:

«¡No el fin, sino lo infinito, querida mía! ¡Mía al cabo, y mía para siempre, en triunfo, en victoria, en felicidad perfecta!».

Y entonces me di cuenta de que había encontrado mi amor; que era el propio Rafael Santóris quien así me tenía en estrecho abrazo; que yo había cumplido mi deseo de probar mi fe; que había ganado todo lo que me era menester en este mundo y en el venidero, y que nada podría separar nuevamente nuestras almas.

*
* *

Escribo estas últimas palabras sobre el puente del Dream, al lado de Rafael. El sol se está poniendo majestuosamente en medio de un resplandor rojizo. Vamos a anclar en aguas tranquilas. Una luz rosada ilu-

mina nuestras blancas velas que luego serán plegadas; y nosotros, Rafael y yo, nos sentamos juntos, y vemos a la noche extender en torno nuestro su tenue y obscuro crespón. Unas tras otras, aparecen las estrellas en el firmamento como diamantes bordados en terciopelo de negro color púrpura; escuchamos el gentil murmullo de las olas que rompen al pie de un rocoso promontorio en la playa lejana, y la noche pondrá término a un día de paz y felicidad, uno de esos hermosos días que, como procesión de ángeles, nos traen una nueva y cada vez más perfecta dicha!

Ha trascurrido más de un año desde mi «Noviciado» en el Castillo de Asélzion, desde que nosotros, Rafael y yo, nos arrodillamos delante del Señor para recibir su bendición en nuestra unión perfecta. En ese breve tiempo he perdido todos mis amigos y conocidos mundanos, quienes, puedo decirlo, han llegado a sentirse temerosos de mí porque poseo todo lo que el mundo puede darme, sin su consejo y sin su ayuda, y no sólo temerosos sino ofendidos por cuanto he encontrado al compañero de mi alma a quien ellos desconocen en absoluto. Me consideran «perdida para la sociedad», y no pueden imaginarse que mi pérdida es una verdadera ganancia.

Mientras tanto, Rafael y yo, vivimos nuestra radiante y feliz vida en amplia posesión de todo aquello que convierte la

existencia en hermosa y apacible, sin desear cosa alguna que nuestras propias fuerzas secretas no puedan suministrar-nos. La riqueza es nuestra, uno de los más pequeños dones que la Naturaleza otorga a aquellos de sus hijos que saben donde encontrar sus inagotables tesoros; y gozamos también de la perfecta salud que acompaña siempre a la constante afluencia de una inextinguible vitalidad. Ciertos actos que conseguimos realizar pueden parecer «milagros» para los demás, de manera que aún cuando aceptan ayuda y beneficio de nuestra parte, ellos fruncen el entrecejo y mueven sus cabezas ante la actitud que asumimos en cuanto a las hipocresías y convencionalismos sociales; pero, no obstante, podemos crear tales «influencias» en torno nuestro, que nadie llega cerca de nosotros sin sentirse más fuerte, mejor y más contento, y este es el máximo que se nos permite hacer en favor de nuestros semejantes, ya que ninguno quiere oír razones ni seguir consejos. La más fervorosa alma que haya vivido en humana forma no puede conducir a otra alma por el camino de la vida eterna y de la felicidad eterna si esta última rehusa seguirla. Y es una verdad absoluta la de que cada hombre y cada mujer se forma su propio destino, tanto en ésta como en la otra vida. Esta verdad es una ley inmutable que jamás puede experimentar la más ligera varia-

ción. No existe el perdón de los pecados, pues cada infracción de la ley moral lleva en sí su propio castigo. No hay necesidad de plegarias, desde que cada justa aspiración del alma le es concedida sin pedirla. De lo que hay necesidad, y mucha, es de alabar a Dios y darle las gracias, ya que el alma vive y se perfecciona en la magnificencia de su Creador.

Todo el secreto de la Vida Eterna y de la Felicidad Eterna está contenido en la amplia posesión y control del Divino Centro de nosotros mismos, de esta llama viva que habita en nuestras almas y que debe ser DUAL para que sea perfecta, y que, una vez perfeccionada, constituye una fuerza eterna que nada puede resistir ni nada puede destruir. Toda la Naturaleza armoniza con su acción, y de la propia Naturaleza extrae su creciente energía y su perpetua subsistencia.

Para Rafael y para mí el mundo es un jardín del Paraíso, lleno de encantadora belleza. Vivimos en él como una parte de su encanto. Aprovechamos para nuestros propios organismos el calor de la luz solar, el brillo de sus diversos matices, el dulce canto de las aves, la fragancia de las flores y las exquisitas vibraciones del aire y de la luz. Nuestras vidas suenan como dos notas armónicas en el teclado del Infinito, y sabemos que esa armonía será más dulce

y más perfecta a medida que avance la eternidad.

Si alguien me preguntara acerca de la necesidad de experimentar las pruebas psíquicas a que me sometió Asélzion, yo le respondería: ¡Observad el mundo, y decidme francamente si las costumbres de los seres humanos son adecuadas para engendrar felicidad! ¡Fijaos en la sociedad; fijaos en la política; fijaos en el comercio, y veréis en todas partes meros designios de provecho egoísta! Y más que todo, mirad la impostura de la moderna religión. ¿No constituye ella muy a menudo una mera blasfemia y una afrenta a la Majestad Divina? Y estos errores contra la Naturaleza, estas ofensas contra la Ley eterna, ¿no son el resultado de la propia «influencia» del hombre que se ejerce en oposición a los mandatos de Dios que él desobedece aun cuando reconoce que ellos existen?

El punto principal de la enseñanza de Asélzion es la prueba del cerebro y del alma contra las «influencias», las opositoras influencias de los demás, las cuales constituyen el principal impedimento de todo progreso espiritual. El cobarde sentimiento del miedo nace mediante la influencia de personas timoratas, y es generalmente el miedo del «qué dirán» o «qué pensarán» lo que nos retrae de llevar a efecto muchas nobles acciones. Es ya del todo sabido que las influencias extrañas son el más pode-

roso obstáculo en el eterno perfeccionamiento de nuestras almas; pero nada debe importarnos lo que otros digan o piensen si el altar de nuestra propia espiritualidad se mantiene libre e inmaculado para que en él brille la llama DUAL del amor y de la vida.

No me importa que alguien rechace mis creencias; ni perderé mi felicidad al saber que personas que viven en planos inferiores me consideren una insana por el hecho de elegir una existencia más elevada. Bástame experimentar la muy grata satisfacción de que en un siglo tan egoísta y material como el en que vivimos tiene todavía Asélzion sus adherentes y discípulos; un puñado de hombres, es cierto, pero suficiente para sostener la hermosa verdad de que las potencias del alma pueden manifestarse en forma útil y provechosa.

Para quienes han estudiado las enseñanzas de Asélzion y las han dominado suficientemente a fin de practicarlas en el camino de la vida, ésta se les presenta como un constante manantial de dicha, y les ofrece diarias pruebas de que la muerte no existe. La juventud se mantiene donde hay amor, y la belleza se nutre con la salud y la consiguiente vitalidad. La decadencia y la destrucción son cambios que nacen de la apatía de la voluntad y del desconocimiento de las facultades del alma; y la misma ley que concede al alma su sobera-

nía suprema, trabaja por libertarla de las substancias estériles, gastadas e inactivas. A quienes me pregunten cómo puedo mantener y guardar los tesoros de la vida, del amor y de la juventud que la mayor parte del género humano está perdiendo para siempre, les contestaré que no puedo decir más que lo que he dicho, y que la lección que todos deben aprender está contenida en lo que he escrito. Es infructuoso discutir con quienes ningún argumento puede convencer, o procurar enseñar a quienes no desean recibir lecciones.

Nosotros, Rafael y yo, en virtud de la manera en que vivimos nuestra existencia, podemos probar la efectividad del absoluto dominio del alma sobre todas las fuerzas elementales, materiales y espirituales. Todo cuanto habemos menester para nuestro perfeccionamiento se nos otorga con sólo pedirlo. La ciencia nos sirve como lámpara de Aladino, proporcionándonos todas las dichas imaginables. Para nosotros el amor, considerado por muchos seres humanos como la más variable y transitoria de las emociones, es el principio mismo de la vida, la esencia misma de las ondulaciones etéreas que ayudan a nuestra existencia. Todos pueden alcanzar una felicidad semejante a la nuestra; pero no hay sino un medio de alcanzarla, y la clave de este medio se encuentra en el alma del individuo. Cada cual debe encontrarla y ponerla en

práctica, sin preocuparse de las influencias que puedan ejercerse a fin de impedir su acción. Cada uno debe descubrir el equilibrio central de sus fuerzas vitales y adherir firmemente a él. Este equilibrio determina la criatura inmortal de cada ser, cuyo destino es realizar eterno progreso y perfeccionamiento a través de interminables faces de vida, amor y belleza; y una vez conocida y aceptada la efectiva existencia de este centro inmortal, nos daremos cuenta de que con él todas las cosas son posibles, salvo el cambio que llaman «muerte». Irradiando hacia afuera, puede conservar indefinidamente la salud y la juventud del cuerpo en que habita, hasta que en virtud de su propio deseo busque un más elevado plano de acción. Irradiando interiormente, constituye una irresistible fuerza atractiva que conduce hacia sí las potencias y virtudes del planeta en que habita, y que somete a su voluntad y mandato todas las fuerzas visibles e invisibles de la Naturaleza. Esta es una de aquellas grandes verdades que el mundo niega, pero que está destinado a conocer en lo futuro.

FIN